

 Las chicas
de negro Madeleine
St John



DESTINO

Índice

Portada	
Sinopsis	
Portadilla	
Dedicatoria	
1	
2	
3	
4	
5	
6	
7	
8	
9	
10	
11	
12	
13	
14	
15	
16	
17	
18	
19	
20	
21	
22	
23	
24	
25	
26	
27	

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

42

43

44

45

46

47

48

49

50

51

52

53

54

55

Notas

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

Sídney 1950. Los escaparates lucen cargados de maniqués con faldas de volantes y corpiños enriquecidos con los accesorios más preciados. Pero Goode's no son sólo los grandes almacenes más reputados de la ciudad, donde encontrar lo último en moda. Para cuatro mujeres, las incansables trabajadoras de la sección de vestidos de mujer, siempre perfectas en sus uniformes negros, es también su única oportunidad de independencia. Mientras aconsejan a sus clientas sobre telas y modelos, en su interior todas ellas cultivan sueños de libertad, de un papel diferente al de hija, esposa y madre. Así, en una Australia en la que conviven con armonía gente procedente de todos los países europeos como consecuencia de la guerra, llega un momento de grandes cambios y oportunidades inesperadas para todas ellas.

Entre una fiesta, y un vestido nuevo, Lesley, Patty, Fay y Magda vivirán su propio momento mágico cuando decidan quiénes quieren ser realmente.

LAS CHICAS DE NEGRO

Madeleine St John

Traducción de Julia Osuna Aguilar

Ediciones Destino

Este libro está dedicado a la memoria de J.M. Cargher y su mujer

A última hora de un caluroso día de noviembre, Baines y Williams, de la sección de Vestidos de Señora de Goode's, se quejaban la una a la otra mientras se quitaban los vestidos negros de rigor y se cambiaban para irse a casa.

—El señor Ryder no es tan malo —comentó Baines, que hablaba del jefe de planta—. La que es un auténtico dolor de muelas, hablando en plata, es la Cartright. —Esta última era la encargada del departamento de Señoras, que parecía empeñada en no darles ni un minuto de paz.

Williams se encogió de hombros y se puso a empolvarse la nariz.

—Siempre se pone insufrible cuando llegan estos días —apuntó—. Le gusta que nos ganemos bien la paga de Navidad.

—¡Como si fuera culpa nuestra! —protestó Baines—. ¡No damos abasto!

No era mentira esto que decía: quedaban seis semanas para las fiestas más importantes del año y ya habían empezado a surgir de la nada las avalanchas de clientas, al tiempo que los vestidos desaparecían de los percheros en oleadas cada vez más rápidas. Cuando esa misma noche Williams lavaba sus paños menores en el lavabo del baño, la embargó la repentina sensación de que la vida se les escapaba por el sumidero entre los gorgoteos del agua sucia. Hizo un esfuerzo, sin embargo, por recobrar la compostura y proseguir con sus tareas domésticas mientras en el exterior la noche estival de las Antípodas vibraba con toda su energía.

Williams —de nombre Patty, casada— y Baines —de nombre Fay, soltera— eran junto a Jacobs, también ésta soltera, las dependientas de Vestidos de Cóctel de Señora, que estaba al lado de Vestidos de Noche, en un extremo de la segunda planta de los grandes almacenes Goode's, en pleno centro de Sídney. F.G. Goode, oriundo de Mánchester y hombre de mente avispada, había abierto el emporio original («Pañería para Damas y Caballeros: la última moda llegada de Londres») a finales del siglo pasado, sin dar nunca un paso atrás, porque, tal y como él supo ver de inmediato, las gentes de la colonia no tenían problema en gastarse todo lo que tenían con tal de convencerse de que seguían la moda. De ahí que, en aquellos momentos, sus nietos fueran los principales accionistas de un negocio que movía al año varios millones de libras australianas gracias a la venta de la última moda llegada de Londres y de cualquier otro lugar que se le pareciera; de hecho, en los últimos tiempos era la moda italiana la que escalaba posiciones. «Me lo he comprado en Goode's», rezaba el eslogan de aquel insufrible dibujo en el que aparecía una señora con cara de superioridad que se pavoneaba con su vestido nuevo, asquerosamente elegante, ante la mirada envidiosa y angustiada de su amiga: daba igual que los vestidos y las poses

cambiaran con los años, aquel anuncio se publicaba siempre sin falta en la esquina inferior izquierda de la página de mujeres del *Herald* (supongo que el espacio estaba contratado a perpetuidad, y hacía tiempo que su eslogan se había convertido en una coletilla por toda la capital). Goode's seguía aventajando a la competencia gracias a su denodada dedicación a la moda; sus agentes de importación más talentosos eran enviados al extranjero, donde recibían formación especializada en los grandes almacenes más lujosos de Londres y Nueva York. Cuando dos veces al año llegaban a la tienda las colecciones de la nueva temporada, el personal trabajaba a destajo, para etiquetar y colocar la mercancía, entre exclamaciones.

—Da igual que el precio de venta de este modelo sea de 9 libras, 17 chelines y 6 peniques —decía la Cartright—, dentro de dos semanas no quedará ni uno, ¡hagan caso de lo que les digo!

Y, obedientes, se lo hacían.

Williams era una mujer menuda y delgada, con cara de cansancio, pelo pajizo y una permanente muy tiesa. Su marido, Frank, era un malnacido, ni que decir tiene. Se habían casado cuando ella sólo tenía veintiuno y él veintiséis lozanos y robustos años, y nadie parecía saber por qué no habían conseguido procrear crío alguno, pero ahí estaban, diez años después; ella seguía trabajando, pese a haber decorado ya la casa de arriba abajo, hasta el punto de que no quedaba un centímetro vivo sin amueblar, y a no necesitar para nada en concreto el dinero que ahorraba en el Banco de Nueva Gales del Sur, a falta de otra cosa que hacer con él. Mientras, Frank seguía dándole el dinero para la casa, que ella, como si fuera una cuestión de honor, gastaba hasta el último penique, comprando, por ejemplo, bistec de cadera —cuando otra gente en su situación habría comprado carne picada y salchichas— sólo porque a él le gustaba. Ella llegaba a eso de las seis de la tarde de Goode's (vivían en una casita en Randwick) y sacaba la carne de la nevera. Cocía las verduras y ponía la mesa. Su marido aparecía pocos minutos antes de las siete, ligeramente achispado: «¡Eo, eo!», la saludaba camino del baño, donde se aseaba con brío, y para cuando irrumpía en la cocina-comedor el bistec estaba ya chisporroteando.

—¿Qué hay de cenar, Patty? —preguntaba.

—Bistec.

—Otra vez bistec.

Siempre que había probado a ponerle otra cosa, incluso unas chuletitas de cordero («Esto tiene menos carne que yo qué sé», dijo Frank blandiendo un hueso), él protestaba. A Patty ya le daba igual; hacía años que había perdido el apetito. Los fines de semana iba a ver a su madre o a alguna de sus hermanas: Frank la llevaba y la recogía en coche, y mientras ella «le daba a la sinhueso», él se dedicaba o bien a jugar al golf en el campo municipal de Kingsford o a emborracharse en el pub. Era un malnacido corriente y moliente, ni cruel ni violento, simplemente insensible e incapaz de expresarse.

Lo cierto era que Patty había consultado con un médico sobre el tema de su infertilidad y éste le había asegurado que su «maquinaria» estaba perfectamente engrasada.

—Como comprenderá —dijo el médico—, sin examinar a su marido no podemos profundizar en el tema como es debido. Puede que la culpa sea de él; de hecho, es lo más probable. Puede que incluso sea estéril.

—Caray —exclamó Patty sobrepasada—. No sé, no creo que llegue a eso... —A él no podría ni mencionarle el tema.

—¿Con qué frecuencia mantienen relaciones? —quiso saber el médico.

—Yo no hablaría ni de frecuencia. Está siempre cansado.

La realidad era que Frank acometía con desgana sus atenciones. El médico miró a su paciente no sin desánimo. Mal asunto. Tenía ante él a una mujer bien entrada en su edad fértil y sin bebé que amamantar: era el colmo de lo antinatural. Ya no estaba en la flor de la vida y era poco probable que pudiera atraer a otro hombre en condiciones de cumplir, de modo que, si su marido no conseguía dar la talla, su vida no sería más que un desperdicio. Era mal asunto, muy mal asunto.

—Bueno, ustedes sigan intentándolo. El tema de concebir es peliagudo. Maximice las ocasiones en todo lo posible; todavía le queda tiempo de sobra.

Esa conversación había tenido lugar cuando ella tenía treinta años, y mientras salía de la consulta, y el médico le miraba ocioso las vistas traseras, pensó en darse una buena ducha, hacerse un peinado nuevo, ponerse algo de maquillaje y un camisón negro, aunque el malnacido de su marido seguramente no se daría ni cuenta, suposición en la que no erró mucho. Frank trabajaba en el departamento comercial de la gran empresa de azulejos y tejas cuya mercancía multicolor atraía las miradas de todo Parramatta Road; todas las tardes se quedaba a beber con sus amigos en el mismo pub cerca de la Railway Square y luego volvía a casa con su Patty y su media libra de bistec de cadera. Después de eso, y de mirar cómo ella lavaba los platos, así como un par de planos de televisión, que hacía muy poco que había llegado a la Commonwealth australiana, se arrastraba hasta la cama —«creo que voy a planchar la oreja»—, adonde Patty —«vale, cariño»— lo seguía al poco rato. Se tumbaba a su lado con un camisón de nailon azul y no tardaba en oír sus ronquidos.

La habitación de los niños vacía, pintada en un amarillo azafrán para cubrir ambas eventualidades, esperaba en vano a sus ocupantes diminutos, y Patty, perdidas las esperanzas sin saberlo ni quererlo, siguió trabajando en Goode's, aquel año como los anteriores, hasta estar en estado de buena esperanza.

—No lo entiendo, de verdad que no —le decía su madre, la señora Crown, no a la propia Patty, sino a otra de sus hijas, Joy.

—No creo que Frank esté para muchos trotes —comentó funestamente su pequeña.

—Venga, no seas así —replicó la madre—, es un muchacho bien robusto.

—A veces las apariencias engañan.

—No lo entiendo, de verdad te lo digo —insistió la madre.

—Déjalo estar.

Joy ya le había dado un par de nietos, y eso que era más joven que Patty, que era la mediana; la mayor, Dawn, tenía tres críos. La capacidad para procrear de las Crown, por tanto, estaba fuera de toda duda. La pequeña era de la opinión de que su hermana no tendría que haberse casado con Frank. Entretanto, siempre que quería darse un capricho, como, por ejemplo, un vestido de fiesta, Patty le conseguía el descuento de empleados fingiendo que era para ella, cosa que cualquiera que

se fijara entendería que era a todas luces mentira, porque se llevaba una S y Patty usaba una XS, aunque nadie reparó nunca en ese detalle.

Patty, Fay y Jacobs (cuyo nombre de pila seguía siendo un secreto) llegaban a la entrada de empleados de Goode's a las nueve menos veinte de la mañana, como se esperaba de ellas, si bien de vez en cuando Fay iba tarde, lo que con su aspecto apresurado y desaliñado no podía disimular. Subían por el ascensor de empleados hasta la última planta del edificio (Personal y Administración) e iban a los vestuarios de empleados (pasada Contabilidad) para ponerse sus vestidos negros, que seguían en las perchas de las taquillas, donde los habían dejado la noche anterior antes de irse a casa.

Esos vestidos negros eran el atuendo de toda la semana, y la tienda se encargaba de limpiarlos en seco entre el sábado y el domingo, dejándolos listos para otra semana de trabajo el lunes por la mañana, por mucho que, eso sí, oliesen raro. No era un olor desagradable, sino distinto: la suma, simple y llanamente, del olor que coge una prenda cuando pasa demasiado por la tintorería y de los efluvios a polvo de talco barato y sudor. Todas las dependientas de Goode's despedían ese olor cuando lo llevaban puesto.

Los vestidos negros, que los almacenes suministraban —si bien a modo de préstamo—, estaban diseñados para favorecer tanto las figuras más gruesas como las más delgadas, sin realzar en realidad ni las unas ni las otras, aunque lo cierto era que las dependientas no estaban allí para adornar el establecimiento, sino para vender el género. De modo que todas se lo enfundaban con un suspiro de resignación, tirando de un lado u otro en vano, en su intento por ajustárselo mejor mientras miraban su imagen en el espejo de cuerpo entero. Estaban confeccionados con crepé de rayón, en un estilo de finales de los años treinta que no habían cambiado porque definía bien la figura y requería poca tela en comparación con otros tejidos.

El de Patty Williams era, como ya sabemos, de la talla XS, mientras que Fay Baines usaba una S y Jacobs una XXL clavada, sobre todo en torno al pecho. Su talla y su aspecto exterior eran prácticamente lo único que podía saberse sobre ella; todo lo demás constituía un enigma.

—Mi compañera Jacobs —le contaba Fay a su amiga Myra en el Repin's, donde estaban tomándose un café helado— es un auténtico enigma.

Hasta la Cartright encontraba a veces un momento para elucubrar sobre Jacobs, quien nunca había faltado al trabajo, ni en la enfermedad ni en la adversidad. ¿Quién era aquella mujer? ¿Dónde vivía, comía, dormía? ¿Qué era de su existencia más allá de las horas de apertura de F.G. Goode's? Nadie tenía ni la más remota idea, a excepción del departamento de Nóminas, donde sabían sus señas, pero se habrían negado a revelar dicha información en caso de que alguien

hubiese indagado, cosa que, por lo demás, raramente ocurriría. Jacobs salía todas las tardes de Goode's con la falda y la blusa (y, en invierno, la chaqueta o el abrigo) con las que había llegado, así como con una gran bolsa de rejilla con uno o dos paquetes envueltos en papel de estraza. ¿Qué llevaba ahí, por ejemplo? Nadie sabía decirlo. Se alejaba por Castlereagh Street en dirección al puerto: lo que podía significar que iba a cualquier barrio, desde Hunter's Hill (poco probable) hasta Manly (una posibilidad como otra cualquiera).

Jacobs, corpulenta y entrada en años, tenía la tez morena y llevaba el pelo, gris oscuro y escaso, recogido en la nuca en un pequeño moño de aspecto anticuado, el puntal a una gran cabeza redonda. Llevaba gafas de montura metálica y siempre un pañuelo muy blanco remetido entre los pechos. Vestía zapatos negros calados de tacón cubano y tenía unos andares pesados que infundían cierta lástima. Una tarde, el señor Ryder la alcanzó por aquel camino y, en un acto de pura cordialidad, hizo amago de acompañarla durante un trecho, pero resultó que, fuera por necesidad o no, cuando llegaron a la siguiente esquina la mujer se despidió de él y se alejó sola por Martin Place, mascullando algo sobre Wynyard, aunque Ryder creía que no había sido más que una maniobra de distracción, pues él mismo atravesaba ese barrio a diario y nunca la había visto por las inmediaciones.

Jacobs no sólo llevaba trabajando en los almacenes más tiempo que Williams (que había empezado en Infantil nada más terminar el instituto y llevaba ya cuatro años en Señoras), sino que tenía cierto peso en Vestidos de Cóctel porque era la encargada de los arreglos de costura, cosa que seguramente saltaba a la vista porque raro era verla sin una larga cinta métrica al cuello, siempre dispuesta para las señoras que querían retocar el dobladillo o incluso alguna costura. La dependienta que atendía a la señora en cuestión salía del probador llamándola: «¿Señorita Jacobs? Señorita Jacobs, por favor. ¡Para un arreglo aquí cuando pueda!», y ésta levantaba la vista del dobladillo que estaba cogiendo en otro probador y decía, con los alfileres en la boca: «Todo a su debido tiempo, sólo tengo dos manos... y dos piernas, ya puestos». Y la señora a la que estaba atendiendo sonreía o ahogaba una risa, en solidaridad, por así decirlo. Después de cogerle las medidas, el vestido se subía a la séptima planta, donde lo cosía alguna de las costureras, y una vez listo (en algunos casos tenían que esperar varios días para que les llegara su turno), se entregaba a domicilio, como gran parte del género de Goode's («Para casa, por favor»), en una de las furgonetas azules y amarillas de la flota de los almacenes, una visión muy familiar en todos los barrios de la clase pudiente de Sídney:

F.G. GOODE'S

Al servicio de las gentes de Sídney desde 1895

Jacobs llevaba al servicio de las gentes de Sídney, o al menos de sus mujeres, desde «antes de la guerra», esa época tan legendaria como de fábula. Había empezado en Guantería y Calcetería, para recalar brevemente en Vestidos de Diario de Señora (donde le enseñaron el arte de los

arreglos de costura) y bajar luego a Ropa Deportiva y de Casa de Señora, pero la atmósfera de aquella sección no había sido de su agrado y se había alegrado de volver a la segunda planta cuando surgió una vacante en Vestidos de Cóctel, donde llevaba ya un tiempo, con la cinta métrica en ristre y una caja de alfileres siempre a mano.

Fay Baines tenía, como poco, veintinueve años, y de hecho Patty Williams se preguntaba si no tendría treinta, y no era lo único que le preocupaba. Porque, mientras ella podía hablar de su marido, por mucho que no hubiera prácticamente nada que contar («Frank estuvo jugando al golf el domingo»), o de su casa («Estoy pensando en encargar unas fundas para el tresillo. Quiero cambiar la aspiradora»), o, por supuesto, de su madre («El viernes es el cumpleaños de mi madre, el sábado iremos todos a su casa»), o de sus hermanas («Dawn... Joy...»), Fay Baines no hablaba de otra cosa que no fueran ¡los hombres!

Era algo ya patológico; que si éste o aquél, que si salir y entrar, y de aquí para allá con Fulanito y Menganito. ¿Y apuntaba algo a que siquiera uno estuviera pensando en casarse con ella? Ni hablar del tema. A veces Patty se preguntaba si Fulanito y Menganito, por no hablar de Bill, Bruce y Bob, serían de carne y hueso. Al fin y al cabo, la pobre tenía ya, como poco, treinta años.

Fuera como fuese, si se paraba a pensarlo, no era una situación envidiable, ya que, al parecer, Fay vivía más sola que la una en un pisito minúsculo cerca de Bondi Junction, por lo que no había nadie —por ejemplo, una madre— que controlase que la cosa no pasara a mayores, por mucho que Patty sospechara que al final pasaría justo eso, teniendo como tenía Fay casi treinta y un años. Dicho de otro modo, estaba muy lejos de ser una jovencuela, y se la veía claramente desesperada —aunque como para no estarlo en su situación—, pero el tema era que los hombres se aprovechaban de la situación, interesados como estaban todos en una única cosa; salvo en el caso de Frank.

Compartió todas estas cavilaciones con sus hermanas y su madre, sin mencionar, eso sí, la cláusula final sobre Frank, y no pudieron estar las cuatro más de acuerdo, mientras comían bizcocho sentadas a la mesa de la cocina de la madre y los niños corrían por el pequeño jardín trasero, si es que un rectángulo de grama y un desgarrado árbol de caucho con una vieja conejera vacía al lado podía recibir tal apelativo.

—Debería compartir un piso en condiciones con otras chicas —opinó la señora Crown—, como hizo Dawn antes de casarse.

—Sí, pero no con tu bendición precisamente, mamá —replicó ésta ligeramente indignada.

Se habían enzarzado en una pelea horrible por culpa de la manera en que la hija había querido independizarse: la madre la acusó de todo tipo de deseos y propósitos malignos el día que Dawn le anunció su decisión de irse de casa para compartir piso con dos amigas, cuando lo único que

quería ella era tener un poco de intimidad. ¡Con el escándalo que le había armado, y ahora hablaba del tema como si fuera lo más normal del mundo! ¡Qué típico!

—Bueno —dijo la madre sirviéndose otro trozo de bizcocho—, los tiempos cambian, ya se sabe.

—No, lo que cambia es la gente —terció Joy con sus modos irritantes.

—Sea como sea, la cosa es que, si le tiene aprecio a su reputación, Fay Baines debería compartir piso y no vivir sola. Yo lo veo así. ¿Qué pensará un hombre de una chica que vive sola de esa manera?

Las cuatro mujeres cavilaron por un momento sobre el tema, y vieron claramente lo que pensaría un hombre.

Fay Baines, con todos mis respetos para Patty Williams, tenía en realidad veintiocho años, una S con visos de convertirse en M si se descuidaba y, mientras la señora Crown y sus tres hijas se permitían estas especulaciones impertinentes sin parar de comer bizcocho, estaba sentada en un sillón llorando en un pañuelito blanco de un juego de cuatro que un admirador le había regalado, todos doblados en una cajita plana de cartón dorado.

Cuando no lloraba, era una chica guapa, con el pelo ondulado y moreno y unos ojos castaños grandes e inocentes; por lo demás, era gran amiga de los cosméticos, que aplicaba con profusión, sobre todo cuando salía.

—Estás para comerte —le había dicho Fred Fisher la primera vez que había ido a recogerla a su casa.

Y, ciertamente, cuando volvieron a casa empezó a comérsela, o al menos algo muy parecido, y a Fay le había costado Dios y ayuda pararle los pies, hasta que el tipo la insultó de mala manera y se fue hecho una furia. Le pasaban cosas así a menudo, pues parecía no conocer nunca a la clase de hombre con la que soñaba: alguien que la respetara y la deseara por igual; alguien que la amara y quisiera casarse con ella. Al parecer, su visión no inspiraba ideas de boda, y era una cuestión dolorosa, pues ella no deseaba otra cosa: lo que, teniendo en cuenta las circunstancias, era de lo más normal. Entretanto, los hombres siempre se llevaban una idea equivocada de ella, tal y como la señora Crown y sus hijas habían insinuado.

Fay estaba efectivamente más sola que la una en este mundo: su madre, viuda de guerra, había muerto hacía unos años, y su hermano —que estaba casado y tenía dos hijos— vivía en Melbourne, donde iba a verlo de vez en cuando. Pero la mala relación con su cuñada, quien, según Fay, se daba aires, había hecho que espaciara cada vez más esas visitas.

«Si no lo consigues a la primera —se decía Fay—, intenta, intenta y vuelve a intentarlo.»

Alguien le había escrito esa cita en su libro de dedicatorias cuando era adolescente y se le había quedado bien grabada.

Aunque aspiraba a ser corista, pronto, cuando rondaba los veinte y hasta los veintipocos años, se había conformado con ser, por turnos, cigarrera y camarera de club; con veintitrés conoció al señor Marlow, un soltero rico y de mediana edad que, dos años más tarde, le dio quinientas libras

en dinero contante y le dijo que se iba a Perth a vivir y que había sido un placer conocerla. Ella se había quedado en la soledad del pisito, que ya no era imprescindible, por pura inercia; decidida a abandonar la convulsa vida de camarera, con sus horas intempestivas y sus buenas propinas, había buscado trabajo en una tienda de ropa de la galería Strand. Allí conoció al señor Green, un fabricante de vestidos; cuando éste le anunció de súbito que se casaba, ella abandonó igual de súbitamente la galería Strand y todos sus recuerdos, y se fue a trabajar a Goode's, donde llevaba poco más de dieciocho meses.

Últimamente los hombres con los que quedaba eran un repertorio de caras procedentes de su etapa más alocada, ya fuesen citas a ciegas que le organizaba su amiga Myra Parker (camarada y mentora durante sus tiempos de clubes nocturnos), u hombres a los que conocía en las fiestas a las que solían acudir juntas. ¿Y las quinientas libras? Guardadas en el banco. Su idea era despilfarrarlas, llegada la hora, en su ajuar. En ocasiones, sin embargo, como aquel día, se sorprendía llorando porque la hora tardaba tanto en llegar que sospechaba con horror que quizá nunca lo hiciera, aunque al rato, cuando el pañuelo había cumplido con creces su función y estaba más que empapado, se enjugaba los ojos, se lavaba la cara y se encendía un Craven A.

«Si no lo consigues a la primera —se decía—, intenta, intenta y vuelve a intentarlo.»

Como la mayoría de sus compatriotas, Fay era una valiente.

Las majestuosas puertas de cristal y caoba de la entrada de F.G. Goode's se abrían puntualmente a las nueve y cinco de la mañana, de lunes a sábado, y hasta las cinco y media de la tarde (salvo los sábados, que cerraban a las doce y media) las señoras entraban con deseos y salían habiéndolos materializado. La gran mayoría llegaba a pie; si vestían con mucha elegancia, el portero, enfundado en su uniforme de teniente coronel del ejército de Ruritania, las saludaba con la gorra o con un leve gesto de barbilla; si llegaban en taxi o, válgame Dios, en un coche con chófer, pegaba un brinco hasta el bordillo, abría la portezuela y la sujetaba hasta que salía la señora en cuestión.

La mayoría, independientemente de su objetivo principal, antes de subir por el ascensor o la escalera mecánica se daba una vuelta por la planta baja para echar un ojo por el mostrador de los perfumes, los guantes, los pañuelos, los chales, los cinturones y los bolsos. A veces iban directas a la *soda fountain* y se sentaban tras la barra de mármol, en uno de los taburetes dorados, para beberse un batido o tomarse un refresco con helado, porque Sídney era una ciudad muy grande y probablemente el trayecto hasta los grandes almacenes les habría llevado su tiempo. Más de una se tomaba sus polvos para la jaqueca en el refresco, con la idea de prepararse para la jornada que tenían por delante.

Si su visita coincidía con las vacaciones escolares, podía darse el caso de que fueran acompañadas por uno o dos críos, y entonces hasta un oficial del ejército ruritano podía apiadarse de ellas: qué horror de malcriados, siempre peleándose y empezando todas sus frases con un «yo quiero...». La mayoría iba a por zapatos, porque en la sección de Calzado Infantil tenían una máquina de rayos X que permitía cerciorarse de que los huesos de los pies no quedaban desalineados con los zapatos nuevos, y aquel artilugio era extremadamente popular entre las madres de la clase pudiente (hasta que se descubrió que el efecto de esos rayos podía llegar a ser más peligroso que llevar unos zapatos de la talla equivocada, por nefasto que sin duda esto fuese).

Cuando terminaban con las compras, y si los críos se habían comportado medianamente bien, sus madres los llevaban al restaurante de la quinta planta, que en las vacaciones escolares se convertía en un lugar *non grato*, pues los chiquillos tenían la costumbre de empezar a portarse mal en cuanto estaban felizmente acomodados, y pocas madres tenían cuerpo para sacarlos de allí después de eso, de modo que los almuerzos estaban salpicados de chillidos, bofetadas, bebidas derramadas y gelatinas acuchilladas, y muchas menos madres tenían el *savoir-faire* de dejar una propina a la altura del caos generado.

Jacobs, Williams y Baines se libraban de estos aspectos de la vida entre las cuatro paredes de

Goode's, porque a muy pocas mujeres se les ocurría intentar comprarse un vestido de cóctel o siquiera uno de diario con los pequeñines colgados de sus faldas. Allí arriba era todo *luxe, calme et volupté*, con bonitas luces rosadas y espejos tintados de rosa que hacían que estuvieras espléndida, y, bajo los pies, el grueso silencio gris de las mejores moquetas Axminster.

Ese día, a las nueve en punto, las chicas de negro estaban cada una en su puesto, listas para encarar aquella jornada estival, cuando la Cartright se acercó corriendo con su susurrante vestido de piqué con lunares como monedas.

—¡Niñas! —gritó.

Cómo aborrecían que las llamara así. Se rumoreaba que había sido delegada capitana de estudiantes del Colegio Presbiteriano de Señoritas, y se lo imaginaban perfectamente. ¡Qué arrogancia! Allí venía. ¿Qué querría ahora?

—La semana que viene se unirá al grupo una chica del personal temporal —anunció con una sonrisa radiante—. Espero que la hagan sentir como en casa. Sé que en esta sección no suelen tener temporales, pero seguro que no les viene mal, y también podrá ayudar a Magda.

¡Lo que faltaba!

En el extremo de la sección de Vestidos de Señora, pasado Cóctel, había algo muy especial, algo muy pero que muy fabuloso; pero no era para todas, y ésa era justamente la cuestión. Porque allí, al fondo del todo, había un arco precioso donde se leía en letras rimbombantes: ALTA COSTURA. Quien lo atravesaba se encontraba en una caverna rosada, iluminada por unas lamparitas con volantes y amueblada con un par de pequeños sofás tapizados en brocado gris perla; las paredes, por su parte, estaban recubiertas por unos magníficos armarios de caoba de los que colgaba, en perchas de satén rosa, la alta costura en sí, cuyos precios delirantes se contaban directamente en guineas.

En un lado de la caverna había una silla y una mesita estilo Luis XVI donde las mujeres extendían los cheques o firmaban los recibos, flanqueadas por sendos espejos batientes, en los que la señora en cuestión, tras enfundarse un vestido de alta costura (en caso de atreverse) en uno de los espacios probadores, podía verse como era debido, andar unos pasos y volverse para observar su efecto en el espacio grande para el que estaba pensado. Del techo colgaba una lámpara de araña; casi el único elemento que faltaba en aquel decorado era la botella de Veuve Clicquot echando espuma por la boca y la copa en forma de tulipán. Por lo demás, la caverna era una fiel reproducción de los espacios lujosos en los que en teoría pasaban su existencia las clientas. Y la pitonisa que guardaba aquella caverna se llamaba Magda.

Magda, cautivadora, esbelta y de pecho abundante, con su traje, su manicura y su peinado perfectos, era la arpía más abrumadora, fragante, reluciente, horrenda y odiosa que habían visto en su vida, o incluso imaginado, tanto Williams y Baines como seguramente la propia Jacobs. «Magda» (nadie se atrevía siquiera a pronunciar su temido apellido europeo) era una terrible realidad inamovible que había que limitarse a ignorar la mayor parte del tiempo; pero si en teoría iban a compartir con ella a una dependienta temporal, sabían perfectamente quién iba a compartir

y quién no: Magda iba a estar saliendo de su caverna rosada cada dos por tres para serpentear hasta Cóctel y arrebatárselas a la temporal en cuanto ésta diera muestras de servir para algo. Aquello era un hecho fehaciente, porque Magda era de la clase de mujeres que siempre consiguen lo que quieren: se veía de lejos. Porque Magda, ¡ay, Señor!, era europea, ¡del continente!, ¡y ellas ni muertas querrían serlo!

O al menos Williams, que se mostraba inflexible al respecto.

—Dios santo, yo no soportaría ir así por la vida.

Jacobs se limitó a parecer más ofendida de lo habitual, incluso ligeramente dolida, como si acabara de ver una araña en la taza. A Fay Baines le parecía horrible, simple y llanamente, por sus andares, y por todo lo demás; aunque en casa, ante el espejo, se preguntaba muy seriamente qué maquillaje utilizaría Magda y cómo se lo ponía, porque debía de tener como poco cuarenta años, pero tenía un aspecto —había que reconocerlo— estupendo. Había que reconocérselo.

Cuando Lesley Miles llegó a Goode's para hacer la entrevista para un puesto de dependienta de planta (temporal) y le dieron un formulario para que lo rellenase, la primera palabra que escribió, con mucho esmero y una pizca de inseguridad, fue «Lisa».

Era el nombre que había elegido hacía varios años: aborrecía con todo su ser el que le habían puesto, y desde muy joven había decidido adoptar otro a la primera ocasión que se le presentase. Ahí la tenía.

—¡Lisa Miles! —la llamó a gritos una voz.

Lesley-Lisa se puso en pie en el acto y siguió a una mujer hasta el cuartito donde estaban realizando las entrevistas.

—Bueno, Lisa —dijo la mujer (y empezó la nueva vida de Lesley como Lisa).

Qué fácil había sido: se acostumbraría enseguida, no le cabía la menor duda. Se sentó muy recta en la silla, como lo haría una Lisa, y sonrió risueña. Por fin empezaría todo.

La señorita Cartright, la encargada de entrevistarla, clavó una mirada penetrante en la adolescente que tenía sentada ante ella: en Goode's había que dar en la tecla con las chicas que empleaban, daba igual que se tratara sólo de un contrato temporal para las bullas de la Navidad y las rebajas de Año Nuevo, que empezaban nada más terminar las fiestas. Se notaba, no obstante, que aquella chica era inteligente: en el formulario que había rellenado decía estar a punto de presentarse a la reválida. Pero ¡qué cara! ¡Qué porte! Tenía el cuerpo y el semblante de una cría de unos quince años, y una no especialmente madura: menuda y delgada, casi flaca, con pelo rubio ensortijado y unos ojos vivos e inocentes tras unos anteojos de aspecto funcional. Aun así, el vestido negro le daría un aspecto más adulto, porque desde luego la ropa que llevaba puesta —ese vestidito de algodón estampado de mangas descuadradas y cuello Peter Pan— era un desastre: se notaba que era de confección casera, y no especialmente diestra. Pobre criatura.

Lisa, que había planchado con sumo cuidado su vestido rosa —el mejor que tenía— y se había enfundado sus zapatos de tacón y unas medias de nailon nuevas, estaba convencida de que su aspecto se acercaba a la condición de Lisedad todo lo posible dadas las circunstancias, y allí seguía, sonriendo expectante y totalmente ajena a los barruntos interiores de la señorita Cartright.

—¿Y qué tienes pensado hacer cuando termines el instituto, Lisa? —le preguntó.

—Bueno, voy a esperar a ver las notas de la reválida —contestó sin querer concretar mucho.

—Entiendo que no tienes pensado hacer carrera en el mundo del comercio minorista.

—¡No, no! —exclamó Lisa.

La Cartright tuvo que reírse.

—No pasa nada, Lisa. No todo el mundo está hecho para este oficio. Pero, eso sí, mientras estés trabajando aquí se espera que trabajes duro, como si fuera un puesto permanente. Eso lo entiendes, ¿verdad?

—Sí, claro que sí —respondió a la desesperada Lisa—, por supuesto. Lo entiendo perfectamente. Trabajaré muy duro.

Y la señorita Cartright, diciéndose que sería bastante pintoresco ver a la chica en aquel contexto, decidió destinarla a Cóctel, donde además podría echarle una mano a Magda en Alta Costura porque, a pesar de ese aspecto tan aniñado, saltaba a la vista que era lista y solícita, y, dentro de lo que cabía, podría serle de bastante utilidad.

—Pues nada, empiezas el primer lunes de diciembre —informó a la nueva dependienta de planta (temporal)—, se te pagará cada quince días, los jueves. Vamos ahora a ver tu vestido negro.

Hasta ese momento la encargada no había caído en la cuenta de que seguramente no dispondrían de un traje para una cría tan delgada. Pero, quién sabía, tal vez acabara rellenándolo en cuanto pasara la tensión de los exámenes. Lisa, por su parte, la siguió por la escalera de incendios hasta la sala del guardarropa, y estaba tan encantada con la idea de vestir de negro que no le importó en lo más mínimo que el vestido que le tocó en suerte fuera una talla más grande, teniendo como tenía una XXS; al fin y al cabo, nunca había sido dueña de un vestido que le quedara bien del todo.

Las entrevistas para la contratación del personal temporal se hicieron un sábado por la tarde, después de que los grandes almacenes, como el resto de las tiendas de la ciudad, cerraran para el fin de semana, y Lisa había llegado justo a la hora del cierre, cuando todavía había ajeteo por las calles, entre la gente que volvía a casa o iba al cine o a comer fuera. Después de una hora larga, salió por la entrada de empleados y se internó en la ciudad en el estado que tenía ésta el sábado por la tarde y todo el domingo: tan silenciosa, tan vacía, que parecía sugerir una catástrofe terrible y universal, la llegada de una temida plaga, o incluso del Ángel Exterminador en persona. Fue oyendo sus propias pisadas mientras atravesaba Pitt Street y Martin Place; al pasar por la estafeta de correos vio a una mujer que echaba una carta, y por George Street a un hombre a lo lejos que iba hacia el puerto; aparte de eso, las calles estaban más que vacías.

Atravesó la oscura y misteriosa explanada de la estación de Wynyard, en dirección a las vías, y cuando llegó su tren sólo había otros tres pasajeros en el andén. Era la primera vez que estaba en la capital un sábado por la tarde, y el episodio, tan cercano en el tiempo a la entrevista para su primer puesto de trabajo, le suscitó una extrañeza tremenda, aunque también —todo hay que decirlo— una familiaridad espectral: porque Lisa se consideraba sin lugar a dudas poeta, y aquella experiencia tenía todos los visos de ser de las que podían convertirse fácilmente en poema, siempre y cuando lograra evocar aquella sensación, esa percepción de un mundo que se ha transformado y de sí misma en él y con él: sensación y percepción para las que, de momento, no tenía palabras concretas.

«Lisa —se decía ya sentada en el tren, que traqueteaba por encima del puente—. Me llamo Lisa Miles.» Y seguía con aquella sensación de extrañeza por dentro —al igual que ella dentro de ésta— cuando llamó a la puerta de la casa de Chatswood en la que vivía con sus padres... y de la que todavía no tenía llaves.

Fue su madre quien abrió.

—¡Hola, Lesley!

En las pocas semanas que mediaron entre la conclusión de la reválida y su primer día en Goode's, Lisa fue con su madre a las Montañas Azules, leyó *Suave es la noche* y parte de *Anna Karenina*, fue dos veces al cine, y la mayor parte del tiempo la pasó callada e impaciente mientras su madre, que estaba cosíéndole ropa nueva, le ponía alfileres.

—Estate quieta —le ordenó ésta—. ¿Quieres estar guapa o no? Es tu primer trabajo.

—Ya, pero es que van a ponerme un vestido negro, no van a verme con mi ropa —protestó Lisa.

—Te verán al llegar de casa y al irte.

—Pero eso ¿qué más da?

—Sí que da.

—«¡Tigre! ¡Tigre! Ardiente resplandor en las selvas de la noche!»¹ —empezó a declamar Lisa.

—Ay, qué pesada con tu tigre. No me distraigas, ¡y estate quieta!

Lisa era hija única, y los ajenos creían que esta circunstancia justificaba la peculiaridad general de su carácter. Su padre trabajaba de cajista en el *Herald* y rara vez se le veía el pelo por la casa: por lo general llegaba a las tantas de la mañana y dormía hasta la tarde, momento en el que se iba al pub a beber cerveza durante una hora o dos, hasta que empezaba su turno; por lo demás, el tiempo que pasaba despierto los sábados se pegaba a la radio para escuchar las carreras de caballos, para las que hacía apuestas bajo cuerda. La señora Miles no tenía la más mínima idea de a cuánto ascendía el sueldo de su marido, y le habría asombrado si alguien se lo hubiera dicho. De haber sabido el gran porcentaje que acababa en los bolsillos de los corredores ilegales habría muerto fulminada de un infarto.

No lo conocía mucho cuando se casaron en plena guerra: él era un soldado apuesto en un baile al que ella había asistido, y cuando éste le sugirió, tras un breve noviazgo, que le echaran valor, ella no vio razones para negarse.

Hasta ese momento su vida no había sido fácil, pues había nacido en el seno de una panificadora y había estado cubierta de harina desde los once años, edad en que la reclutaron para cuidar de sus ancianos padres en cuanto volvía a casa de la escuela. Aprendió a colocar las guindas sobre las magdalenas de fantasía y, con el tiempo, fueron instruyéndola en tareas más complicadas, hasta que, a los quince años, no quedaba prácticamente nada que no supiera sobre repostería fina.

Fue entonces cuando dejó la escuela y se unió al negocio familiar a tiempo completo. Le pagaban un sueldo irrisorio, en dinero contante, y siguió viviendo en la casa que tenían sobre el local. Todavía podría haber estado recubierta de harina si no hubiera aparecido Ted con su elegante uniforme militar; aunque, en cuanto dejó de ponérselo, se quedó sin mucho que decir a su favor... Pero así era la vida, ¿no? Se habría sentido igual de mal como sospechaba que se sentía su marido por no haberle dado un hijo varón si no fuera porque Lesley era la niña de sus ojos.

La víspera del primer lunes de diciembre, Magda y Stefan se habían quedado jugando a las cartas hasta tarde con dos amigos, y para cuando ella hubo despejado los vasos sucios, vaciado los ceniceros y adecentado por encima el salón, antes de hacer el *démaquillage*, eran más de las dos de la madrugada. Permaneció unos instantes contemplando la bahía de Mosman, suspiró y se retiró a la cama. Se encontró a Stefan leyendo una página de Nietzsche, como tenía por costumbre hacer para terminar la jornada.

—Ay, Magda, amada mía —dijo lanzando a un lado el libro—, el trabajo de una mujer nunca termina hasta que yo estoy casi dormido. Anda, vente a la cama ya.

—En este país no hay ninguna ley que prohíba a los hombres ayudar a sus mujeres a poner orden, ¿sabes?

—Pues fijate que yo diría que sí que la hay.

—Seguramente estés en lo cierto —concedió mientras se metía en la cama.

Para cuando cerró los ojos y se durmió, serían tranquilamente las tres de la madrugada.

Como consecuencia, a la mañana siguiente, cuando se despertó a la hora habitual y se miró en el espejo, lo que vio lo horrorizó, y se pasó un cuarto de hora tumbada en el sofá con los pies en alto y dos grandes rodajas de pepino sobre los párpados cerrados. A continuación se levantó con un gran suspiro, comió un poco de yogur y se preparó para ir al trabajo.

Sería tonto pensar que Magda tenía que ponerse el vestido negro reglamentario de Goode's regentando como regentaba Alta Costura. No: en este aspecto, así como en varios otros, se había llegado a un entendimiento según el cual Magda accedía a vestir de negro pero bajo sus propias condiciones. Se había hecho con un repertorio de vestidos y lo que ella llamaba «conjuntos» negros adecuados, muchos de los cuales se veían aliviados, por no decir realzados, por discretos añadidos de blanco —cuellos, pongamos por caso, puños o ambas cosas— e incluso, en un conjunto en concreto, de rosa claro; Magda había tenido la astucia de ir adquiriéndolos en las boutiques caras que gustaba frecuentar y donde conseguía un buen descuento comercial por su vinculación con Goode's.

—Cuando era *vendeuse* en la casa Patou —había comentado en cierta ocasión—, como es natural, sólo vestía de Patou.

Aquello era un gran embuste, puesto que, de entrada, Magda nunca había sido *vendeuse* en la casa Patou. Aunque eso no quitaba que pudiera haberlo sido; era una buena mentira, perfectamente

válida, que le había granjeado, por encima de cualquier otra cosa, el puesto de encargada de Alta Costura.

—¡Esta gente —solía decirles a sus amistades continentales— no sabe nada de nada!

Ese día, por tanto, Magda no fue al vestuario de empleados a cambiarse, sino a dejar el bolso y arreglarse, pasando al lado de sus indignas compañeras en una nube de Mitsoukou. Se empolvó la nariz, al parecer ajena a las burlas de las curiosas, y, al volverse, les dedicó una sonrisa resplandeciente.

—Qué buen día hace, ¿no os parece? —preguntó—. Esta mañana he disfrutado especialmente del paseo hasta aquí. Qué suerte tenemos de vivir en una ciudad como ésta.

Dicho lo cual, salió de la habitación dejando atrás un friso de caras estupefactas de asombro, incompreensión y desdén: reacciones que expresaron en cuanto sus pasos se perdieron por la puerta.

—Échale guindas al pavo —exclamó Williams poniendo voz a los pensamientos de todas las presentes.

Lisa escogió ese justo momento para hacer su aparición. Se apostó en el umbral, vacilante y frágil como un hada, con su falda fruncida y lo que podía pasar por una blusa blanca de colegial. Patty Williams la miró de reojo y le dijo a Fay Baines:

—Éramos pocos y parió la abuela.

»¿Buscas a alguien o te has perdido? —la interpeló—. Aquí sólo pueden entrar empleados.

—Yo lo soy —repuso Lisa—, o sea, soy una empleada. Temporal.

—Que Dios nos asista —le dijo Patty por lo bajo a Fay—. ¿Sabes el número de tu taquilla? —le preguntó acto seguido a Lisa.

La chica les indicó el número que le habían dado en la recepción de empleados y Patty la miró de hito en hito.

—Ah, vaya, eso es por aquí. Dios mío —le dijo de nuevo a Fay—, debe de ser la nueva. Ahora sí que lo he visto todo en esta vida. Pues entonces acércate y cámbiate —señaló levantando de nuevo la voz—. Es hora de bajar. Aquí nos entretenemos lo justo —añadió con severidad.

Era maravilloso lo asertiva que podía ponerse Patty cuando no temía una oposición seria, y en la semana que siguió se aseguró de que las horas de trabajo de Lisa fueran lo más frenéticas posible.

La que tenía la veteranía y por tanto, en rigor, el derecho de hostigar a Lisa, o al menos de asegurarse de que aprendiera las rutinas y se hiciera valer, era Jacobs, pero entre la Navidad, el Año Nuevo y todas las festividades que se avecinaban, y la manera en que desaparecían los vestidos de cóctel de las perchas camino de los probadores, más rápido de lo que canta un gallo, el trabajo de ésta se limitaba a marcar arreglos, lo que dejaba a Patty el campo prácticamente libre para ejercer su autoridad, y se metió en el papel a las mil maravillas.

—Acabas de salir de la escuela, ¿no, Lisa? —le preguntó—. Habrás hecho los exámenes de mitad de secundaria. ¿Has aprobado?

—Acabo de hacer la reválida.

—¡Vaya, vaya! —exclamó Patty entre desconcertada y consternada—. ¡De reválida! Yo te echaba quince años como mucho. ¡Reválida! —Se quedó mirando con incredulidad e incluso miedo a la niña prodigio—. ¿Quieres estudiar para maestra?

—¿Yo? No, no creo —respondió Lisa—. Mi idea es —dijo creyendo que estaba obligada a ofrecer un relato fidedigno de sí misma— ser poeta..., creo... —añadió, y dejó la frase sin terminar al fijarse en el horrible efecto que había tenido su candidez.

—¡Poeta, dice! —exclamó Patty—. ¡Caramba! —Luego, dirigiéndose a Fay, que estaba clavando un recibo en el taco al terminar una venta—: ¿Has oído eso? Aquí Lisa quiere ser ¡poeta! —Sonrió con malicia.

—No, me refería a que —quiso corregirse la confundida chica—, en fin, me gustaría intentar ser poeta. O puede que —añadió con la esperanza de desviar el asombro de su compañera— actriz.

—¡Actriz! —chilló Patty—. ¡¡Actriz!!

Lisa comprendió al instante que no había hecho sino agravar su error inicial, y que se había convertido de golpe en un gran blanco para las burlas, y es que el aspecto que presentaba con su vestido negro y sus anteojos funcionales, delgada y aniñada como era, distaba tanto del concepto de actriz que tenían las demás que las dos mujeres estallaron en risas. Se quedó allí plantada e indefensa, y se puso colorada; estaba incluso al borde del llanto.

Fay fue la primera en recular; si no otra cosa, el recuerdo de su propios esfuerzos por hacer carrera en los escenarios bastó para acallar sus burlas.

—Cuesta mucho entrar en el teatro —dijo con amabilidad—. O conoces a alguien o no hay manera. ¿Tú conoces a alguien?

—No —contestó Lisa con una vocecilla, aunque de pronto le vino la inspiración y añadió—: de momento...

Jacobs había escuchado la conversación disimuladamente a un par de metros del grupo, mientras extendía un recibo de arreglo, y se volvió entonces para decir:

—Así es. Aún es joven, y «de momento» no conoce a nadie. No es más que una chiquilla.

Jacobs le dio la espalda al silencio asombrado que habían provocado sus palabras y se acercó con paso lento a un perchero cercano de vestidos de cóctel que en teoría había que ordenar por tallas.

—Creo que hay algunas tallas que están desordenadas —dijo hablándole de nuevo a la joven—. ¿Te importa echarles un ojo, Lisa, y ponerlas bien? Así me gusta.

Lisa, mientras leía las tallas en las etiquetas de los vestidos de cóctel —XXS, XS, S, M, L (sólo había dos L en aquel perchero)— e iba colocándolos en orden cuando era necesario, recurrió al prontuario del que se valía en momentos aciagos. «¡Tigre! ¡Tigre! Ardiente resplandor —declamó para sus adentros— en las selvas de la noche», y acababa de llegar al «¿y qué temidos

pies?» cuando la interrumpió una clienta en cuya presencia no había reparado en absoluto. Sostenía en alto un vestido de tubo negro y magenta.

—¿Tiene este modelo en una M? No veo otro, y éste es una XS.

—Un momento, por favor, voy a preguntar en el almacén. Siento haberla hecho esperar —añadió, tal y como la había aleccionado Patty.

«¿Acaso quien creó el Cordero te creó a ti?»

El Tigre había entrado en la vida de Lisa en los tiempos en los que no era nadie, sólo Lesley, hacía tres años ya, cuando estaba empezando la secundaria. Frágil, solitaria en apariencia, extrañamente desinteresada, sin que sus maestros reparasen apenas en ella y con un rendimiento puramente mediocre en lo académico, en clase se sentaba en las últimas bancas y durante el recreo se fundía con los rincones y las paredes. Sus únicas camaradas parecían ser dos chicas que también se mantenían al margen de todo: una chica muy gorda y otra que tenía eczemas, chicas que parecían necesitar que hicieran algo por ellas, sin que hubiera nada factible que hacer; chicas que debían encontrar la salida del laberinto como buenamente pudieran.

No ha quedado constancia de cómo lograron dicha gesta la chica obesa y la de los eczemas; en el caso de Lisa, encontró el hilo entre las páginas de una antología de poesía que un día cayó en sus manos en la biblioteca del colegio..., literalmente: se cayó del estante mientras andaba buscando un libro que no tenía nada que ver, y, al quedar abierto, su mirada no pudo evitar aterrizar en la página de la derecha, donde atisbó la palabra *tyger*. Una vez que esto ocurrió, lo que siguió fue sencillamente inevitable, pues ningún joven de catorce años medianamente avisado vería esa palabra, con esa curiosa ortografía en inglés —cuando lo habitual era *tiger*—, tan misteriosa y atrayente, sin indagar más allá, y conforme lo fue haciendo, el abismo de la poesía se abrió ante sus pies. No tardó en aprenderse de memoria el poema, y en las semanas que siguieron caviló sobre su significado, e incluso sobre su forma, y cuando unos meses después le pidieron en clase que escogiera un poema —daba igual cuál mientras fuera en inglés— e hiciera una redacción sobre el tema, Lisa estaba más que preparada para escribir largo y tendido sobre la pequeña gran pieza maestra de Blake, y así lo hizo, con total libertad.

Su profesora de lengua se preguntó después en voz alta si no debería estar sentada en primera fila: era posible, pensó, que la visión de la chica hiciera desaconsejable estar a tanta distancia del encerado. La cambiaron a un pupitre de la segunda fila, y siguió con lo que había empezado; la señorita Phipps había catado aquellas mieles, por así decirlo, y le había cogido el gusto.

—Carne de matrícula de honor, sin la menor duda —comentó en la sala de profesores—. No imaginaba que estuviera hecha de esa pasta. Matrícula, sin duda.

Teniendo en cuenta que el principal propósito de todo profesor de instituto es generar tantas matrículas de honor en la reválida como sea humanamente posible, Lisa, en la más absoluta ignorancia, pasó a estar en el punto de mira. Como suele ser el caso, la atención y el aliento (discreto, por supuesto) que se le dispensó a partir de entonces, y por primera vez en su vida, afectó para bien su rendimiento general, e hizo que mejorara sus notas en todas las asignaturas.

Para cuando entró en el último curso, ocupaba ya una respetada posición entre las filas de los casi brillantes: las de los alumnos que lograrían notas, si no espectaculares, sí indudablemente consistentes, y que casi sin duda les granjearían becas de la Commonwealth.

Rellenar el formulario de solicitud de estas últimas le trajo más de un quebradero de cabeza.

—Bueno, no sé, Lesley —le dijo su madre—. Lo de la universidad, no sé yo... Tendremos que ver qué dice tu padre. Además, lo tiene que firmar él.

Consiguieron acorralarlo justo cuando se disponía a salir una noche camino del *Sydney Morning Herald*.

—Ninguna hija mía se acercará siquiera a esa cloaca, y es mi última palabra —sentenció.

Para finales de la semana siguiente había accedido a firmar la solicitud con la condición de que, si por una remota casualidad le concedían la beca a su hija, de ningún modo se plantearía aceptarla.

—En realidad es por el instituto —explicó la señora Miles—. En el instituto le han pedido que lo haga. Es bueno para su reputación.

—Bueno, en fin —dijo el cajista E. Miles—, de todas formas yo nunca quise que fuera a ese instituto. Son una panda de esnobs y estirados.

Con esto quería reprobar que la institución en cuestión, un instituto público, admitiera solamente a chicos de cierta inteligencia; la alegría de la señora Miles cuando su Lesley consiguió entrar con once años había sido otra de las muchas de la crianza que, por desgracia, no había podido compartir con el coautor de la niña. Llevaba ya cinco años de veladas silenciosas bajo la luz de una lamparita; mientras, en la mesa de la cocina, su Lesley hacía unas tareas que cada vez le ocupaban más tiempo, ella, en la silla de mimbre, hacía calceta, cosía o miraba por encima *The Women's Weekly*, henchida de orgullo: ¡su niña estudiando!

Cuando tocaba a su fin la primera semana de Lisa como dependienta de planta (temporal) en Goode's, su aspecto escuchimizado llamaba la atención más que nunca, y el vestido negro parecía quedarle casi dos tallas más grandes, en lugar de una. «Madre del Amor Hermoso —se dijo la Cartright al pasar por Cóctel—, esta chiquilla parece directamente malnutrida: la cosa raya en la indecencia.»

—¿Has hecho ya la pausa del almuerzo? —le preguntó ese mismo día algo más tarde.

—Sí, sí, gracias —respondió la chica.

—Entonces espero que hayas almorzado como es debido —dijo con severidad la Cartright—. Aquí hace falta mucho alimento para no quedarse sin energía. Por eso subvencionamos el comedor del personal, ¿sabes?, para que esté todo el mundo bien alimentado. Así que quiero que almuerces como es debido todos los días, Lisa, por favor.

—Sí, sí, claro que sí —contestó.

«Lesley —le había dicho su madre—, no quiero que comas en ese comedor más de lo necesario. Estoy convencida de que no te sienta bien: a saber por cuántas manos ha pasado esa comida o quién la ha manipulado. Y no me creo que sea fresca. Yo te prepararé unos emparedados bien ricos para que te lleves.»

La hija no protestó porque, en realidad, aunque le atraían las ensaladas multicolor y las gelatinas temblorosas del comedor, con sus pequeños rosetones de nata montada, la sala en sí y su clientela se le antojaban melancólicas, y no en el sentido más poético de la palabra. Para cuando su primera semana tocaba a su fin, había conseguido establecer una rutina por la que, si subía a toda prisa la escalera de incendios hasta el vestuario de empleados, volvía a ponerse su ropa y cogía los emparedados y un libro, era capaz, bajando con la misma celeridad aquella misma escalera hasta la calle, de doblar por Market Street, atravesar Elizabeth Street —bloqueando el paso de coches, taxis y tranvías— y llegar hasta Hyde Park, donde disfrutaba de tres cuartos de hora en el abrazo de su verdor apasionado.

Hacía ya un calor aborrecible e implacable, pero había descubierto que, sentándose en un lado u otro del borde de la fuente Archibald según de dónde soplara la brisa, podía disfrutar de las refrescantes salpicaduras de los surtidores. Allí, con la barriga llena de los emparedados con abundante carne o queso hasta arriba que su amorosa madre le había preparado, y la mente llena de la angustia del relato de la Karenina, que estaba a punto de terminar, ascendía a un estado de

gozo que se incrementaba por la pura novedad de estar y actuar a su aire: la deliciosa experiencia de la soledad elegida.

Estando de esa guisa allí sentada el viernes de esa primera semana, con la blusa ya empapada por el rocío de la fuente, y cuando tan sólo quedaban unos minutos para tener que volver a toda prisa a adecentarse de nuevo en su vestido negro, pasó por su lado Magda, quien sólo la había atisbado desde la portentosa entrada de Alta Costura, y la saludó.

—Anda, hola. Te llamabas Lisa, ¿no? Yo soy Magda... Me habrás visto sin duda como responsable de Alta Costura en Goode's, adonde ya debemos regresar, si no me equivoco —dijo consultando un reloj de diamantes.

—Ah, sí, gracias —tartamudeó Lisa confundida.

Magda le dio un repaso mientras se levantaba de la fuente y recogía su libro y la basura. Qué criatura aquélla, diminuta y a medio hacer, y se la habían propuesto como ayudanta en Alta Costura, por si la necesitaba. ¡Como si ella no se valiera sola! Aunque, ahora que lo pensaba, no le vendría mal para un par de tareas tediosas de poca monta, y, en cualquier caso, si se decidía a hacerla desaparecer un rato de Cóctel fastidiaría a esas mujeres rencorosas que tenían en esos momentos la custodia de la chica. Pues sí, lo haría, y además pronto.

—La señorita Cartright..., qué mujer tan elegante, ¿no te parece? Tiene verdadera clase, no como muchas de las mujeres que veo a mi alrededor. —Lanzó una mirada amplia y de ojos lustrosos que abarcó a todo el que estaba a un radio de cien metros y suspiró, no sin resignación—. Según me ha dicho, puedo disponer de tus servicios, sin duda excelentes, durante las próximas semanas, mientras hago frente al frenesí navideño. ¿Estoy en lo cierto?

—Ah, sí —corroboró Lisa—, creo que me comentó que también entraba dentro de mis funciones ayudarla a usted en ocasiones.

—Sí, en fin, ya iremos planeándolo para la próxima semana—dijo complaciente—. Por cierto, ¿cómo es posible que tengas la espalda empapada? ¿Tanto has sudado?

—¡No, qué va! —exclamó Lisa—. Es que me he sentado al lado de la fuente..., es de las salpicaduras.

—¡Qué tontería! ¿Acaso no sabes lo peligroso que es sentarse al lado de una fuente con estos calores? Santo Dios, puedes pillar *la gripe* si persistes en este disparate. Por no hablar de lo poco elegante que es la ropa mojada... Por favor, no vuelvas a hacer nada parecido. La humedad también es mala para el cabello —añadió lanzando una mirada crítica a la melena de Lisa.

«¿Conseguiré convencerla para que vaya *chez* Raoul? —pensaba Magda por el camino—. Es la única persona en toda esta ciudad, o puede que en todo este país, capaz de cortar un pelo así. ¡Ay, esta gente no sabe nada de nada! Y esta cría, Dios, no te quiero ni contar...»

Entretanto, habían llegado a la entrada de empleados y Lisa subió corriendo la escalera de incendios para cambiarse. Magda la vio alejarse e inició su propio ascenso, más lento y breve, en un estado de satisfacción moderada. Estaba haciendo cuentas en la cabeza y dándose ánimos, diciéndose que, al ritmo que iban, para finales del año siguiente Stefan y ella habrían ahorrado

capital suficiente para arrendar un local en Macleay Street o incluso en Double Bay, pues Magda tenía la intención de, a su debido tiempo, regentar su propia boutique, con vestidos que serían el colmo de la exclusividad y de los precios exorbitados, y mandar Alta Costura al cuerno.

El segundo lunes de diciembre Patty Williams y Fay Baines estaban sentadas a una mesa del comedor de empleados. No solían coincidir en la pausa para el almuerzo, pero con Lisa en el equipo tenían la sensación de que resultaba práctico, al menos para la plantilla de Cóctel, porque ciertamente la sección no recibía muchas visitas a la hora del almuerzo, puesto que, al parecer, las señoras que compraban vestidos de cóctel preferían hacerlo o más temprano, o bien, con prisas, mucho más tarde. De modo que allí estaban. Así y todo, ese día parecía ser más práctico para Patty que para Fay, pues, como cualquier persona con inteligencia habría observado, ese día el maquillaje de Fay cubría una realidad muy paliducha: sus párpados hablaban de insomnio y su palidez, de abatimiento.

—¿Estás probando un colorete nuevo? —le preguntó Patty—. Se te ve más pálida que con el que usas normalmente. Yo nunca cambio de colorete. Uso el mismo desde que terminé la escuela. Aunque dudo mucho que Frank se fijara si lo hiciera... —añadió con una modulación en el tono que presagiaba lo peor... Y ahí estaba—: Me podría pintar la cara de verde y no se daría ni cuenta, te lo aseguro. En fin... —Hizo un mohín porque pensó por un momento para sus adentros: «¡No debería decirle estas cosas a Fay!»—. Lo que le pasa a mi Frank —prosiguió en un tono más animado— es que le han puesto un jefe nuevo y no congenian. Dice que se lo tiene muy creído.

Oh, sí, sin duda eso era lo que le pasaba: tanto era así que Frank no se había pronunciado más de tres frases enteras en la filetada nocturna de los Williams el viernes anterior, tras concluir su primera semana bajo el nuevo régimen del departamento comercial de Revestimientos Wonda.

«Mi nuevo jefe es un baboso y un malnacido —había dicho—. Se comporta como si fuera el dueño de todo. No sé quién se cree que es.»

Este nuevo jefe tenía algo más concreto que sacaba de quicio a Frank y que no había mencionado en absoluto a su mujer, en parte porque no se lo había reconocido del todo a sí mismo: era algo que lo irritaba y, llegado el caso, lo enfurecía sin que pudiera enfrentarse a ello en toda su magnitud. Lo que ocurría era que el jefe en cuestión había colocado una gran fotografía enmarcada de sus dos hijos —un par de golfillos de mucho cuidado, de ocho y diez años o algo así, habría dicho Frank si hubiera tenido que decir algo— en la mesa, ¡en la mesa de Revestimientos Wonda! Y en cuanto había tenido ocasión se la había enseñado a sus subalternos.

«Éstos son mis dos hijos —les dijo henchido de un orgullo fatuo—, Kevin y Brian», apuntó con una amplia sonrisa.

«Vaya, qué bien», comentaron los compañeros de Frank.

«Ah, sí», confirmó éste.

Y luego, como si no hubiera sido suficiente, esa misma noche, en el pub, el malnacido había vuelto a sacar el tema, y, para colmo, todos los demás se habían unido y habían empezado a hablar de sus hijos e incluso de sus hijas. Y así hasta la saciedad. De pronto estaban todos presumiendo de críos, y todo por culpa de aquel pelota del demonio. Frank se escabulló y se fue a su casa en Randwick de un malhumor considerable, y cuando al día siguiente fue a jugar al golf se le fue a la porra el hándicap.

—Bueno, el caso es que no le cae bien, no sé. No se puede tener todo en esta vida, ¿no? ¡Yo le dije que probara a trabajar una semana a las órdenes de la Cartright! A ver lo que decía... — Ahora que había reconducido la conversación al terreno común, volvió a mirar a Fay—. ¿Es el colorete nuevo o eres tú? —indagó—. Se te ve un poco paliducha. ¿Te encuentras bien?

En el acto, una idea tan emocionante como horrible se le encendió en la cabeza: ¿estaría Fay indispuesta? ¿Estaría encinta? No comía mucho. Tenía delante una ensalada que apenas había tocado. Su compañera levantó la vista, ligeramente distraída; era evidente que tenía la cabeza en otras consideraciones más profundas.

—Estoy bien. Ayer trasnoché un poco, eso es todo. No he dormido mucho.

«Ya, ya...», se dijo Patty, cuyas especulaciones eran una vez más una versión grotesca de la realidad.

Porque lo cierto era que el sábado por la noche Fay había tenido una experiencia que la había dejado tocada. Había ido a una fiesta que daba una de las camaradas de Myra en un piso de Potts Point y de pronto, justo antes de la medianoche y sin razón aparente, había abierto los ojos y se había dado cuenta de que estaba perdiendo el tiempo: de que, por hache o por be, ya había conocido a todos los hombres allí presentes en las muchas fiestas a las que había ido, y de que ya estaba harta de aquel carrusel tan infructuoso. Y lo peor, lo muchísimo peor de todo era que no había más carruseles en los que montarse; era a aquél al que parecía condenada, le gustase o no, y de pronto no le gustaba, y no podía hacer nada al respecto: «Intenta, intenta y vuelve a intentarlo, hasta el día que mueras», pensó desesperada mientras regresaba a casa en el asiento trasero del Holden de alguien. Y, pese a todo, la noche anterior había quedado con un hombre de la fiesta para tomar unas copas en el hotel Rex, tal y como habían acordado, y se había pasado otra velada denigrante conversando con el señor Equivocado, y ahora se sentía vacía del todo, ni más ni menos.

—Sólo me hace falta una buena noche de sueño —le dijo a su compañera.

—Si tú lo dices... —repuso Patty, que dio un repaso por la sala y vio a Paula Price.

Había trabajado con ella en Infantil, pero Paula había escalado posiciones en Goode's y ocupaba ahora un puesto de veterana como era el de Lencería de Señora.

—Si no te importa, voy a ir un momento a charlar con Paula —le dijo a Fay—. Llevo un tiempo sin verla.

El resultado de aquella charla fue que Patty volvió a Cóctel tras hacer una escala en Lencería,

en la primera planta, porque Paula le insistió para que viese unos camisonos «divinos» que acababan de llegar: un pedido que se había retrasado pero que, aun así, Goode's había aceptado porque la mercancía era de una calidad excepcional.

Fabricados en un tipo mejorado de nailon inglés, que, según le aseguró Paula, «respiraba», los camisonos venían en tres modelos distintos y en tres colores distintos, pero, sin saber la razón — puede que simplemente porque había llegado su hora—, Patty, contra todo pronóstico, se había enamorado en el acto de uno en concreto dentro de todas las permutaciones que se le ofrecían. Cuando Patty —la delgada y desgraciada en el amor Patty, la del pelo pajizo— vio el camisón negro de nailon mejorado, con la falda ligeramente plisada y ribeteada con un volante negro, el corpiño cruzado y las mangas ranglán rematadas con un encaje negro cruzado por una cinta de satén rosa palo, le entregó el corazón, y sin pensarlo dos veces se rascó el bolsillo, en el sentido figurado.

—Resérvamelo —le dijo a Paula— y te lo pago el próximo día de cobro.

En fin, con el descuento de empleados, no salía tan caro, y necesitaba un pijama nuevo: «A ver —se dijo—, ¿cuánto hace que no me compro un camisón?». Y de camino a la escalera y a Cóctel, también miró de reojo los bañadores, pero lo dejó para otro día: «Tampoco hay que volverse loca», pensó.

Fay Baines estaba con su amiga Myra Parker en un reservado del Repin's tomándose unos emparedados a la plancha, pues iban a la sesión de las cinco, y como la película terminaría pasada su hora habitual de cenar, Myra había apuntado que lo suyo era que se metieran en el cuerpo un buen plato de algo para tener combustible, en lugar de estropearse la silueta engullendo helados y chocolatinas para acallar el hambre a mitad de película. Si algo tenía su amiga Myra era que sabía adelantarse a ese tipo de cosas.

Tenía la cabeza mucho mejor amueblada que Fay, y poseía un don para lidiar con las cosas de la vida. En esos momentos trabajaba de cabaretera y recepcionista en un club nocturno, con una asignación para vestuario bastante considerable, aunque no aprovechaba los privilegios de descuentos de su amiga en Goode's, porque sus vestidos de noche no eran, en sus propias palabras, de su estilo. «Necesito algo más glamuroso —le había dicho a Fay—. Probaré en la galería Strand, o puede que en la Piccadilly.»

Todo esto sucedía el sábado que siguió al lunes de palidez (el día que Fay le daba vueltas a su ensalada en el comedor y que tan mala impresión, aunque interesante, le había causado a Patty Williams), y ella continuaba sin estar en su mejor momento, a pesar de haber enganchado varias noches seguidas de sueño. Myra se sirvió otro té de la diminuta pero pesada tetera bañada en plata; se recostó cómodamente en el asiento, se encendió un cigarrillo y miró a su amiga con los ojos entornados mientras soltaba el humo.

—Muñeca —dijo (y es que Myra conocía a muchos estadounidenses durante el desempeño de sus funciones)—, no me gusta la cara que tienes hoy: no estás tan bonita como de costumbre. ¿Te pasa algo?

Fay se quedó mirando su plato. ¿Qué podía decir?

—Será por el colorete nuevo —improvisó—, puede que me haga más pálida de la cuenta.

—Pues será mejor que no lo uses —replicó Myra—, porque ¿quién quiere parecer pálida? Cuando vayamos al tocador te dejo el mío. Querrás estar en plena forma para luego, ¿no?

Myra esbozó una sonrisa pícaro y exhaló una calada. Hablaban de la cita que tenían para cenar con dos hombres que ella había conocido en el club.

«Iré con una amiga —había dicho cuando se le sugirió la cita—. Fay se apunta a un bombardeo..., pero es muy buena chica, no te vayas a hacer ideas raras, ¿eh? Es una chica decente. Igual que yo, por si no te habías dado cuenta.»

«Por eso precisamente queremos que salgas con nosotros, ¿no es verdad?», respondió el más

extrovertido pegándole un codazo a su amigo.

«¡Hombre, pues claro!»

«Vale, entonces nos vemos en King's Cross a las ocho y media, en el Lindy's —dijo Myra—. Pero que no tengamos que esperaros.»

«¿Por quién nos tomas? ¡A las ocho y media clavadas!»

A Fay se le cayó el alma a los pies. Llevaba toda su vida adulta quedando con esos hombres (u otros similares en todo lo fundamental). Había cenado con ellos, bebido ginebras con lima pagadas por ellos y bailado en los brazos de ellos; les había dado largas, y a veces cedido, a sus intenciones de hacer el amor. Había transitado por aquel camino particular hasta su fin amargo y ya polvoriento, y ahora el corazón no le daba para más, pero le había sido imposible declinar aquel compromiso nocturno: su amiga habría creído que estaba loca.

—Caramba, es que nunca se sabe, ¿no? —le había dicho a su amiga—. Podría ser el que llevo esperando toda la vida. ¿Es alto?

Myra pensó en el menos atractivo: el otro ya se lo había adjudicado.

—No mucho, pero tampoco es bajo. Estatura media. Pero, oye —añadió apresuradamente—, creo que es rico. Yo diría que le vi un reloj de oro en la muñeca. Para mí que te va a gustar, que es tu tipo. ¡Ya lo verás!

—Vale, de acuerdo —dijo Fay con una diminuta chispa de esperanza y valentía aleteando en su apesadumbrado corazón—. Ya lo veré...

—Ése es el espíritu —respondió su amiga.

Lisa y su madre también iban ese sábado por la tarde al cine; era lo que hacían casi todos los sábados, y a veces las acompañaba su padre, según.

—Habrás que esperar a ver si tu padre quiere venir —le dijo la señora Miles a su hija treinta minutos antes de la hora a la que se suponía que éste volvía de las carreras, en las que habría malgastado la tarde y Dios sabría (porque desde luego la señora Miles no) cuánto de su sueldo.

Volvió a pasar un estropajo por la encimera de la cocina y lo aclaró. Lisa estaba sentada a la mesa.

—Espero que el trabajo no te esté sobrepasando, Lesley —le dijo su madre mirándola con detenimiento—. Tenía la esperanza de que cogieras algo de peso cuando terminases los exámenes.

—Estoy perfectamente, mamá, no me pasa nada. Ya engordaré pasado Año Nuevo, cuando termine el trabajo. Me quedaré todo el día en casa leyendo y engordando.

—Así me gusta. Te compraré chocolate, a ver si ayuda.

—Ay, mamá, gracias.

Ambas tenían un secreto que habían compartido sólo con las mínimas palabras y miradas: habían empezado a formular un terrible plan secreto según el cual el próximo curso Lisa, en caso de obtener la beca de la Commonwealth que le cubriría la matrícula, entraría, por un medio u otro y desafiando el decreto imperial de su padre, en la Universidad de Sídney. En ocasiones, este secreto se manifestaba al unísono en la cabeza de ambas, y parecía entonces sobrevolarles la mente bajo la forma de una nube rosa invisible que brillaba por los bordes, demasiado bonita para señalarla, demasiado frágil para nombrarla. Allí estaba justo ahora, pendiendo entre ellas, con la imagen que cada una se hacía de Lesley/Lisa en el futuro, más gordita y fuerte, y universitaria. Sin embargo, antes de nada, cada una debía —también a escondidas, en la intimidad y en solitario— padecer la agonía de esperar a las notas de la reválida, de lo que dependía todo lo demás. Aún quedaban tres semanas de agonía.

—Ahí llega tu padre. A ver qué quiere hacer.

El hombre de la casa entró en la cocina.

—Muy buenas —dijo.

No les dio un beso. Se quedó sin más en el umbral, aparentemente complacido consigo mismo, y ya podía estarlo: tenía los bolsillos llenos de billetes de cinco libras.

—¿Ha ido bien el día, Ed? —le preguntó su mujer, refiriéndose a si estaba satisfecho con las carreras.

—No ha estado mal, no ha estado mal —respondió el hombre, refiriéndose a «he ganado más de cien libras, con lo que he empezado a compensar las ciento cincuenta que perdí la semana pasada».

—¿Te vienes con nosotras al cine? —quiso saber Lisa—. Podemos ver... —Le detalló las alternativas de la cartelera de los cines del barrio.

—Bah, me da igual —dijo de buen humor el señor Miles—, la que sea. Hoy eligen las señoras. Podríamos ir antes a comer a un chino. ¿Qué me decís? Puede pagar Lesley, ahora que trabaja...

—Anda ya, hombre —protestó su mujer—. La niña tiene que ahorrar ese dinero. Comeremos aquí, que tengo unas chuletas de cordero estupendas.

—Guárdate tus chuletas. Id a arreglaros, que nos vamos.

Se apresuraron a cumplir sus deseos, casi eufóricas: aquellos arranques de buen humor eran tan escasos que se zambullían en ellos con presteza y gratitud a partes iguales. Lisa se puso su vestido rosa y, mientras se miraba en el espejo de cuerpo entero del armario de su madre, se dijo: «No sé yo..., no queda..., ojalá...». Y comprendió entonces que, sin ser consciente ni saber cómo, sus dos semanas en Goode's habían alterado su concepto de Vestido Bonito. «Bueno, venga —pensó—. Sólo voy a dar una vuelta con mis padres, tampoco es que vaya a...», y comprendió entonces que en los últimos tiempos había empezado a acumularse en su cabeza todo un abanico de posibilidades, ¡y menudo abanico!: que realmente ese otro modo de vivir la vida, estaba empezando de verdad, hasta casi poder tocarlo.

Magda abrió sus grandes ojos castaños a la deslumbrante luz del día. Consultó de reojo el reloj de la mesilla: eran las diez de la mañana. Barajó por unos instantes la posibilidad de levantarse para ir a misa, pero luego dio media vuelta en la cama y regresó al sueño. «Bien sabe Dios que necesito un rato más», se dijo.

Tenía con Dios un entendimiento de lo más satisfactorio, que constituía por lo demás la base de su éxito en el arte de vivir. Stefan, por su parte, tenía un entendimiento de lo más satisfactorio consigo mismo, con idéntico resultado. Que Magda y él tuvieran un entendimiento mutuo de lo más satisfactorio era consecuencia de numerosos factores, como, por ejemplo, que ambos hubieran sobrevivido al infierno.

Cuando volvió a despertarse, vio a Stefan por encima de ella, con la cafetera y una taza grande con su platillo.

—Se me ha ocurrido que, si te despertaba ahora (son las once en punto, por cierto), te daría tiempo a ir a misa de doce. En caso de que así lo desees.

—Aaaah —suspiró Magda desperezándose—. Tú dame primero el café y luego ya valoraré la cuestión.

Se incorporó en la cama, envuelta en un camisón de satén, y Stefan le sirvió el café.

—Voy a por el mío —dijo, y salió de la habitación.

Magda caviló sobre el día que tenía por delante. Sería agradable no hacer nada, y luego dar un paseo por el parque y comer con amigos en algún restaurante. Stefan volvió al cuarto.

—Hoy no voy a ir a misa —le anunció.

—Ni el propio papa podría culparte.

—No hables así de su santidad —lo reprendió Magda.

Ella era eslovena y él húngaro; como «desplazados», tras la guerra les habían concedido el permiso de estancia en la Commonwealth australiana, y fue justo en un campo de refugiados a las afueras de Sídney donde se echaron el ojo mutuamente. Empezaron la conversación sobre sus vidas en francés y, conforme fue progresando la eficiente instrucción cortesía del gobierno federal, cambiaron al inglés. Al año de llegar a Australia hablaban ya un inglés fluido, si bien idiosincrático, y empezaron entonces a leer también con voracidad. Stefan pronto se sumergió en los clásicos, pero Magda, llegados a ese punto, se bajó del carro.

—Yo con Shakespeare no puedo. El príncipe ese, Hamlet, por ejemplo: para mí los héroes están hechos de otra pasta.

La lengua que compartían no tardó en incluir locuciones anticuadas, tomadas de las páginas de Hardy o Dickens, que Stefan acababa contagiando a Magda y, en ocasiones, a sus numerosos amigos húngaros, quienes, al menos en presencia de Magda, hablaban por lo general inglés. Todos estaban de acuerdo, no sin sorna, en que, si bien la guerra —y más recientemente la revolución— y el destino que habían padecido en consecuencia había sido un precio muy alto, era un privilegio, del que se sentían profundamente agradecidos, haber adquirido «este idioma maravilloso», y seguían riendo encantados cada vez que descubrían una expresión nueva. «¡Un gato por una liebre!», exclamaban, y chillaban de placer, como seguramente hacían sus antepasados magiares al atravesar a lomos de sus raudos caballos la vasta y fértil llanura húngara.

A las nueve de la mañana del tercer lunes de diciembre, las majestuosas puertas de caoba y cristal de las galerías Goode's se abrieron a una gran bandada de mujeres madrugadoras que estaban decididas a cumplir con su plan de compras navideñas. Desde las colinas boscosas de la salobre orilla norte hasta el encanto de los barrios residenciales del este, desde el refinamiento demodé de los ídem del oeste hasta la *terra incognita* de los del sur, habían viajado en tren, autobús, tranvía e incluso taxi para alcanzar aquella escena de actividad frenética definitiva. Quedaban regalos que comprar para parientes difíciles, quedaba ropa que comprar para sus críos agigantados, quedaban incluso vestidos que encontrar para ellas, y luego zapatos a juego: el partido no había hecho más que empezar, y estaban decididas a ganar.

Jacobs estaba plantada en su puesto, preparada para lo que le echaran, con la cinta métrica al cuello y los alfileres a mano. Que vinieran: sería como una roca en la tempestad.

El señor Ryder pasó a su lado.

—¿Todo en orden, señorita Jacobs? —le preguntó—. ¿Preparada para la gresca?

—No sé de qué «gresca» habla —le dijo ésta a Lisa—. ¿No es de esperar que haya mucho ajeteo en la semana anterior a la Navidad? No sé de qué «gresca» habla. —Ese año, el día de Navidad caía en martes—. Y, Lisa, no te olvides de decirles que, si quieren hacer arreglos antes de Navidad, sólo podemos hacer dobladillos, nada de costuras, y los dobladillos sólo hasta el miércoles, da igual lo que digan. Del miércoles en adelante, con las fiestas y todo lo demás, no tendrán los arreglos hasta Año Nuevo.

—Sí, se lo diré.

—Se lo recordaré también a Baines y a Williams.

Las dos dependientas estaban ocupadas con el escaparate, mientras Patty le detallaba a Fay los defectos de su bañador del año pasado, que habían salido a la luz el día anterior en la playa de Coogee.

—Tiene un elástico por aquí —dijo dibujando una línea que le atravesaba parte de la anatomía—, pero la goma se está dando de sí, y además está descolorido. Así que creo que me voy a comprar uno nuevo. Por otro lado, lo suyo es tener dos trajes de baño. Necesito otro. Quizá me compre uno de esos de lástex de satén. Ya veré. Por una vez, me voy a gastar la paga de Navidad en mí.

Como si alguien le hubiera sugerido lo contrario. Ese jueves era día de paga: le darían el salario de la quincena y la extra, y con eso pagaría el camisón, y también podría comprarse el

bañador nuevo, y al cuerno con el Banco de Nueva Gales del Sur. Ya había hecho todas sus compras navideñas.

—Nosotros iremos a casa de mi madre por Navidad —le contó a Fay—, es la costumbre. ¿Y tú qué vas a hacer?

Vaya, aquélla era una cuestión peliaguda, triste incluso. A Fay no le daba tiempo de ir a casa de su hermano en Melbourne ni aunque quisiera, y si no aceptaba la invitación de su amiga Myra de ir a casa de sus padres, que se habían retirado a las Montañas Azules, a Blackheath, donde vivían en un pequeño chalet de fibrocemento, se quedaría muy sola, y dado que eso era impensable, comprendió, por mucho que no quisiera admitirlo, que estaba condenada a aceptarla.

«Nos vendrá bien desconectar —le había dicho su amiga—. Podemos quedarnos hasta el jueves por la mañana y regresar en The Fish, llegarás de sobra para trabajar.» La idea de montar en The Fish, el legendario tren, era lo único que había conseguido que el plan fuera aceptable en la imaginación de Fay.

—Voy a las Montañas Azules con mi amiga Myra —le contó a Patty—. Nos quedaremos hasta el jueves por la mañana y luego volveremos en The Fish.

—Ah, vaya, qué bien, seguro que ahí no pasas calor.

«Y no te vendrá mal desconectar —pensó Patty para sus adentros—, llevas un tiempo que pareces un alma en pena. Y lo mismo digo de los hombres de los que te pasas el día hablando. Puede que realmente le pase algo... Humm..., en fin, bueno, no es asunto mío.»

Magda les dio a sus congéneres de negro un día más de cancha antes de atacar. El martes por la mañana a primera hora emergió de su caverna rosada y surcó la moqueta hasta Cóctel.

—Buenos días, señoras mías —las saludó alegremente—. Espero que no estén muy ocupadas esta semana porque tengo la intención de robarles de vez en cuando a su querida colegiala. He hablado con la señorita Cartright y me ha dicho que puedo tomarles prestada a Lisa alguna que otra mañana o tarde, no se darán ni cuenta.

«Ni cuenta —pensó—, salvo porque, en vez de mandar siempre a la pequeña Lisa, tendréis que ir vosotras mismas al almacén o a hacer cualquier recado que exija un par de piernas, lo cual no os irá mal.»

—Bueno, si lo ha dicho la Cartright, no seré yo quien se lo discuta.

Patty parecía ofendida, como era habitual en presencia de Magda, mientras que Fay la miraba con recelo.

—¿Quiere que vaya ahora? —preguntó Lisa.

—Sería muy amable por tu parte —respondió Magda—. Te voy a enseñar cómo hacemos las cosas en Alta Costura, tienes mucho que aprender, y luego ya iremos viendo.

Lisa salió de detrás del mostrador de la sección de Cóctel y, mirando de reojo y medio encogiéndose de hombros a modo de disculpa a sus compañeras, siguió a la eslovena por la moqueta y bajo el arco que marcaba la entrada a su santuario. Jacobs, Williams y Baines no

volvieron a verla hasta que el sol cruzó el meridiano, vendieron doce trajes de cóctel y dieron tres paseos al almacén —dos Baines, y el tercero, mucho más protestado, Williams.

—Bueno, Lisa —dijo Magda abarcando la estancia con un gesto grácil del brazo—, aquí tienes Alta Costura. ¿Sabes por algún casual qué es la alta costura?

—La verdad es que no exactamente —reconoció Lisa—. No tengo claro que...

—Muy bien, yo te lo explico. Se trata de prendas únicas en su género. No hay otras iguales en toda la ciudad. A ver, si una va a Focher quizá encuentre una o dos, no sé, esa mujer es capaz de cualquier cosa, pero, por lo que nosotros sabemos, no hay otras similares en Sídney. La mujer que compra uno de nuestros vestidos sabe que no se encontrará a otra con el mismo puesto, lo que es una contrariedad horrible para cualquier señora, por mucho que le quede mejor que a su rival, por llamarla de alguna forma. Y eso significa que tenemos el derecho exclusivo de la venta de esa prenda en Sídney. Como mucho, podrías encontrarla en las galerías George's de Melbourne, pero ¿quién va a esa ciudad? Ése es un poco el asunto.

—Ajá, entiendo —respondió aturdida Lisa.

—Y las existencias son las que ves. No tenemos otras tallas del mismo modelo, porque si no el vestido dejaría de ser único. ¿Lo entiendes?

Lisa asintió mientras miraba de reojo los vestidos, cuyos bordes de chifón y tafetán parecían sobresalir como la espuma de los luminosos percheros que las rodeaban.

—Bueno, y ahora, ¿por qué no estudiamos algún vestido? —propuso Magda—, así verás qué se entiende por alta costura. Déjame ver. Aquí tenemos los de diario y los trajes, como llamáis vosotros a los conjuntos. Éste, por ejemplo, es de lino irlandés, es un Hardy Amies, con un corte excelente; éste me lo quedaría hasta yo, a pesar de que el estilo inglés no es el que más me favorece, suele ser para mujeres delgadas y sin caderas (aunque no le veo el sentido porque las inglesas tienen todas forma de pera). No importa, me es igual. Los franceses sí que saben cortar sus trajes para una mujer auténtica, con sus caderas y su pecho, y aun así hacen que parezca delgada: ahí está el arte. Santo Dios, es que nadie se les acerca, qué civilización más extraordinaria. Espero que te hayan enseñado algo de francés en esa escuela tuya.

—Sí, claro que sí —respondió Lisa—, me he examinado de francés en la reválida.

—*C'est bien. Nous parlerons quelquefois français, non?*

—*Je lis un peu, je ne parle pas bien.*

—*En tout cas*, aquí podrás ver algún vestido de noche francés, que me atrevería a decir que te interesarán más que los conjuntos o los de diario. Para una *jeune fille*, lo más romántico. Y por supuesto también tenemos ingleses, que no están mal, ya me dirás qué te parecen. Éste es un

Hartnell, que como sabrás es el modista de la reina, éste es otro Amies, que también trabajaba para la reina, y éste un Charles James..., *magnifique*. Y ahora algunos franceses, ¿ves? Jacques Fath, *ravissante*, un modesto Chanel, qué coco tiene esa mujer, y el gran Dior. No hay quien lo iguale.

Lisa se quedó mirándola, más aturdida si cabe; empezaba a salirle humo de la cabeza. En los últimos tiempos había llegado a comprender que la ropa podía llegar a ser algo más que una simple cobertura más o menos a la moda, que podía tener otros significados. Lo que en esos instantes, si bien de manera imprevista, oscura y extraña, comprendió fue un significado que no había sospechado hasta entonces: lo que comprendió en esos momentos, con esa misma oscuridad, extrañeza e imprevisión, fue que la ropa también podía ser arte, por así decirlo. Pues cada uno de aquellos vestidos que Magda iba nombrando y sosteniendo por unos momentos ante sus ojos parecían poseer una envoltura mágica de autosuficiencia, o incluso algo parecido al orgullo; era impresionante, pero para su inteligencia, ignorante en el tema pero curiosa, cada uno de ellos se le antojaba un poema.

—Vaya, ¡Dios mío!

Extendió la mano, con suavidad, titubeante, y tocó la falda de varias capas de un vestido de noche de colores claros.

—¿Son muy caros? —preguntó con los ojos agrandados por el miedo.

—¡Ajajá! —resopló Magda—. ¡Ja! Más les vale ser caros, ¡santo Dios! Ahora te enseñaré el libro del inventario y lo entenderás. Pero en un vestido así el precio, como algún día llegarás a apreciar, forma parte del encanto. Te voy a contar un par de cosas más y luego será mejor que vuelvas con tus amigas de Cóctel. Después hablaré otra vez con la señorita Cartright para sugerirle que te vengas conmigo por las mañanas, que esto está menos ajetreado, y me ayudes con algo que voy a explicarte. —Se le adelantó hasta la mesita estilo Luis XVI y abrió un cajón—. *Voilà!* Aquí tengo el libro del inventario. Vamos a ver. Como sabrás, las rebajas, esa abominación, empezarán el 2 de enero, y yo también tengo que rebajar mis existencias. Así que es hora de hacer un repaso. Aquí verás enumerado cada uno de mis vestidos, con su marca y su precio de compra y de venta, y quiero que seas tan amable de confeccionar una pequeña etiqueta para cada uno de los que no se hayan vendido (aquí, en la última columna ponemos una marca cuando se vende el artículo) con su precio actual; cuando terminemos con eso, repasaremos el inventario y decidiremos la rebaja en función del tiempo que lleve con nosotros el vestido, su estado y ese tipo de cosas, y escribirás el nuevo precio encima del antiguo para que las damas sepan que se trata de una auténtica ganga. Pero antes de nada tienes que ordenar los trajes de cada sección en el mismo orden que aparecen en el inventario, ¿de acuerdo?, así será mucho más cómodo y sabremos dónde está cada cosa. Y, por supuesto, quiero que siempre que vengas aquí te asegures de tener las manos bien limpias para tocar estos vestidos tan carísimos, *ma petite*, ¿comprendido?

Magda esbozó una sonrisa deslumbrante mientras se decía para sus adentros que estaba muy bien tener una pequeña ayudante, aunque fuera una colegiala paliducha como Lisa, que no sabía

nada de la vida; es más, era estupendo estar al cargo de una muchachita tan ignorante, porque así ella podría enseñárselo todo, y de pronto se dio cuenta de lo agradable que era instruir a alguien, llenar de conocimiento una cabeza hueca desde cero: corte, estilo, gusto; Amies, Fath, Dior.

—Mamá, voy a ayudar a Magda por las mañanas.

—¿A Magda? ¿Quién es ésa? —quiso saber la señora Miles.

—Pues Magda, mamá, la encargada de Alta Costura; ya te hablé de ella.

—¿Alta Costura? Pero, por el amor de Dios, ¿qué es eso, si puede saberse? Yo creía que en Goode's era todo alta costura, con lo cara que es esa tienda.

—No, no. El resto de los vestidos que se venden en Goode's son de «baja costura», los hacen en todas las tallas, y los puede comprar cualquiera.

—Cualquiera que pueda pagarlos —apuntó la madre—. Y yo desde luego no puedo.

—No, pero... —prosiguió la hija— los vestidos de alta costura son únicos. Sólo hay uno de cada, y vienen de Francia e Inglaterra, y si tienes uno, sabes que nadie más tiene el mismo, porque es el único de Sídney.

—Ah, ya, entiendo. Individuales. Pues tampoco nadie tiene la misma ropa que tú, salvo por tus viejas camisas del colegio, porque te la coso yo, así que es también única, ¿no?

—Eeeeh, síiii, supongo que...

—No hay nada que suponer —replicó la madre—, ¡lo son! El vestido ese rosa que te hice, si pudieras comprarlo en una tienda, calculo que te costaría cinco o seis libras por lo menos, pero no se vende.

—Ya, pero la mayoría de vestidos de alta costura son de noche.

—Ah, claro, vestidos de noche, comprendo. Para bailes y esas cosas. Eso es otra historia. Aunque podría poner mis dotes a prueba si quisieras ir a algún baile... —se ofreció, pero empezó a sentir un ligero mareo sólo de pensar en tener que coser un vestido de noche para un baile (y no porque, de ser necesario, no lo haría lo mejor que pudiera..., en fin)—. Pero digo yo que todavía no hemos llegado a eso, así que no hay que preocuparse aún, ¿verdad? —preguntó de buen ánimo.

Con todo, mientras lo hacía, las dos tuvieron el mismo horrible pensamiento: el secreto se elevó de pronto en una nube rosa que casi rozó el techo de la cocina y se quedó pendiendo por encima de sus cabezas.

Si Lesley iba realmente a la universidad, pensó la señora Miles, era muy probable que fuese a bailes, y Dios sabía qué más haría. ¡La ropa! Todas esas chicas..., hijas de profesionales libres, de hombres de negocios, niñas ricas con muchos trapos, ropa de Goode's por ejemplo... Sería un buen quebradero de cabeza estar a la altura. Lesley había tardado tanto en madurar, había llevado una vida tan sencilla hasta la fecha..., apenas había salido con chicos, un par de jóvenes a los que

había llamado «alfeñiques», muchachos a los que le había importado poco impresionar o no. ¿Cómo sería cuando fuera a la universidad y conociera a otros, que no fueran tan enclenques...? En fin. Tendría que hacer lo que pudiera y punto. Ya se vería.

—No, pero para cuando vaya a un baile tendré dinero ahorrado de Goode's, para poder comprarme algo y no tener que molestarte a ti.

—Eso es verdad, se me había olvidado. Con ese dinero podrás comprarte hasta alta costura.

Ambas se echaron a reír, y Lisa pegó un brinco y cogió a su madre del brazo, y ambas bailaron por la habitación cantando al unísono:

Volare, oh, oh!

Cantare, oh, oh, oh, oh!

«Todo saldrá bien —se dijo la señora Miles—, y mi Lesley irá a sus bailes.»

Fue al día siguiente, por la mañana, cuando Lisa vio El Vestido.

Estaba enfrascada en la tarea que le había descrito Magda, comparar la lista del inventario con los vestidos que quedaban y ordenarlos según aparecían en dicha lista, para que luego Magda pudiera repasarlos rápidamente y decidir el precio rebajado. Había logrado encontrar y poner en el orden correcto cinco o seis de los vestidos de noche semiformales, que estaban juntos en un armario de caoba abierto, colgados de perchas forradas de satén, y en ese momento andaba buscando entre los que quedaban sin clasificar un modelo llamado Tara, que aparecía descrito en el inventario como de tafetán de seda en blanco y negro, de la casa Creed.

Mientras deslizaba los vestidos percha por percha para inspeccionar los que colgaban detrás, vio un Laura, un Rosy, un Minuit, pero ni rastro del Tara, y de pronto, al desplazar el Minuit para hacer sitio, su mirada se llenó por completo con la visión de —qué mágica coincidencia— un Lisette.

Fruto de la imaginación de una gran *couturière*, con esa mezcla precisa de despreocupación y romanticismo, de sofisticación y sencillez que sólo una mente femenina sabe crear, el Lisette era el vestido de noche por excelencia para una joven: un merengue de organza blanca con puntitos rojos, un cuello bajo, un corpiño ceñido, unos cuantos volantes por los hombros y un ingenioso cordoncillo de seda roja que remataba tanto dichos volantes como las tres capas escalonadas de faldas plisadas, cuya capa más interna quedaba a unos veinte centímetros del suelo, para dejar a la vista unas piernas estilizadas y unos tobillos delicados. El efecto era de lunares diminutos realzados por rayas muy finas, la jovialidad del carmesí realzada por el candor del blanco; el tejido de seda brillaba con un viso muy atenuado.

Lisa se quedó mirándolo hasta la saciedad. Coqueteaba por primera vez en su vida con esa peculiar especie que es el Amor a Primera Vista, que por lo general aparece en la mujer mucho antes, pero que tarde o temprano les llega a todas: la repentina constatación de que un vestido en concreto no es sólo bonito, no sólo le favorecería, sino que, más allá de estos atributos necesarios, responde a la idea más profunda que una tiene de sí misma. Era su vestido: lo habían hecho, por mucho que no lo supieran, para ella.

Se pasó un buen rato absorbiéndolo con los ojos. Aquel encuentro le recordó, vaga, leve, extrañamente, a su primer contacto con el Tigre. Siguió admirándolo maravillada y luego, por fin, poco a poco y con el corazón partido, deslizó la percha y siguió buscando el Tara.

Jacobs, Williams, Baines y Miles acababan de recibir los sobres con sus sueldos, engrosados por la extra de Navidad, que les provocó sensaciones muy placenteras mientras contemplaban los ingresos de más. Las reflexiones de Jacobs permanecerían para siempre en el misterio; las de Lisa podían adivinarse fácilmente; las de Fay, algo menos; las de Patty las conocemos.

—Voy a ir a quitarme este vestido negro —le dijo a Fay antes de la pausa para almorzar— y voy a bajar a mirar los trajes de baño y un par de cosas más, así que a lo mejor te veo luego en el comedor, o a lo mejor no y hoy me quedo sin comer.

Por extraño que parezca, no le había dicho nada a nadie sobre el camisón negro: era su secreto. A excepción de Paula, claro. Iría a cambiarse rápidamente y bajaría corriendo a Lencería y... «No —pensó—, no; primero iré a ver los bañadores, porque no quiero que nadie me vea con el paquete de Lencería —sus cajas tenían un envoltorio con un dibujo distinto y un logo de un lazo y un encaje—, podrían adivinar lo que llevo dentro, o preguntarme. Así que voy primero a los bañadores.»

Resultó, sin embargo, que se tiró tanto tiempo probándose bañadores y le entró de pronto tanta hambre que pensó: «No me va a dar tiempo a comer y a ir a por el camisón, así que mejor lo recojo mañana». Y por eso hasta la tarde del último viernes antes de Navidad no llegó a su casa con el paquete de lencería de Goode's que contenía un camisón de nailon negro de la talla XS ribeteado con una cinta de satén.

El sol llevaba luciendo varias semanas seguidas, con una constancia admirable, al tiempo que la temperatura había ido aumentando a un ritmo tan gradual como implacable, de modo que hasta el último muro, acera y tejado de la vasta ciudad rebosaba calor. La gente avanzaba con parsimonia por el ambiente de miasma, los ojos entornados por la claridad; con las mentes contraídas en un estado de apatía marchita, a la más mínima oportunidad dirigían sus lentos pasos hacia el agua, en la forma que tuvieran más a mano: iban a la playa, a las piscinas públicas, a las duchas de sus casas, y se sumergían hasta que por fin aquel sol colosal se hundía por el horizonte y la oscuridad untaba su bálsamo sobre los sentidos agredidos. Esa tarde del último viernes antes de Navidad, Patty llegó a Randwick justo cuando empezaba a calar esta bendición.

«¿Cuánto tiempo tendré antes de que llegue Frank? —se preguntó—. Hoy, que es viernes, estará empujando bien el codo, así que no creo que aparezca antes de las siete, siete y pico: me da tiempo a ponerme en remojo.»

Acto seguido se quitó la ropa pegajosa, fue al baño y abrió el grifo de la ducha. Bajo el chorro,

se dejó arrastrar hasta ese estado primigenio de paz imbuida por una sensualidad inocente que sólo puede inducir la inmersión en el agua, y tardó su cuarto de hora largo en cerrar los grifos. Se había lavado el pelo: la permanente se le había caído mucho y la melena le colgaba en mechones lacios alrededor de la cara menuda. Cuando regresó al dormitorio, se le iluminaron los ojos al ver el paquete clandestino que contenía el camisón nuevo, y pensó: «Ya lo sé, me lo voy a probar para ver cómo me queda». Y eso hizo.

Se quedó un rato mirándose en el espejo de cuerpo entero de la puerta del armario, pues no conseguía creer que la visión que tenía ante ella fuera real. «Madre mía —exclamó para sus adentros—. Madre del Amor Hermoso.»

«Ni muerto voy yo hoy al pub con esa gente para tener que oír más patrañas sobre sus dichosos críos», se dijo Frank. El tema se les estaba yendo de las manos; algunos de los muchachos habían empezado a sacar —sin siquiera cortarse un poco— instantáneas de su prole: «Ésta es mi Cheryl..., mirad qué ricitos tiene, en eso ha salido a mí...». Ni muerto quería seguir oyendo cosas así, y encima en el pub. Así que esa tarde se fue una vez más malhumorado —«Tengo cosas que hacer. Nos vemos el lunes»— y, sin pensarlo dos veces, dirigió sus pasos hacia un pub que había al otro lado de la estación central de trenes, un local pequeño en el que hacía tiempo se había fijado al pasar, y sin más se acercó a la barra y pidió un whisky. «Me apetece un whisky —se dijo—. No sé por qué, pero me apetece.»

—¿Escocés o nacional? —preguntó la camarera.

«Bueno, tampoco hay que volverse majara del todo», pensó Frank.

—Me apaño con el nacional —le dijo a la camarera.

—Bien que hace —repuso ésta mientras le servía un dedo de whisky australiano.

Acostumbrado como estaba a beber cerveza, Frank se lo tomó de un trago.

—Marchando otro.

Al rato volvió a la calle y consiguió llegar a la parada del tranvía que lo llevaba a casa; en esa ruta eran de los antiguos, los abiertos, de modo que fue balanceándose durante todo el trayecto en una nube de whisky y de angustia no identificada. «¿Qué habrá de cena?», pensó.

Patty estaba de espaldas a la puerta del dormitorio y apenas si oyó la llave de su marido en el cerrojo. «Será Frank, mejor me pongo algo decente», pensó vagamente, y, al abrir la puerta del armario para coger la bata, se le acercó su reflejo enfundado de negro transparente, que todavía se le hacía extraño. De pronto, vio por detrás la silueta de su marido, que estaba apostado en el umbral del cuarto.

—¿Qué haces aquí en el cuarto? —le preguntó.

—Sólo iba a... Iba a ponerme la bata —dijo Patty.

—¿Y la ropa de dormir? —preguntó Frank, que estaba estudiando detenidamente el atuendo de su mujer—. ¿No es un poco pronto?

—Bueno, no es eso. Es nuevo, me lo estaba probando. Ahora me lo quito.

—No, te lo voy a quitar yo.

Y se acercó entonces a su mujer, que le había dado la espalda al armario y a su reflejo, y se quedó unos segundos mirándola a la cara, hasta que, muy tímidamente, le pasó los brazos por la cintura y, con un pliegue de camisón de nailon negro en cada mano, empezó a subir la prenda y a quitársela por la cabeza mojada. Patty notó un vago olor a whisky en el aliento de su marido, pero no dijo nada. Frank lanzó al aire el camisón y le tocó un pecho a su mujer. Señaló entonces la cama con un gesto mínimo y Patty fue hasta ella con paso titubeante.

—Será mejor que me quite también mi ropa —dijo él.

—Estoy pensando en decirle a la pequeña Lisa que venga mañana a almorzar a casa después del trabajo —le dijo Magda a su marido Stefan—. ¿Qué te parece? ¿Te apetece conocer a una pequeña colegiala australiana? Una intelectual que no tiene ni estilo ni belleza, pero que es encantadora, muy educada y, cómo decirlo, adorable en su ingenuidad.

—¿Qué estás tramando, Magda? —le preguntó su marido—. ¿Qué urde tu cabecita balcánica? ¿Desde cuándo profesas ese interés por las colegialas? Y más aún cuando dices que ni siquiera es guapa...

—No he dicho que no sea guapa..., aunque, ahora que lo pienso, no lo es... He dicho que no tiene belleza. Tú sabes perfectamente la diferencia. No me caería mejor si fuera guapa, pero el caso es que «será» guapa, puesto que me he propuesto convertirla. Cualquier joven puede serlo con ciertas artimañas de ser necesario, y cualquier joven debería serlo. De lo contrario, la juventud es una calamidad, o al menos un desperdicio.

—Ah, ¿de modo que quieres vestir de seda a la mona? —bromeó Stefan, que rio con ganas.

—Ríete, si así lo deseas..., venga, ríe como un crío. —Su marido siguió riendo—. Pero yo no le veo la gracia, para una vez que hago una buena obra, no entiendo dónde está el divertimento.

—No, porque si lo entendieras dejaría de ser divertido —dijo entre risas Stefan—. Bueno, Magda, preciosidad, que venga tu pequeña colegiala a casa si así lo permiten quienes tan bien la educaron..., aunque lo dudo, pero te aseguro que tienes todo mi apoyo. Sabes que estoy a favor de toda empresa cuyo fin último sea la belleza.

—Yo no digo que vaya a hacerla bella. He dicho «guapa». Por favor, no me hagas parecer más tonta de lo que ya soy.

—Tú no tienes ni un pelo de tonta. Recordaré que has dicho «guapa». Aunque no sé si será mejor que la conozca cuando ya la hayas hecho guapa.

—No digas bobadas. Pero, suponiendo que pueda venir, ¿querrías ir a esa charcutería fina de Cremorne Junction mañana por la mañana y comprar algo rico de comer? Pan de centeno, y del negro, un poco de queso de untar, si es realmente fresco, unas lonchas de jamón del bueno...

—Puedo ir a la compra —la interrumpió Stefan— sin que tengas que hacerme la lista, ángel de amor. ¡Atiza! —exclamó, y se golpeó la cabeza con la manaza que tenía—. ¡Se nos olvidaba! ¡Mañana viene Rudi!

—¡Cierto! Pero no sabemos a qué hora. Es bastante probable que llegue mucho más tarde... Con Rudi nunca se sabe. Y, en cualquier caso, poco importa. ¿Qué más da un húngaro más o

menos? Comeremos, charlaremos. Y si Rudi se comporta como un mentecato, saldré con Lisa a dar un paseo. Todo saldrá bien.

Rudi era un emigrado relativamente reciente —posrevolución húngara—, primo de la mujer de un antiguo cliente de Stefan que tenía una pequeña pero floreciente asesoría frecuentada por la colonia de trabajadores extranjeros de Sídney. Ese antiguo cliente —el primo político de Rudi— se había mudado a Melbourne hacía unos años, y Rudi había probado suerte allí antes de nada, pero no había tardado en darse cuenta de que Sídney era más de su gusto, de ahí que estuviese a punto de lanzarse a sus centelleantes extensiones azules.

«Estoy de Melbourne —anunció después de tres meses en esa ciudad— hasta aquí —concluyó señalando unos dos palmos por encima de la cabeza.»

Magda y Stefan habían quedado con él en varias ocasiones durante el viaje de reconocimiento que había hecho a Sídney: ahora que se había mudado a la capital hasta las últimas consecuencias, se habían comprometido a presentarlo en sociedad, a ayudarlo a encontrar un piso y, en general, a darle todo el apoyo moral necesario. Esto último, sin embargo, no parecía hacerle mucha falta. El asunto de su empleo ya estaba resuelto, al menos de momento: trabajaría para el antiguo socio de su primo político en un negocio de importaciones y exportaciones.

—Es un trabajo monótono y mal pagado —le advirtió el antiguo socio—, pero en mi despacho tengo unas vistas estupendas del puerto de Darling, y te doy permiso para entrar a verlas siempre que quieras, hasta un máximo de cinco minutos *per diem*.

—¿Quién podría resistirse a una oferta tan atractiva? Yo, desde luego, el que menos —dijo Rudi—. Cuento con tenerme allí el primer día del Año Nuevo.

—Mejor que sea el segundo —apuntó el futuro jefe—, aquí el uno es fiesta nacional, e infringiría la ley si te hiciera trabajar ese día.

—A no ser que me pague jornada y media —apuntó Rudi.

—Exacto —dijo su cicerone—. Nos vemos entonces el día dos, a las nueve en punto.

Justo cuando, ese último viernes antes de Navidad, salía por la puerta de empleados de Goode's con el sobre abultado de la paga en el bolso, Fay se dijo: «Debería comprarme algo de ropa nueva, seguro que me anima». Sintió, sin embargo, un enorme cansancio, que podía ser, pensó, simplemente por el calor, por mucho que no recordara que el calor le hubiera afectado de esa manera con anterioridad. «Es sólo que estoy un poco de capa caída —se dijo—. Se me pasará en cuanto se acabe la Navidad.» Y, sorprendida al pensar en la Navidad como en un suplicio, se dijo: «Pero ¿qué me pasa?». E hizo un esfuerzo por pensar en las fiestas que tenía por delante como en algo placentero, algo en lo que poner sus esperanzas —con los padres, los hermanos de Myra y sus respectivas familias, que llegarían de Penrith por un lado y de Kurrajong por el otro (que era en parte por lo que los Parker se habían decidido por las Montañas Azules para jubilarse, por estar más cerca de los nietos)—, y se dijo, «bueno, en fin, mejor acompañada que sola». Y se animó algo más pensando en el viaje de vuelta en The Fish. «Debería comprarme un traje nuevo para el día de Navidad —siguió pensando—. Seguro que así me animo.» Pero ya no tenía tiempo para dar una buena batida por las tiendas. «Otra vez será —se dijo—. Ahorraré para las rebajas. Me apañaré con el azul y blanco. Es sólo de la temporada pasada.»

Fay había logrado algo notable (había cancelado todos los compromisos que le habían propuesto ese fin de semana —Reloj de Oro le había pedido una cita, «Sé que sólo busca una cosa», le había dicho a su amiga Myra, que la había invitado a otra fiesta—), y su idea era no hacer absolutamente nada. Iba a quedarse en casa, hacer la colada, limpiar el piso y lavarse y arreglarse el pelo. Iba a leer *The Women's Weekly* y, si la acababa, podía leer un libro. De hecho, llevaba uno encima, se lo había dejado Lisa. La chica estaba leyéndolo en el comedor y, cuando ella le había preguntado si le gustaba, le había dicho que sí: «Es fantástico. Ya lo estoy terminando. ¿Quieres que te lo deje?». «Vale, venga —le había dicho Fay más que nada por educación—. ¿Cómo se titula?» «*Anna Karenina*», la informó Lisa, que había levantado el libro para que Fay pudiera ver el título impreso en la cubierta.

—Lisa —le dijo Fay—, creo que Magda quiere hablar contigo.

Efectivamente la eslovena le había estado haciendo señas con sus grandes ojos al otro lado de los varios metros de espacio que separaban Alta Costura de Cóctel. Lisa miró a la otra orilla del abismo y Magda le indicó que se acercara; la chica se apresuró a reunirse con ella. ¿Qué pasaba?, ¿no había cumplido la tarea que le había asignado el día anterior? No quería ni imaginarse la gelidez que se apoderaría de Williams, y puede que también de Jacobs y Baines, si la abandonaba de nuevo otra mañana de ajeteo como las que estaban teniendo.

—Lisa, querida, no te retendré por mucho tiempo —le dijo Magda—. Me gustaría invitarte a almorzar hoy, en caso de que no tengas nada más divertido que hacer. Le he hablado tanto a mi marido de ti que está deseando conocerte, y será una cosa sencilla, los sábados no nos enredamos con la *haute cuisine*..., después de una semana tan larga..., un poco de embutido, una copa de vino, unas cerezas... ¡Por favor, concédenos el placer de tu compañía!

Lisa, que se había quedado pasmada, tuvo que responder entre tartamudeos:

—Tengo que preguntárselo a mi madre. Bueno, que decírselo.

—¡Por supuestísimo! —dijo Magda a voces—. ¡Ya lo había pensado! Ten, cuatro peniques, siempre tengo unos cuantos en mi buró para casos de emergencia... Ve corriendo a las cabinas de allí y llama a tu madre para pedirle permiso, hazme el favor. Ya sabes que vivimos en Mosman, así que no creo que te cueste encontrar el camino de vuelta a casa, ¿verdad? No queda lejos. Ve, corre, esas mujeres no se darán cuenta, y cuéntame luego qué te dice tu madre. Y preséntale mis respetos, hazme el favor.

Incapaz de oírlas, Fay las observaba con recelo. Qué intrigante podía ser esa Magda, por no hablar del miedo que daba. Aunque Lisa no parecía tenerlo; quizá algo de temor, pero desde luego no miedo. Parecía disfrutar del tiempo que pasaba con la eslovena: regresaba de sus incursiones en Alta Costura en un estado muy similar a la euforia.

—Tienen vestidos de París —les había contado—, y de Londres. Qué bonitos, qué vestidos más bonitos... Deberíais ir a verlos, seguro que a Magda no le importa.

¡En eso estaban pensando ellas!

—A mí no me interesan los vestidos de *París* y de *Londres* —dijo Patty Williams—, ya bastante tengo yo con los de *Sidney* y *Melbourne*.

Fay, en cambio, acallada por aquel comentario, pensó: «Caray, a mí sí que me encantaría ver esos vestidos. Y puede que lo haga en otro momento. A lo mejor se parecen a los que salen en las

revistas. Caray, imagínate, qué fantasía tener un vestido que ha salido en una revista».

—Cogeremos el tranvía en Elizabeth Street y así llegaremos en un salto al puerto —le dijo Magda a Lisa mientras salían por las puertas de Goode's a las 12.35—. No tengo ánimo para *promenades*. Venga.

Lisa había ido muy pocas veces en transbordador y había olvidado por completo, en caso de que hubiera llegado a vivirlo, el deleite absoluto que suponía aquella experiencia.

—Nos sentaremos fuera, por supuesto —dijo Magda cuando subían ya por la escalera y accedían a la cubierta superior—, aquí, de espaldas al sol. ¡Ah! ¿Puede haber algo más maravilloso?

Miró a su alrededor, el puerto, el cielo, el puente, la isla de Pinchgut, las playas de fábula, todo el panorama titilante que las rodeaba. Intoxicada por ese espectáculo, por el alocado latido del gran motor y el extraño halo del olor de su combustible, transportada por el agua centelleante en aquel cómodo bajel de madera con su mercancía de pasajeros afortunados, la brisa salobre en el pelo, Lisa sintió que ya no estaba en el umbral, sino que había sido repentinamente catapultada de lleno a la vida real; que había dejado muy atrás —por fin— a Lesley, una simple cría.

—¡Qué bonito es todo! —exclamó—. ¡Qué maravilloso! ¡Estoy tan contenta!

Magda se volvió y le dedicó una sonrisa radiante.

—¡Bien! ¡Tienes que estar contenta... siempre! —exclamó, y le dio un beso en la mejilla a Lisa, que le sonrió tímidamente.

«Sé que los continentales se besan mucho más que nosotros —pensó—: no significa nada. Se pasan la vida haciéndolo, incluso los hombres, que se besan entre sí. Aunque qué rara me siento.»

—¡Por fin hemos llegado! —exclamó Magda mientras abría la puerta de la calle, un comentario que podría haber hecho bien para Lisa o bien para Stefan.

Tras el breve paseo desde el embarcadero, la joven se vio entrando en un piso que ocupaba la planta alta de una inmensa mansión eduardiana con vistas a la bahía de Mosman. La luz se colaba por sus grandes ventanales y bañaba el amplio salón, al que se accedía directamente; a la izquierda se adivinaban visos de la cocina, a la derecha, una puerta entornada revelaba un pequeño triángulo de lo que podía ser un dormitorio. Junto a la cocina había una gran mesa redonda cubierta de comida, y al lado, de pie, un hombre alto con el pelo moreno y ondulado y unos vivos ojos castaños. Sonriéndoles efusivamente a las dos, las saludó con la mano.

—¡Mirad lo que he conjurado para las señoras gracias a mis artes mágicas! —exclamó.

—Déjate de artes mágicas y ven que te presente. Lisa, permíteme que te presente a mi marido, Stefan Szombathelyi, que es húngaro, aunque por desgracia no es conde. Pero no se puede tener todo en esta vida...

Stefan, sonriendo, se cuadró cuan largo era, entrechocó los talones e hizo una reverencia ante Lisa, al tiempo que le cogía la mano y se la besaba.

—Es todo un placer conocerla —le dijo, y le soltó la mano.

No estaba claro si era sonrojo, pero Lisa tenía la cara muy rosa.

—No te preocupes, querida —le explicó Magda—, me imagino que te habrán contado que nosotros los continentales nos pasamos la vida besando a la gente.

Los tres rieron, pero la chica la que más.

—Me voy a deshacer de este negro horrendo —dijo Magda— y comemos. Tengo un hambre voraz, para qué negarlo. Disculpadme unos instantes. Stefan, sírvele a Lisa una copa de vino, por favor.

El hombre sonrió amablemente a la chica. No estaba tan mal: no era guapa, pero podría llegar a serlo. Estaba muy delgada, desde luego, pero eso era mucho mejor que estar muy gorda.

—¿Quiere una copa de vino —le preguntó— o preferiría una limonada? He comprado un poco por si acaso. Es una bebida muy suave, ¿no le parece? Aunque el vino puede ser también muy suave, a su modo. Dígame qué le apetece.

—Creo que tomaré un poco de limonada. No suelo beber vino. —Lo cierto era que apenas había probado una gota en su vida.

—Fantástico. Voy a por la limonada, que está en la nevera. No tiene nada de ligera cuando está

caliente.

Magda regresó a la estancia justo cuando su marido salía; se había enfundado unos pantalones de lino rojo que le favorecían mucho.

—Y ahora, un poco de comida —anunció frotándose las manos y acercándose a la mesa—. ¿Qué nos has traído? Ven, Lisa, siéntate y sírvete, por favor. Voy a cortar el pan. ¿Te gusta el de centeno? Está muy rico. Puedes ponerte lo que quieras, queso (en esta bandeja hay de varios tipos), jamón, sí, *liverwurst*, ese embutido de allí está muy rico, o prueba el salami aquel... Ah, y veo que nos ha preparado también una ensalada..., de eso también tienes que comer, es bueno para ti. Stefan, sírveme una copa de vino, por lo que más quieras.

Mareada por las exóticas exquisiteces que tenía delante, Lisa empezó a servirse cantidades diminutas de esto y de lo otro. Nunca se había visto ante una comida como aquélla, y buenamente habría probado todas y cada una de esas cosas con bocados lentos, en la intimidad, pero pronto su anfitrión la distrajo de aquella glotonería tan incondicional.

—Me ha contado Magda que acaba de terminar los estudios, Lisa —comentó Stefan.

—Sí, acabo de hacer la reválida.

—Ah, ¡conque la reválida! ¡Entonces es usted inteligente!

—No lo sé todavía, aún no me han dado las notas.

—Eso es una respuesta inteligente, así que creo que puede esperar con confianza. ¿Cuándo lo sabrá?

—Salen dentro de unas tres semanas.

—¿Y luego? ¿Quiere ir a la universidad?

—Pueees... en realidad no lo sé —dijo Lisa, temiendo, al plantearse la cuestión, que se le negara la oportunidad—. Intento no pensar en el tema hasta que lo sepa.

—Me parece muy sensato —apuntó Magda—. No la obligues a pensar en imponderables, Stefan. Ya tiene bastante en que pensar con el trabajo y la Navidad todavía por delante, por no hablar de las abominables rebajas. Está viviendo el presente.

—Desde luego. Y, dígame, Lisa, ¿le gusta leer novelas?

—Uy, sí.

—¿Y qué está leyendo ahora?

—Acabo de terminar *Anna Karenina*. Ahora estoy dudando, no tengo claro qué leer; hay tanto donde escoger...

—Qué cierto —dijo Stefan—, y siempre va a más, se lo aseguro. Es algo curioso. Pero ¿qué le ha parecido *Anna*?

—Ay, me ha encantado. Es fantástico.

—Estoy de acuerdo en que es complicado decidir qué leer después de eso. Tal vez deba seguir con algo que no tenga nada que ver. Lea sobre otra mujer, quizá *Emma*. ¿Lo ha leído?

—No, no.

—Ah, pues entonces ya está todo hablado. La genialidad de Jane Austen, se lo puedo asegurar,

está a la altura de la de Tolstói, digan lo que digan. Ya me contará su opinión a su debido tiempo.

Lisa sonrió contenta. Nadie antes le había hablado en esos términos.

—Sí, por supuesto.

—¿No tenemos postre? —terció Magda—. ¿No hay fruta?

—Sí, voy a por ella.

—Y ve poniendo el café.

—También.

Stefan fue a la cocina y volvió con una piña.

—Ay, pero eso es muy engorroso —protestó Magda—. Lisa, si no te importa, ponte la servilleta bajo la barbilla, por lo que pueda pasar; el zumo lo pringa todo.

Stefan cortó la piña, y estaban los tres masticando y babeando afablemente cuando sonó el timbre de la puerta. Magda levantó la vista con los ojos muy abiertos.

—Debe de ser Rudi —exclamó—. Qué oportuno es siempre este hombre, nadie lo iguala en eso.

Stefan abrió la puerta e hizo pasar al recién llegado. Lisa se volvió para encontrarse frente a frente con un hombre muy apuesto y nervudo de unos treinta y cinco años.

—Stefan, viejo paisano —gritó éste—, y Magda, mi joven casi paisana... Ay, espero no llegar muy tarde. ¡O temprano! ¿Cómo estáis? Os he traído una tarta. —Le tendió a Magda una gran caja plana y le dio dos besos.

—Mira qué bien, la tarta viene estupendamente porque el café debe de estar saliendo. ¿Has almorzado, Rudi? Ha quedado de todo. Pero, disculpa, Lisa, permíteme que te presente a Rudi Jánosi, un amigo que acaba de mudarse a Sídney, aunque aún no sabemos dónde en concreto. Rudi, te presento a mi compañera de trabajo, Lisa Miles.

—¿Cómo está usted? —preguntó educadamente.

—Siéntate y come lo que quieras —le dijo Magda.

—No, ya he tomado un aperitivo.

—Entonces estaremos más cómodos allí. Lisa, querida, si has terminado con la piña, vamos a sentarnos al sofá para tomar el café y un poco de tarta. Vamos, sentaos todos. ¡Ah, o me fumo un cigarrillo o desfallezco!

Abrió una caja de plata de la que sacó un pitillo; Stefan, que había entrado con una bandeja con la cafetera y unas tazas, la dejó sobre la mesa y fue a encenderle el cigarro a su mujer.

—¿Sabes, Rudi? Estábamos hablando de Jane Austen. Dinos qué opinión te merece.

—Mi opinión aún no está formada —dijo éste—. No he leído ni una palabra.

—Anda, un filisteo. Siempre había querido conocer a uno.

—No, lo cierto es que ando encaprichado con Charles Dickens. ¡Cuánto horror! ¡Cuánto humor! Resulta que es mucho mejor en inglés que en húngaro, así que estoy volviendo a leer todo lo que leí hace tiempo. Es muy divertido.

—Yo jamás he leído a Dickens en serbocroata —comentó Magda—, aunque supongo que tal cosa existe. En inglés, sin embargo, sus libros siguen siendo de una longitud inaudita. Yo no tengo esa clase de tiempo.

—Magda es más del *Vogue* —comentó Stefan.

—Y de Agatha Christie —añadió ella—. Cuéntanos, Rudi, ¿has encontrado ya piso?

—He ido a ver varios, pero el principal problema es decidir entre este lado del puerto o el otro. Resulta complicado sin saber dónde vive mi novia.

—¿De qué novia hablas? —quiso saber la anfitriona.

—Bueno, como verás, aún no la he conocido —explicó el invitado—, pero no voy a tardar, y preferiría no vivir en el lado contrario del puerto. Sería una estupidez, una pérdida de tiempo. Entenderás la dificultad...

—En tal caso, cuanto antes la conozcas, mejor que mejor —terció Stefan—. No puedes quedarte *chez* Benedek indefinidamente.

—Tal vez deberíamos dar una fiesta —propuso Magda—. Por Año Nuevo. Justo había acariciado la idea... ¿Qué te parece a ti, Stefan?

—Claro que sí —respondió éste—, lo que sea con tal de conseguirle a Rudi una novia y, por ende, un piso... Demos una fiesta.

—Aunque tampoco es que conozcamos a tantas chicas —comentó Magda—. Tendré que devanarme los sesos. Nuestra Lisa, por supuesto, no sólo es demasiado joven para ti, también es demasiado inteligente y agradable. Pero espero que, aun así, venga a la fiesta en caso de que se lo permitan.

La chica se mostró entusiasmada.

—¡Ay, me encantaría!

—¿Le gustan las fiestas? —le preguntó Rudi—. Espero que me conceda al menos un baile, aunque sea demasiado viejo, tonto y desagradable.

Lisa rio y accedió. Ah, aquello era la vida real, se dijo.

—¡Tenemos olvidada la tarta! —exclamó Magda—. Venga, comamos ya.

—Por cierto, me gustaría saber qué opina usted de la tarta —le preguntó Rudi a Lisa—. He de decir que en Melbourne, donde por lo demás he llevado una existencia deprimente, había muchas pastelerías mejores que las de aquí.

—En Melbourne tienen más necesidad de tartas —apuntó Stefan—, a falta de prácticamente todo lo demás.

—Es verdad. Es un pueblo triste, para nada una ciudad, como pretenden hacernos creer, aunque ¡ni que supieran distinguir una cosa de otra...! Por lo menos Sídney es claramente una ciudad, mientras que Melbourne..., en fin, es cierto que tienen cuadros importantes en su pinacoteca, pero nada más que pueda relacionarse con una ciudad; salvo, por supuesto, la tarta.

—Con todo, aparte de la tarta, que es aquí inferior, también la Art Gallery es de broma.

—Sí, pero una broma de un gusto de lo más exquisito —replicó Rudi—. ¿No está usted de acuerdo, Lisa?

—Nunca he ido.

—¿Ves lo que te decía? —le dijo a Stefan—. Pues debería usted venir conmigo un día —le propuso a Lisa—. Merece al menos una visita.

Magda decidió que las superficiales galanterías de su invitado llevaban demasiado tiempo mareando a Lisa y se puso en pie de un salto.

—Ven, Lisa —le dijo—, dejemos que estos dos se pongan a hablar en húngaro, pobrecitos, y demos un paseo, que es lo más aconsejable después de tanta tarta, y tampoco es cuestión de

retenerte más tiempo sin ver a tu madre. Vamos antes a acicalarnos un poco. Sígueme —indicó abriendo camino hasta su dormitorio.

Una vez allí, se sentó ante un gran tocador de aspecto anticuado con un espejo triple mientras Lisa se quedaba plantada detrás, sin saber qué hacer.

—Siéntate aquí —dijo Magda, haciéndole sitio en la banqueta amplia y baja—, cabemos las dos de sobra. Usa este cepillo, está bastante limpio. —Lisa empezó a cepillarse el pelo—. Estaba pensando..., ¿cómo crees que te quedaría si te hicieras la raya aquí? —le preguntó cogiéndole el cepillo—. Pero quítate las gafas, que me estorban.

Lisa se dejó hacer, sumisa, con las gafas en la mano, mientras Magda le dibujaba la raya a un lado, a bastante más distancia de su estrecha frente, y le cepillaba el pelo.

—¡Creo que te queda de maravilla! ¡Mírate! —Lisa se miró en el espejo—. ¿Ves sin las gafas?

—Sí, sí, en realidad son más que nada para leer.

—Entonces ¿por qué las llevas siempre?

—Supongo que porque siempre estoy leyendo.

—Bueno, habrá que buscarte otro entretenimiento. Mientras, no te las pongas, que así se te ve distinta. Mírate ahora, a ver si te gustas.

La chica obedeció: era una visión extraña pero interesante; sonrió algo cortada.

—Y ahora un poco de carmín —dijo Magda, que abrió un cajón y hurgó en él—, se te ha despintado el tuyo, y a lo mejor podrías probar con otro color. —«Porque el tuyo no te va nada bien», pensó—. Ten, prueba con éste. Es un rosa muy bonito, muy apropiado para una *jeune fille*. No entiendo qué hace aquí, no me va este color. —Lisa se pintó los labios con el carmín—. Sécatelo —le ordenó Magda, que le tendió un pañuelo de papel, lo tiró luego a una papelera y miró el reflejo de Lisa—. A lo mejor la próxima vez podemos experimentar con la sombra de ojos. Los tienes bonitos, de un color interesante. —Ciertamente se le veían más los ojos, con los iris de un azul grisáceo y un blanco bonito y nítido—. Échate para atrás, que vea el efecto de conjunto —le pidió Magda señalando con la mano hacia la cama—. Hum...

Lisa llevaba una de sus faldas plisadas y una blusa de batista blanca. Ciertamente ahora la cara parecía más alerta y mejor definida.

—Tienes una figura tan delgada... —le dijo Magda—. No sabes cómo te envidio. Pero podrías sacarle más partido usando cinturones. Yo tengo tantos (a pesar de lo gorda que estoy) que a lo mejor hay alguno que puedas ponerte. Mira ahí, detrás de la puerta del armario. Ábrelo, no te cortes, que no muerde.

Lisa lo abrió y vio más de una decena de cinturones colgados de una barrita. Magda la observó.

—Prueba ese de piel color habano, te va con las sandalias. —La chica cogió el que le decía y se lo puso—. Más ceñido, en el último agujero.

—Es el último.

—Entonces habrá que hacer otro. Ven. —Rebuscó en el tocador, dio con unas tijerillas de las

ñas e hizo otro agujero—. Ahora.

El cinturón, que por supuesto era de una excelente calidad, supuso un gran cambio en el aspecto de Lisa.

—*Ça va, très bien.* Yo no me lo pongo apenas..., te lo puedes quedar si quieres. Además, a ti te queda mejor que a mí. Qué maravilla tener una cintura de cincuenta y cinco centímetros. Y quédate también la barra de labios: ese color está hecho para ti. Tira el otro, no hay nada más desmoralizante que usar un color que no sienta bien. Se te ve estupenda, con un poco más de experiencia, estarás encantadora; créeme, una necesita todas las armas que tenga a su disposición para lidiar con los Rudis de este mundo, y tú vas a tenerlos haciendo cola en los años venideros.

Lisa, encantada como se sentía por su nuevo aspecto, agonizaba de timidez; rebuscó en su cabeza un nuevo tema de conversación para desviar la atención de su persona.

—Creía que eras húngara —dijo sin mucho convencimiento—, pero has hablado antes de húngaros, como si tú no lo fueras.

—¿Yo?! —exclamó—. ¡Yo soy eslovena! —Pronunció el gentilicio con un énfasis muy teatral, abriendo los ojos de par en par—. Aunque supongo que no sabes lo que es una «eslovena» —añadió empezando a cepillarse el pelo.

—No, sí, sí que lo sé. Eslovenia es una región de Yugoslavia.

—¡Santo Dios! —chilló Magda—, si sabes eso es que eres realmente un genio. Eres la primera persona que conozco en Australia que ha oído hablar de mi país.

—No, es que en el instituto dimos los Balcanes, al estudiar las causas de la Primera Guerra Mundial, ¿sabes?, en Historia Moderna. Hay muchos que hemos oído hablar de Eslovenia, muchos. Incluso nos hicieron una pregunta en la reválida, y la respondí.

—Me tienes fascinada, de verdad. He hecho bien en regalarte mi cinturón. Así que conoces Eslovenia... Bueno, algún día te contaré más sobre mi patria, pero no hoy. Tenemos que dar ese paseo, esta zona es muy bonita, seguro que te resulta agradable. Nos despedimos de los húngaros un momento y nos vamos.

Las dos mujeres dijeron sus *adieux*, y a Lisa la complació que Rudi le reiterara la invitación:

—La veré en la fiesta que Magda y Stefan han tenido a bien dar en mi honor —le dijo— y ya hablaremos entonces de la visita a la Art Gallery, ¿le parece bien? Lo estoy deseando. Nunca es demasiado pronto para empezar a cultivar el sentido del humor. Si soy capaz de enseñarle la Art Gallery de Nueva Gales del Sur como se merece, mi vida no habrá sido en vano.

Patty no había tomado nota de la extraordinaria conversación de Lisa con Magda, pese a ser la clase de incidentes que solían dar rienda suelta a su sarcasmo, y Fay no pudo evitar fijarse en que, esa mañana de sábado, su compañera no era la de siempre; no había hecho comentario alguno sobre Frank ni sobre qué pensaban hacer ese fin de semana, y tanto mejor, porque al fin y al cabo ella no tenía información que divulgar sobre sus planes, así que ambas se habían enfrascado en su trabajo en un ambiente de reserva poco habitual, Patty sin prestar atención a lo que pudiera estar escondiendo Fay, y esta última sin preguntarse qué ocuparía los pensamientos silentes de su compañera.

Esa mañana el tiempo había sido más benévolo y había refrescado ligeramente; soplaban una brisa ligera, e incluso a esas horas, mientras salía del trabajo y volvía a casa, Patty sintió que los rayos de sol le resultaban más agradables que opresivos. Se subió al tranvía con ánimo despreocupado: ni siquiera un sábado por la mañana en Cóctel había llegado a obnubilar las extrañas sensaciones que se habían apoderado de su cuerpo y de su mente desde los acontecimientos de la noche anterior. Así y todo, entremezclado con esa sensación agradable e incluso misteriosa de desorientación, sentía un escalofrío de miedo e incluso de mal agüero.

Nunca había visto a su marido actuar como la noche anterior; ni siquiera en su luna de miel había tenido semejante comportamiento; era la primera vez que Patty había experimentado las sensaciones que con tanta extrañeza revivía en esos momentos; era la primera vez que estaba en la banca del tranvía con la sensación de que acababan de confesarle un secreto, uno tan peculiar que no había palabras para expresarlo, tan peculiar que no había de mencionarse, tan peculiar que quizá fuera propiedad exclusiva de ellos dos. Y esa idea de exclusividad mutua tenía su lado temible, pues era la primera vez que compartían un secreto, y eso colocaba su relación en un punto distinto.

Patty no formuló todo esto en su cabeza con tantas palabras como se ha formulado aquí, pero aun así lo estaba pensando de un modo lo suficientemente eficaz como para sentir, y con razón, que la idea de volver a ver a su marido le resultaba tan temible como emocionante: ese Frank alerta y consciente, ese Frank despertado del sueño profundo en que lo había dejado por la mañana al ir a trabajar. ¿Qué haría, qué diría? Iba a ser el primer y novedoso encuentro que tendrían en aquel flamante mundo de secretos compartidos. Patty recorrió el camino desde la parada del tranvía a su casa en un estado de deseo entremezclado con aprensión, y cuando abrió la puerta de la calle sintió que el corazón le latía con fuerza.

En la casa reinaba un silencio que, en aquellas circunstancias, se le antojó increíble, y durante un segundo, Patty esperó con cierto temor que Frank saltara como un monstruo sobre ella desde detrás de un mueble. Pero ¿dónde se había metido precisamente ese día, si podía saberse? ¿De verdad había salido, había escogido ese momento, de todos los posibles, para que ella volviera y se encontrara la casa vacía, en total ausencia suya, había dejado que experimentara sola aquella extrañeza, aquella posesión solitaria del secreto compartido? Le parecía casi imposible. Miró de reojo el dormitorio: también estaba vacío, y la cama sin hacer.

Fue con paso lento, todavía tan estupefacta como maravillada, hasta la cocina; a continuación procedió a efectuar con más lentitud aún una vuelta completa a la casa. Sintió su silencio como un rechazo; estaba a solas con él. Volvió a la cocina y se sentó, mientras la anterior sensación de extraño placer le desaparecía del cuerpo y le dejaba tan sólo la de miedo, y cuando llegó la hora de cenar sin que Frank hubiera aparecido, aquel miedo empezó a cobrar vida propia y la atemorizó por su viveza, creando formas igual de vivas y temibles en su imaginación. Al irse a la cama, seguía aturdida, salvo por aquellas formas vivas y temibles que retozaban y jugaban en su mente disparada.

Cuando Magda regresó al piso, las aguas del puerto se habían tornado ya azul oscuro: la tarde acababa, dulce y tranquilamente, como es habitual en esas latitudes. Stefan se ofreció a preparar té.

—¿Ha sido bonito el paseo? —le preguntó Rudi, que parecía haberse acomodado para pasar la velada—. ¿Queréis que vayamos a un concierto? Hay un recital de música de cámara en el Conservatorium.

—Tú y tu cultura. A mí me apetece más una película. Pero no decidamos aún. He de telefonar a la madre de Lisa para decirle que su hija está de camino, a salvo. El paseo nos ha llevado más tiempo de lo planeado y puede que esté nerviosa.

Fue al dormitorio a hacer la llamada y volvió a los pocos minutos.

—Qué extraño. Me ha dado la impresión de que no sabía ni cómo se llamaba su propia hija: ha dicho «Lesley». Este dialecto australiano es de lo más estrafalario.

—Sí, no es el inglés que me gustaría oír en boca de mis propios hijos, lo reconozco —comentó Rudi.

—Lo que es un problema inminente —le dijo Stefan a Magda—. Nuestro amigo Rudi estaba contándome que está deseando casarse.

—Pues claro que sí, ¿cómo no iba a desearlo? Pero todo a su debido tiempo... De momento todavía tienes que buscar a la chica, por no hablar del piso.

—Si te digo la verdad, estoy buscando una novia digna de ser elevada a la categoría de esposa. Me gustaría casarme pronto. Estoy harto del carrusel de novias: quiero sentar cabeza.

—No se me ocurre ninguna amiga nuestra que tenga la edad apropiada, ni ninguna con una hija de esa edad —caviló Magda—. Tal vez tengas que solucionar tú mismo el asunto, aunque Dios sabrá cómo...

—No soy quisquilloso.

—No, te conformarías con una belleza de menos de treinta años, culta, y a ser posible también rica; será de lo más fácil —intervino Stefan.

—De lo de la belleza no te quepa la menor duda. La edad me importa menos. Culta..., en fin, he oído que existen...

—¿Por quién nos tomas? Nosotros los *reffos*, como nos llaman aquí a los refugiados, somos claramente cultos, se nos conoce por eso mismo; es más, somos famosos por eso, es una de nuestras cualidades más deleznales.

—Vaya, ¿no lo has entendido! Yo no busco una *reffo*, estoy decidido a casarme con una australiana.

—¡Pero tú estás loco! —exclamó Magda—. ¿Qué crees que podría ver en ti una australiana? Y, además, las cultas o están casadas o se han ido del país.

—¿Que se han ido? ¿Adónde se van?

—Se van a Londres, a veces a París o incluso a Roma —apuntó Stefan—. Te costará Dios y ayuda encontrar una aquí, y, si la encuentras, te puedo asegurar que estará ahorrando para pagarse el pasaje a Londres.

—Bueno, entonces tomaré a una inculta por esposa y la instruiré yo mismo. Eso puede ser divertido.

—Psss, deja a la pobre chiquilla en paz. Está muy bien como está.

—¿De veras lo crees, Magda? Sé sincera. ¿Habías visto alguna vez algo tan...?

—La verdad es que no. Siento decirlo, pero tienes toda la razón. Muy bien, si quieres conocer a una australiana inculta, la harás feliz, o al menos más feliz, y con suerte culta. Es de lo más sencillo.

—Una buena chica australiana, fuerte y saludable. Las hay muy bonitas —comentó Rudi—. ¿No os habéis fijado? Eso es lo que yo estoy buscando.

Stefan rio.

—Por extraño que parezca —dijo—, no conocemos absolutamente a nadie que encaje con esa descripción.

—Créelo, es cierto —corroboró Magda, pero justo entonces tuvo una idea—. Aunque ahora que lo pienso, no es del todo cierto. Sí que conozco a alguien así. Tiene unos treinta años o algo menos, y no es del todo bonita, pero no está mal, con un *maquillaje* horroroso, por supuesto, y carente de estilo, pero es fuerte y saludable, al menos hasta donde alcanza la vista, y, ahora que caigo, he de decir que tiene sin duda el aire de una mujer enamorada.

—Estoy deseando conocerla. Concreta un encuentro, por favor te lo pido.

—Ya veremos. No sé si te la mereces. Ya veremos. Bueno, ¿vamos al cine o no? Decidamos.

Acto seguido se pusieron a valorar los pros y los contras de las películas en cartelera y de la programación de música de cámara, mientras la oscuridad se apresuraba a echar su telón.

Eran casi las seis de la tarde cuando Lisa llegó por fin a su casa. Entró como una exhalación por la puerta trasera, todavía radiante por la euforia de la tarde, y se encontró de frente con su madre, que estaba pelando patatas en el fregadero.

—¡Hola, mamá! ¡Mira! —dijo y, sonriendo como una estrella de cine, dio una vuelta en el sitio. Su madre la observó con cara ceñuda.

—¡En eso estaba yo pensando, en mirarte! ¡En eso estaba yo pensando! Y luego a lo mejor podrías explicarme qué porras has estado haciendo. Me ha llamado por teléfono esa tal Magda con la que estabas, la señora Zombi no sé cuántos, para decirme que estabas ya de vuelta, ¡y ni siquiera parecía saber tu nombre! Quizá sea por el acento raro que tiene, pero intentó decirme, ¡a mí!, que te llamabas Lisa. ¡Figúrate! Y ahora llegas a casa, tardísimo, y ¿dónde has metido las gafas? ¿Te las has olvidado? ¿Y por qué llegas tan tarde? Me dijiste que llegarías sobre las cuatro. ¡No quiero ni imaginarme lo que...!

La euforia de Lisa se evaporó al instante y, sin más, se dejó caer en una silla cercana. Sacó las gafas del bolso, las puso sobre la mesa de la cocina y se quedó sentada con la cabeza gacha, pensando. Luego sacó el carmín del bolso y lo abrió. Era de los caros, en un grueso estuche metálico dorado; el color se llamaba Beso de Ángel. Se pintó los labios y después extendió la mano con la barra en alto.

—Me lo ha dado Magda. ¿Quieres probarlo? También sabe rico. —Apretó los labios entre sí—. Y me ha regalado esto —añadió tirándose del cinturón—. ¿Te gusta? —Su madre la miraba de hito en hito, sin decir palabra—. Siento haber llegado tarde, mamá —prosiguió—, pero hemos ido a dar un paseo y hemos tardado más de lo que creía. Hemos estado viendo las casas y Magda ha empezado a hablarme de Eslovenia, que es donde nació. Y luego he tenido que ir andando hasta Spit Road, y el tranvía ha tardado una eternidad. Lo siento de veras.

—No sé qué pensar, Lesley. Nunca te había visto así. No sé qué pensar.

—Es que no hay nada que pensar. Además, mamá, me gustaría que tú también me llamaras Lisa. Así me llaman en Goode's. Yo les dije que me llamaba así. Está en los papeles y todo.

—¿Qué? —exclamó la señora Miles—. ¿Cómo? ¿Qué estás diciendo? ¡Tú te llamas Lesley!

—Pero es que no me gusta. Yo quiero ser Lisa, y lo seré. ¡Y lo soy!

La chica estalló en lágrimas al mismo tiempo que su madre, horrorizada y alterada, se echaba a llorar. Ambas mujeres se sumieron cada una en su llanto por un minuto, hasta que Lisa levantó la vista y vio a su madre enjugarse los ojos con el delantal.

—Lisa. Lisa. ¿Qué crees que siente una madre cuando su propia hija le dice que quiere llamarse de otra forma? Para mí siempre has sido Lesley, y siempre lo serás. ¿Qué tiene de malo tu nombre? Es precioso. Lisa... es como una bofetada en la cara. Unos completos desconocidos te...

—Magda no es ninguna desconocida, es mi amiga.

—¡Menuda amiga! ¡Si ni siquiera la conozco!

—Bueno, yo no tengo la culpa. Aun así, es mi amiga, igual que Stefan.

—¿Quién es Stefan? —preguntó alarmada la madre.

—Es el marido de Magda —le explicó, y pensó entonces que de momento sería mejor no mencionar a Rudi—. Es muy amable. Estuvimos hablando de libros, y voy a ir a su fiesta de Fin de Año, ¡si me dejas! Magda me ha dicho que tengo que pedirte permiso.

—¡No, si te parece! —La madre clavó la vista en el linóleo, si bien en su fuero interno aquella muestra de cortesía eslovena la calmó ligeramente—. Ya veremos. Pero lo de Lisa... ¡Lisa! ¿Cómo has podido hacer algo así? Cambiarte el nombre de esa manera, y sin decirme ni pío. Qué golpe más bajo...

—Ay, mamá, no era mi intención, de verdad. Yo sólo quería... quería un nombre de chica de verdad. Lesley es de chico.

—También es de chica. El de chico se escribe distinto.

—Pero suena igual, que es lo que cuenta. Yo quería un nombre de chica en condiciones, para cuando sea mayor. Llevo tanto tiempo siendo una cría, yo quiero ser ya una adulta.

—Ay, Lesley..., Lisa. Si supieras lo que es ser adulta, no tendrías tanta prisa por serlo.

—Ay, mamá... —exclamó Lisa, que se sintió de pronto consternada y se levantó para acercarse y abrazar a su madre, haciendo que a ésta se le llenaron los ojos de lágrimas que le rodaron por las mejillas.

—No llores, por favor, mamá.

—Ay, cariño, no sé qué pensar —sollozó la señora Miles—. Supongo que siempre he sabido que algún día te perdería, ¡pero no esperaba que fuese tan pronto! —dijo, y empezó a llorar con más fuerza.

—Mami, mami, por favor, no llores —pidió Lisa, también al borde de las lágrimas—. No me has perdido ni me estás perdiendo: eso no va a pasar nunca. Eres mi madre, ¿cómo vas a perderme? Yo siempre estaré contigo.

—Vamos, Lesley..., Lisa, sabes que eso no puedes decirlo —replicó la mujer volviendo a enjugarse las lágrimas—. Te casarás, o te irás, puede que hasta al extranjero... Ahora todas las chicas se van. No puedes quedarte siempre conmigo, ¿verdad? No estaría bien. Supongo que no es más que puro egoísmo por mi parte.

—Tú no eres egoísta. Pero, aunque me case o me vaya, siempre serás mi madre, y siempre vendré a verte todo lo que pueda.

—Eso espero.

Vislumbraron las extensas perspectivas que tenían ante sí, pero tuvieron que apartar los ojos de aquellas vistas increíblemente misteriosas e incluso trágicas.

—Tú intenta simplemente ser buena chica, Lesley. Eso es lo más importante.

—¡Pues claro, mamá! Si quieres, tú puedes seguir llamándome Lesley.

Por fin la hizo sonreír.

—Ya veremos. Tengo que pensar qué me parece. A lo mejor consigo llamarte Lisa de vez en cuando, si te portas muy bien. Depende.

Ambas rieron y deshicieron el abrazo.

—Pero ahora mismo será mejor que vuelva con mis patatas —dijo la señora Miles de vuelta al fregadero.

Mientras lo hacía, miró a su hija con el rabillo del ojo: estaba apoyada contra la mesa de la cocina, recogiendo las gafas, el carmín y el bolso, y la asombró la gracia femenina de sus formas, acentuadas por el ancho cinturón de cuero.

—¿Sabes qué? Que te queda muy bien ese cinturón. Debe de ser bueno. Magda ha sido muy amable regalándotelo, tiene pinta de ser caro. Espero que le dieras las gracias como es debido.

Lisa sonrió radiante.

—Por supuesto que sí —aseguró—. Y por el carmín. ¿Quieres probarlo?

—Luego, más tarde. Es un color muy bonito, te sienta muy bien. He de reconocer que estás muy guapa; debes de caerle muy bien a Magda para que se tome tantas molestias contigo.

—No sé, supongo —dijo Lisa sin tenerlas todas consigo.

—Aunque no entiendo por qué.

—No, yo tampoco, una horrible chiquilla como yo...

—Bueno, todavía estás creciendo. Tienes tiempo por delante. Es posible que en unos años te pongas muy guapa. Ya veremos. Pero de momento hazme el favor de sentarte y desenvainarme esos guisantes.

—Entonces ¿puedo ir a la fiesta?

—Ya veremos. Tú primero desenvaina los guisantes y luego hablamos. —Se hizo un silencio por unos instantes y luego se la oyó decir, medio para sí—: ¡Lisa! ¡Habrás visto...!

Fay lanzó el ataque contra su piso nada más regresar de Goode's. El campo de batalla no era muy grande: consistía en una estancia de tamaño medio con dos sillones y un diván que hacía las veces de cama, un par de mesas auxiliares y una *kitchenette*. Compartía un baño que no estaba obligada a limpiar, por mucho que las más de las veces lo adcentara ella. Cuando hubo terminado con el piso, hizo la colada con la lavadora manual de cobre de su casera y tendió la ropa en el tendedero, donde ondeó como loca con la brisa del mar, y luego se dio un baño, se lavó el pelo y se hizo las uñas.

A la hora de cenar, ya había terminado *The Women's Weekly*, así que después de prepararse unos macarrones con queso se sentó en el suelo a comérselos, con *Anna Karenina* abierto por la primera página, y empezó a leer. El domingo, bien entrada la noche, se dijo: «Es alucinante lo rápido que pasa el tiempo cuando lees libros. Hasta ahora no me había dado cuenta».

La señora Crown estaba al teléfono, sentada junto a la mesita donde lo tenía instalado en el pasillo.

—¿Qué significa que no venís? —decía—. He comprado una pierna de cordero enorme sólo para hoy, acabo de meterla en el horno, y ya tengo las verduras preparadas. ¿Qué significa que no venís?

Patty se estremeció, entre el miedo y la confusión. Estaba resultando ser más complicado aún de lo que había imaginado: era una pesadilla.

—Es que Frank no se encuentra bien. No tiene cuerpo para ir.

—¡Que no se encuentra bien! —exclamó su madre—. ¿Cuándo se ha oído semejante cosa? Frank es la salud personificada. ¿Qué es lo que le pasa, si puede saberse?

—Pues es que no lo sé, pero no creo que sea gran cosa, necesita un día de descanso, nada más. No le apetece comer, se siente regular.

—Entonces a lo mejor tiene que verlo un médico. ¿Has llamado a alguno?

—Ah, no, no, no creo que sea para tanto. Ya mañana veremos, según cómo siga —masculló, pero entonces se echó a llorar.

—Patty Williams, o Patty Crown, como te llamabas antes —dijo su madre—. Voy ahora mismo para allá, me da igual que el cordero esté en el horno. Lo apago y voy, aunque se eche a perder. Como no me digas lo que pasa, me planto ahí y lo veo con mis propios ojos. Si a ti te da igual el cordero, a mí también.

—¡No! —sollozó Patty—, deja el cordero donde está. Ya voy yo, ya voy. Espera sólo que me adeciente un poco y voy.

Ni siquiera estaba vestida; se había despertado en la cama vacía a las seis de la mañana y desde entonces estaba en la cocina, medio catatónica, entre el miedo y la conmoción, mirando la portada del periódico del domingo.

—Voy en cuanto pueda. No saques el cordero del horno.

Miró a través de los cristales de colores que rodeaban la puerta de la casa de su madre, como hacía de pequeña, y llamó al timbre.

—Patty —la recibió la señora Crown con el delantal puesto —, hija, a ver si ahora haces el favor de explicarte.

Recorrieron el largo y estrecho pasillo hasta la cocina, donde se oía el sonoro chisporroteo del cordero en el horno. La mesa estaba puesta para cinco.

—Ay, por Dios —dijo Patty, que se dejó caer de golpe sobre una silla—, no me digas que viene Joy...

—No, sólo Dawn y Bill. Los niños están en la playa con los vecinos.

—Algo es algo. A Joy sí que no podría enfrentarme.

La madre puso el hervidor en el fuego.

—Voy a preparar un té y luego me vas a contar qué está pasando. Pero ya.

—Frank ha desaparecido.

—¿Que ha qué?

—Que se ha ido. No estaba cuando llegué ayer a casa, y no ha vuelto.

—¿Has hablado con la policía? —preguntó la señora Crown, que estaba pálida de la conmoción—. ¿Y si ha tenido un accidente?

—Me han dicho que no me preocupe todavía, que es algo muy corriente. Dice que, si dentro de una semana no aparece, vaya a la comisaría y rellene un formulario de desaparecidos. ¡Una semana! —Estalló en lágrimas.

Su madre se sentó a su lado y le dio palmaditas en el hombro.

—Ya está, ya está. Lloro un poquito.

Patty siguió llorando un rato.

—No lo entiendo, Patty. ¿Os habíais peleado?

—¡No!

Difícilmente podía decirle a su madre qué habían hecho en lugar de pelearse. ¡Una pelea! El recuerdo del extraño secreto compartido se le antojaba ahora un sueño, como algo que no hubiera pasado realmente.

—Yo tampoco lo entiendo, de verdad que no —insistió, y se echó a llorar otra vez.

—Escúchame, Patty, te voy a decir una cosa: a los hombres no hay quien los entienda. Ni nosotras los entendemos, ni ellos se entienden. Eso es así de sencillo. Por eso hacen esas estupideces y esas maldades, como largarse. ¡Si yo te contara! Pero al final siempre vuelven... o, por lo menos, habitualmente. Los que no lo hacen sencillamente no merecen la pena, créeme. Volverá, ya lo verás. En realidad ellos solos no se valen, no son capaces. Creen que sí, pero no. No son más que unos críos.

Al oír aquella palabra, el llanto de Patty se intensificó, y su madre siguió dándole palmaditas en el hombro.

—Venga, ya está, sécate esas lágrimas. Ve a lavarte la cara y nos tomamos un té. Voy a ir poniendo las verduras.

La mujer se levantó y Patty fue al baño. Mientras se tomaban el rico té caliente, la señora Crown se quedó mirando a su hija: pobrecilla Patty, la mediana; siempre aplastada entre la

resuelta Dawn y la tajante Joy. En realidad siempre había sido un misterio hasta para su propia familia, vaya que sí.

—Sabes que me gustas más con el pelo algo más largo. ¿Por qué no te lo dejas crecer un poco? Te favorece.

—Sí, podría ser —dijo desganada la hija.

—Por cierto, ¿qué se ha llevado Frank? ¿Se ha llevado mucha ropa?

—Ni se me ha ocurrido mirarlo. Me he quedado esperando, pensando que volvería en cualquier momento.

—Y podría volver perfectamente —afirmó su madre—, pero tampoco pasa nada por mirarlo. Cuando vuelvas a casa te acompaño y lo miramos bien entre las dos. Y puedes también coger algunas cosas y venirte aquí conmigo, mientras él esté por ahí holgazaneando como el miserable egoísta que es y, de paso, haciendo sufrir a los demás.

—¡No! Tengo que quedarme en casa por si vuelve.

—¡Sí, hombre! Lo que faltaba. Piénsalo. Le estaría bien merecido si volviera y viese que no estás. Son todos unos egoístas. No piensan en los demás.

—No se lo digas a Joy, por favor. Ni a Dawn.

—Pues no sé, hija, tampoco podemos decir que está malo. Dawn no se lo creería, como no me lo he creído yo. Ya lo tengo: diremos que está unos días fuera por una cosa del trabajo... Es buena idea, ¿no te parece? Cuando trabajaba de viajante, se iba a menudo. Podemos decir que está sustituyendo a alguien por unos días. Y ya veremos qué pasa más adelante. Qué desastre, justo antes de Navidad y toda la historia. Yo sólo digo que más le vale venir antes de Navidad o, si no, tendrá que vérselas conmigo, ¡yo sólo digo eso!

Y la señora Crown daba ciertamente una impresión de fiereza, y hasta su hija sintió, casi para su propia sorpresa, un extraño consuelo y se le empezó a contagiar la fiereza. Frank era un egoísta y un miserable. Como todos los hombres. Pero no eran capaces de valerse solos.

La escena con la que se encontró el ojo marcial del oficial del ejército ruritano cuando escoltó a lady Pyrke por las puertas de Goode's a las once de la mañana de la víspera de Navidad era un auténtico pandemonio, con banda sonora incluida. Al *obligato* de un centenar de conversaciones intensas entre las empleadas de negro y las clientas, se añadía el estridente repiqueteo de las campanillas de las cajas registradoras, los gritos de los ascensoristas —«¡Arriba!»— y los chillidos infelices de los niños grandes y pequeños que había sido imposible encasquetar a los vecinos: las mujeres de Sídney, o al menos un porcentaje que daba miedo, todavía estaban con las compras navideñas, y conforme fuera avanzando la jornada, se dijo para sus adentros el teniente coronel, la cosa sólo podía ir a peor, pues ese día, después del almuerzo, los oficinistas saldrían antes de lo normal, y no serían pocos, y la marabunta se incrementaría. Lady Pyrke surcó lentamente la escalera de mármol y se fundió con el tumulto como si estuviera entrando en las aguas de Baden-Baden. En épocas así, pensó el teniente coronel, realmente merecía la pena estar *non compos mentis*: buena suerte, anciana señora. La vio avanzar serenamente hasta el mostrador de los pañuelos y luego dio media vuelta para volver a la calle.

En la segunda planta la escena era algo más tranquila. Allí habían conseguido un ambiente de mero frenesí contenido. Era asombroso, pensó el señor Ryder, la cantidad de mujeres que parecían dejar para última hora la compra de sus vestidos de Navidad, pero allí estaban todas, entrando en los probadores con varios modelos en los brazos para probárselos todos de una vez, con la consecuente confusión para las dependientas, que ya apenas daban abasto. Allí estaba Lisa, saliendo de los probadores medio ahogada en vestidos de cóctel, los descartados por las clientas que habían encontrado, o no, el que mejor les sentaba. Si en la corta vida de esos vestidos nada los había convertido en carne de rebajas, observó, aquel último día de compras de Navidad decidiría su destino: a partir de entonces sólo valdrían para las rebajas.

Incluso en Alta Costura parecían hacerse negocios que rayaban en la vulgaridad de la compra acelerada. El señor Ryder observó con satisfacción que Magda —¡la inimitable eslovena!, ¡esa mujer no tenía precio!— estaba atendiendo en esos momentos —pero con qué calma, con qué tacto inflexible— a no menos de tres clientas a la vez, y eso sí que suponía al menos quinientas guineas de negocio en el acto. Si aquello no era una bonita visión, que viniera Dios y lo viera.

Por otro lado estaba Fay Baines, cogiendo un puñado de billetes de una clienta satisfecha, con otras cuatro haciendo cola, y de nuevo Lisa, cargada de trajes de vuelta a sus perchas; Jacobs dándole explicaciones impasible a una auténtica matrona de la orilla norte que quería una talla que

no tenían, y Patty Williams, que no podía estar más pálida e incluso —bueno, casi— interesante, mientras extendía un tique de cambio. «Williams, si va usted a ponerse mala —pensó—, espere al menos hasta las cinco y media, por lo que más quiera.» El señor Ryder les sonrió para infundirles ánimo mientras continuaba con su ronda.

En su pausa para el almuerzo, Lisa, tras cambiarse de ropa, se internó corriendo en el calor y el centro abarrotado para comprar sus regalos de Navidad. La semana anterior ya había hecho las indagaciones necesarias, y entró disparada en Grahame's, donde compró para su padre un ejemplar de *La historia de los purasangres británicos*, con numerosas ilustraciones y un bonito retrato del *Godolphin Arab* en la sobrecubierta; luego, en Rowe Street, le compró a su madre una cajita de rapé fabricada en carey. El gasto total superó en poco el salario de una semana. Más tarde, en el comedor, vio a Patty Williams, que tenía mala cara. «¿Debería preguntarle?», pensó. Pero no lo hizo: en la cara de su compañera había una expresión severa que no le había visto antes, ni ella ni nadie.

«Será malnacido —estaba pensando Patty—, el muy malnacido. Hay que ser egoísta, un egoísta y un miserable, dejarme tirada a mí de esta manera, ¿quién se cree que es? —Era la pregunta más vieja del mundo, pero nunca se la había planteado—. Se ha largado, sin decir palabra, y ahí me las apañe yo: gracias.» Hasta esa mañana al despertarse Patty no había caído en la cuenta de, que si Frank no había aparecido por la casa, lo más probable era que tampoco lo hubiera hecho por el trabajo, y de que a ese respecto más le valía tener una buena excusa preparada. Pero —qué idea espantosa— ¿y si sólo había desaparecido de la casa? En la pausa del almuerzo llamó a su madre para pedirle que telefonara a Frank al trabajo para descubrir si estaba o no; luego, tras esperar diez minutos, volvió a llamar a su madre.

—Allí no está —la informó la señora Crown—. No les he dicho nada, ni quién era ni nada. Lo único que me han dicho es que el señor Williams no ha ido hoy a trabajar, que dan por hecho que se encuentra mal pero todavía no les ha dicho nada. Me han sugerido que te llame a ti si quería saber algo más. ¡Sí, hombre! En fin, será mejor que los llames y les digas que está malo y que no sabes cuándo podrá volver, de momento con eso será suficiente.

Mientras hablaba personalmente con el jefe de Frank («el pelota del demonio»), que a Patty le pareció un hombre de lo más agradable, todo un caballero, descubrió lo fácil que es, una vez que cuentas una mentira, darle tintes de realidad. Se sorprendió a sí misma.

—No se encuentra bien. No creo que pueda volver en toda la semana, la verdad. Yo creo que hasta después de fin de año no podrá; lo siento muchísimo.

—Caray, señora Williams, qué mala suerte. Dígame que no se levante para nada y que no vuelva hasta que esté recuperado del todo, que nos las arreglamos sin él; de todas formas, esta semana no hay mucho jaleo. Esperemos que podamos verlo a la vuelta de las fiestas; si necesita más tiempo, háganoslo saber. Les deseo una feliz Navidad, en cualquier caso. Vamos hablando.

Una cosa menos, gracias a Dios. Pero el muy malnacido, ese miserable egoísta..., dejarla tirada de esa manera. ¿Dónde estaría, qué estaría haciendo? Se había llevado la bolsa de viaje vieja y un

puñado de ropa, y la paga de la quincena, salvo el dinero para la casa, que se lo había dado el martes por la noche. Había planeado irse: sabía lo que se hacía. No había excusa. Egoísta, un auténtico egoísta. ¡Por quién la tomaba?!

El frenesí avanzó en una escalada constante a lo largo de la tarde, llegando al punto álgido de histeria a eso de las cuatro para más tarde, a las cinco, licuarse en casi pánico. La última media hora fue muy exigente para los empleados de F.G. Goode's, y tan sólo su estoicismo nato les permitió cumplir con su deber; pero por fin se realizó la última compra de la Navidad, se echó al gentío y las majestuosas puertas de cristal y caoba se cerraron con llave y candado.

Fay subió corriendo por la escalera de incendios para cambiarse y recoger la bolsa de viaje: si quería llegar a tiempo a la estación central y encontrarse con Myra en el primer tren de la noche a las Montañas Azules, no tenía un minuto que perder. Patty la siguió a su ritmo; había acabado un día espantoso, y ahora una velada aún más espantosa amenazaba con llegar. Por terrible que fuera la misteriosa ausencia de Frank, la idea de su posible regreso, de volver a verlo en aquella nueva y horrible tesitura, era más horrible si cabía. Se acercó con paso cansino a su taquilla; era extraño lo cansada que se sentía: no era por el agotamiento de la jornada laboral, sino por un letargo más letal, casi una dolencia, y el trayecto de vuelta a casa se le antojaba una empresa colosal.

Lisa subió la escalera a saltitos, sin preocupaciones. Allí estaba Magda, con la que no había tenido oportunidad de hablar en aquella extraordinaria jornada de trabajo. Llamó a su amiga, que se volvió.

—Ah, Lisa —la saludó Magda con la mejor de sus sonrisas—, ¿qué tal te encuentras hoy? ¿No te parece estimulante esta víspera de Navidad? ¡Esta tarde he vendido cuatro vestidos de alta costura!, los cuatro para damas que van a asistir esta noche a la fiesta de la señora de Martin Wallruss y a las que en el último minuto les ha entrado el pánico de no estar a la altura. Pero, dime, ¿le preguntaste a tu madre si podías venir a mi fiesta? No hace falta que adquieras un modelo de alta costura para vestir con estilo en la fiesta, valdrá con cualquier cosa que tengas.

—Ah, sí, se lo dije. Me ha pedido que te dé las gracias y me ha dado permiso para ir... ¡Lo estoy deseando!

—Muy bien. Y ahora permíteme que te desee a ti y a tu familia unas felices fiestas..., ¡ven! —Le dio un beso en cada mejilla—. Tengo que ir a hablar con otra persona *pronto*... Adiós, Lisa.

Fay estaba justo saliendo del vestuario cuando Magda le puso una mano en el brazo con suma elegancia.

—Si me permites que te retenga cinco segundos —le dijo con una sonrisa encantadora.

—¿A mí?! —preguntó desorientada la asombrada joven.

Magda rio.

—He de pedirte un favor —le explicó—. Mi marido y yo damos una fiesta para Año Nuevo... y nos encantaría que vinieras. Vendrá mucha gente, y espero que al menos alguna persona sea de tu interés... Nos harías un gran favor, pues lo cierto es que estamos algo escasos de chicas jóvenes... ¿No es absurdo? Normalmente, en este tipo de cosas, lo que escasean son los jóvenes. ¿Qué es una fiesta sin muchas chicas guapas? Te lo ruego, dime que vendrás... Lisa también va a venir, así que no serán todas caras desconocidas.

—Bueno —dijo Fay, que entre la prisa horrible que tenía y el pasmo por la invitación no era capaz ni de pensar—, gracias, supongo que podría ir... Año Nuevo..., será un placer... Sí, ¡gracias!

«*Fantastique* —pensó Magda—, lo conseguí, gracias a Dios. Ya tiene Rudi a su australiana saludable, le valga para lo que le valga.»

—¿Sabes qué? Magda, ¿sabes quién te digo?, la de Alta Costura... —iba contándole Fay a Myra en el tren mientras traqueteaban por los barrios de las afueras rumbo a las Montañas Azules.

—Ah, sí, claro, ya sé.

—Bueno, pues me ha invitado a su fiesta de Año Nuevo.

—¡Atiza! ¿Y vas a ir?

Myra había intentado convencer a su amiga de que fuera con ella y con un nutrido grupo de amigos a la noche de gala de Año Nuevo de su club, donde ella tendría que estar de guardia, enfundada en su nuevo traje de chifón color esmeralda, que tenía una orquídea de lentejuelas plateadas y negras cosida a un hombro.

—Bueno, le he dicho que sí, nunca se sabe.

—Estará bien. Además, los continentales saben comer y beber. Por lo menos eso no se les puede negar. A lo mejor hasta conoces a alguien interesante, ¿quién sabe?

—Ya, pero creo que son todos continentales —dijo Fay, que de pronto pensó: «Como el conde Vronsky, que debía de ser europeo»—. ¿Los rusos se consideran continentales? —le preguntó a Myra.

—¿En quién estás pensando?

—No, nada, en nadie en concreto. Preguntaba por preguntar.

—Pues yo creo que sí. Pero a los rusos no los dejan salir de su país, ¿sabes? Nunca se ve a rusos de verdad. Están todos en Rusia.

—Tienes razón, supongo. Aun así, si los dejaran salir, serían continentales, ¿no te parece?

—Sí, supongo que sí. Toda esa gente es europea.

Dawn estaba hablando por teléfono con su hermana Joy.

—No vayas a decir nada de nada —le insistió con severidad—. No sueltes ni media palabra o no vuelvo a hablarte en la vida. Al fin y al cabo, es Navidad.

—¿Y qué más da eso? El caso es que se ha ido, sea Navidad o Año Nuevo. Nos vamos a enterar tarde o temprano, así que cuanto antes, mejor.

—Mira, Joy, escúchame bien —la reprendió Dawn—. Le he prometido a mamá, ¡por lo que más quiero!, que iba a hacer como si no supiera nada. Me ha hecho jurárselo. Si te lo he contado es porque he pensado que de todas formas tú te lo ibas a oler, y al final iba a ser peor que intentarás descubrirlo. Así que en teoría no sabes nada.

—Ah, claro, qué típico, qué típico. Como soy la más pequeña, en teoría no debo saber nada de lo que pasa en mi propia familia. Típico. Bueno, pues ya me enteraré yo por mi cuenta, no necesito tu ayuda, ¿no crees?

—De verdad, Joy, apiádate de ella —replicó exasperada la hermana mayor—. Ya te he dicho lo que está pasando, te he contado todo lo que sé. Lo único es que no creo que sea buena idea cuchichear sobre el tema el día de Navidad. ¿A ti qué te parecería? Ella está intentando poner buena cara al mal tiempo, no quiere hablar del tema, es comprensible. Así que tú límitate a callarte, ¿vale?

—Claro, lo que tú digas... —dijo airada Joy mientras admiraba las elegantes sandalias que acababa de comprarse en Farmer's; al cuerno con el descuento de Goode's—. A mí me da igual, es sólo que me parece absurdo fingir, y encima con nuestra propia familia. Si me hubiera pasado a mí, preferiría no fingir.

—Ya, porque tú eres distinta, ¿verdad? Pero no todo el mundo es como tú, y a Patty no le gusta airear su intimidad.

—A Patty le gustan sus secretos, querrás decir. Ha sido siempre tan reservada... Pues por mí, que se quede con su secreto.

—Muy bien. Entonces no vas a decir nada. Y tampoco le digas nada a mamá porque ella no sabe que te lo he contado. Me lo ha dicho a mí porque estaba muy preocupada, preguntándome: ¿tú crees que se habrá ido para siempre? Y yo diciéndole, claro que no, mamá, Frank no irá muy lejos. Se lo he tenido que decir para que dejara de preocuparse por Patty. Pero no sé, Frank es un enigma, yo siempre lo he pensado.

—Venga ya, ¡Frank no es ningún enigma! Lo que es es un cenutrio. ¡Ir lejos, dice! No sería

capaz de ir de aquí a Manly sin una guía. Se habrá largado por ahí, no sé adónde, en un arranque de locura, y, en el peor de los casos, ya volverá. Pobrecita Patty.

—Vamos, eso no es forma de hablar. Frank es buena gente, es sólo un poco...

—Tonto. Lerdo.

—Callado, iba a decir.

—Pues ahora sí que está bien callado —dijo Joy partiéndose de la risa.

—Joy, eres mala. —Eso era Joy al cien por cien: mala.

—Por lo menos sabemos una cosa —comentó ésta alegremente.

—¿El qué?

—Sabemos que no se ha ido con otra.

—¿Qué quieres decir con «otra»?

—¿Tú qué crees? Pues que es evidente que Frank no ha dejado a Patty por otra mujer.

—¿Y eso cómo lo sabes? —preguntó Dawn, que no tenía claro a quién ofendían más las palabras de Joy.

—Por Dios santo, Dawn —respondió la pequeña con desdén—, si sólo hay que verlo. Fíjate la próxima vez que lo veas, si es que aparece. Frank no es precisamente un casanova.

—Pues eso es bueno —dijo rotunda Dawn.

—Sí, pero tampoco hace falta ponerse en el otro extremo. Frank no tiene pinta de saber ni para qué sirven las mujeres.

—¿Y para qué sirven las mujeres?

—La próxima vez que nos veamos te hago un croquis. Y se lo das a Frank cuando vuelva, a ver si así os enteráis los dos.

—Joy, eres mala. ¿Y cómo sabes tú tanto de Frank?

—Se le nota en la cara, y además sólo hay que ver a Patty, y blablablá. Yo creo que está mejor sin él. Debería comprarse ropa nueva, irse de vacaciones, a la Gran Barrera de Coral o a alguna parte, y empezar de cero.

—Sí, bueno, es una forma de verlo, pero no me imagino a Patty haciendo nada de eso.

—No, eso es verdad. Tanto da. Mañana no diré nada: tendremos todas unas felices fiestas. Por cierto, ¿qué...?

Las hermanas se enfrascaron entonces en una última conversación sobre quién se encargaba de qué viandas al día siguiente, cuando ellas y sus maridos (en caso de estar) y sus hijos (en caso de existir) se dieran cita en casa de la matriarca, aportando todo lo necesario para una comida de Navidad anglosajona en condiciones, sin olvidar las guarniciones pertinentes.

Eran las seis pasadas cuando el señor Ryder y la señorita Cartright salieron de Goode's aquel día, víspera de Navidad; fueron de los últimos en abandonar el majestuoso edificio, y un mozo esperaba ya junto a la entrada de empleados con un manojito de llaves enorme, preparado para cerrar la puerta.

Había un Jowett Javelin aparcado en doble fila, y la señorita Cartright le dijo a su compañero de trabajo:

—Allí está mi coche. ¿Podemos llevarlo a alguna parte? Vamos hacia Turramurra.

—Es muy amable por su parte, pero he quedado con unos amigos en el Pfahlert's para nuestra reunión anual. Antiguos compañeros de clase.

—Pues que lo pase usted bien, y que tenga unas muy felices fiestas.

—Igualmente, señorita Cartright —le deseó Ryder, que la saludó con el sombrero mientras ella entraba en el impaciente automóvil.

Acto seguido, el hombre echó a andar por las aceras cada vez menos ajetreadas de Castlereagh Street y dobló la esquina para encontrarse en la inmensidad de Martin Place. Le gustaba (¿y a quién no?) pasear bajo la columnata de la central de correos, y al poco de empezar a recorrerla se dio cuenta de que la persona que, en el otro extremo, estaba metiendo una carta por la rendija de uno de los bonitos buzones chapados de latón era la señorita Jacobs, la dependienta. «Qué horas más raras para echar una carta», se dijo. Llegaba con retraso al correo de Navidad. Y era tan triste la imagen que componía —esa silueta solitaria, regordeta y reservada, con el pelo recogido en un moño, la bolsa de rejilla medio vacía, mandando su carta misteriosa— que casi le entraron ganas de echar a correr por la columnata y alcanzarla y luego... Bah, era en vano. Difícilmente podría él animar lo que aparentaba ser una existencia tan solitaria, e incluso secreta; difícilmente podría, por ejemplo, proponerle tomar una copa..., ¿quizá un helado? «¿Le apetecería acompañarme a Cahill's, señorita Jacobs? Podríamos tomarnos un Bombón de Nieve juntos.» Pero entonces se acordó del Pfahlert's. «Bueno, esta noche no, pero quizá otro día —se dijo—. Ay, señorita Jacobs, pobrecita mía. Que tenga una feliz, feliz Navidad.»

—Lesley, escúchame, quiero que hoy desayunes como es debido —estaba diciéndole su madre—; conociendo a tu tía Mavis, a saber a qué hora comeremos hoy.

Ese año la comida de Navidad se hacía en casa de su hermana, que vivía con su familia en Seaforth; eran muchos hermanos y más o menos se iban turnando cada año para encargarse de la comida.

—No, la verdad es que no lo sé. Es la primera que vamos a su casa por Navidad.

—De eso nada, ¿es que no te acuerdas? Fuimos hace cuatro o cinco años, tienes que acordarte. No comimos hasta las tres y pico. Así que mejor que desayunes en condiciones. ¿Quieres el huevo pasado por agua, frito o revuelto?

—Uf, Magda dice que no es bueno comer huevos para desayunar, que...

—Me da igual lo que diga Magda, Magda no lo sabe todo. Si no comes huevo para desayunar, jamás engordarás. Te echarás a perder, y todavía estás creciendo. Tú cómete unos huevos revueltos ahora y ya hablaremos de ello más tarde, le echaré un poco de panceta, como a ti te gusta.

—Vale, venga —cedió Lisa arrastrando las palabras—, lo que sea por un poco de tranquilidad.

—Eso está mejor.

El señor Miles entró por la puerta.

—Tres huevos —ordenó—, fritos, con la yema líquida y cuatro lonchas de panceta. ¿Está ya el té? Mientras tanto me iré tomando unas tostadas. Podría comerme un caballo. Y, ahora que lo pienso, he visto caballos que sólo valen para eso.

—¿Podemos abrir ya los regalos? —preguntó Lisa.

—¿Qué regalos?

—Papá, ¿es que no sabes qué día es hoy?

—Ah, hablas de los regalos de Navidad, ¿no? Yo de eso no sé nada, de eso se encarga tu madre.

—Los abriremos después de desayunar —decretó la madre—. Lo primero es lo primero.

Cuando por fin concluyó el desayuno, fueron con solemnidad al salón, donde los regalos estaban dispuestos bajo el árbol de Navidad. Lisa le dio a cada uno lo que le había comprado, y su madre le tendió al padre un paquete voluminoso y luego le dio a ella uno pequeño y dos más grandes. Siguió un revuelo de desenvolver secundado por exclamaciones y agradecimientos, y al

final de todo esto quedó patente que el señor Miles no había contribuido en modo alguno al intercambio.

—Bueno, bueno, supongo que estaréis esperando algo de mí, y me temo que es lo justo, al fin y al cabo estamos en Navidad. Veamos a ver qué tengo por aquí.

Rebuscó en su bolsillo y sacó varias monedas.

—Con esto no hacemos nada. —Se hurgó en el otro bolsillo—. Esto ya es otra cosa. Ten, Lesley, esto para ti. —Le tendió un billete de diez libras—. Y esto para ti, Cora. Feliz Navidad.

La señora Miles se quedó mirando el billete desconcertada. Le había dado uno de veinte libras. Su simple visión era en sí toda una novedad para ella.

—Caray, gracias, Ed. Es un detalle.

Lisa a su vez reía como una ardilla de lo encantada que estaba.

—Caramba, pa. ¡Gracias!

—Bueno, pues nada —dijo el padre de familia—, habrá que ir poniéndose en movimiento. Seaforth, ¿eh? Podríamos darnos un bañito de camino. ¿Qué me decís?

—Doreen va a traer un buen jamón y el pudín de chocolate —informó la señora Parker a su hija Myra—, y John y Betty los pollos, que meteremos en el horno en cuanto lleguen. Lo voy a ir calentando y así lo tengo preparado. Y si tenemos las verduras hechas cuando lleguen, ya no tendremos que preocuparnos de nada. Hasta que haya que hacer la salsa del asado.

Myra estaba pelando dos kilos y medio de patatas. Iban a ser trece bocas para comer, contando al crío. «El número de la mala suerte», pensó, mejor no contarle.

—¿Habéis terminado de poner la mesa? —le preguntó su madre.

Habían extendido la mesa de ping-pong en el porche trasero para el festín; la habían cubierto con el mantel bueno, que aún conservaba la madre del ajuar, pero, como no era lo suficientemente ancho, habían puesto una sábana de matrimonio debajo.

—Sí, claro. Fay está todavía liada doblando las servilletas, haciendo formas.

Fay había adquirido ese arte durante sus años como camarera de cócteles; estaba haciendo mitras. La señora Parker dejó en la encimera el cuchillo de mondar y fue a asegurarse de que todo estuviera como debía.

—Vaya, vaya, qué bonito. Le da un aire muy chic.

Ese mismo día, muchas horas después, Fay estaba jugando a la comba en el césped con las sobrinas de Myra mientras los niños hacían trastadas por los árboles y el crío pequeño dormía rendido sobre una alfombrilla. Los hombres bebían cerveza, y Myra, su madre, su hermana y su cuñada cotilleaban en las tumbonas.

—Si quieres buscarle marido a tu amiga Fay —le decía la señora Parker a su hija—, olvídate de esos sinvergüenzas de tu club. Tiene que ser alguien agradable y estable. Mírala, cómo juega con las niñas. Se nota que tiene mano con los críos. Quiere casarse y tener hijos.

—Bueno, yo he hecho lo que he podido, pero es muy suya.

—Como tiene que ser. Hoy en día hay hombres por ahí que para qué.

—Venga, mamá, ¿y tú qué sabes? —terció Doreen.

—Te sorprendería lo que sé.

—Se refiere a los hombres con los que yo salgo.

—Que Dios nos asista —dijo Doreen, que rio con Myra.

—¿Sigues quedando con Jacko Price?

—Sí, de vez en cuando.

—No quiero volver a oír ese nombre en mi casa —dijo la madre con mirada severa—.

Después de lo que hizo...

—Bah, mamá, no es mala gente. Los hay mucho peores.

—Pues no quiero saberlo. Pero ojalá le encuentres un buen hombre a Fay. Es un encanto de chica. Es una lástima que no haya encontrado a nadie decente con quien casarse. Pobrecilla, sin nada parecido a una familia, necesita un marido.

—Sí, es posible que tengas razón —reconoció Myra.

—Posible no, ¡seguro! —sentenció la madre.

—Qué mala pata que a Frank lo hayan mandado de viaje —dijo Bill, el marido de Dawn, queriendo ser cordial.

Patty estaba muy pálida.

—Sí, no ha habido forma de evitarlo.

«¿Lo sabrán? —se preguntó—. ¿Qué les habrá dicho en realidad mamá?»

Estaban todos en el jardín de atrás, hasta donde habían arrastrado dos mesas que, unidas (había un desnivel de cinco centímetros entre ambas), formaban un tablero con un tamaño apropiado para acomodarlos a todos. Frank también habría cabido. Patty no estaba para echar cohetes precisamente: había comido poquísimos y se sentía más incómoda aún por las miradas escrutadoras que había estado lanzándole su hermana Joy a cada rato. Estaba haciendo lo que podía, se estaba esforzando, lo único que quería era que la dejaran en paz. Tenía que pensar. Acababan de terminar el pudín y estaban a punto de sacar los *crackers*; ¹ Dawn estaba trayendo de la cocina una tetera bien grande y Joy la seguía con las tazas. «Tengo unas hijas muy apañadas, la verdad es que sí —pensó la señora Crown—, no puedo quejarme. Pero, ay, mi pobre Patty, Jesús de mi vida.»

—Tira de este *cracker* conmigo, Patty —le pidió.

El estallido pasó factura a los nervios ya bastante desquiciados de Patty. Se vio con un papelito en la mano en el que ponía algo impreso.

—¿Qué dice? —le preguntó su madre.

—«Ríe y el mundo entero reirá contigo. Lloro y llorarás en soledad» —leyó Patty, que acto seguido estalló en lágrimas y salió corriendo hacia la casa.

—La tita Patty no se encuentra bien —les explicó Dawn a los niños—, así que haced el favor de comportaros. Cuando terminéis con los *crackers*, podéis bajar a jugar al jardín. Y, sí, podéis hacer una cabaña en la conejera. O jugar con el bingo nuevo, si queréis.

Una vez hubo distraído a los niños, le dedicó a su hermana Joy una mirada funesta a la par que elocuente y siguió a su madre a la casa. La hermana pequeña, que se había quedado a solas con su marido y su cuñado, se encendió un cigarro.

—Yo ya le dije a Dawn que era absurdo hacer como si nada. Sabía que no funcionaría. Y que Frank es un miserable y un egoísta. Pobrecilla Patty. Si yo fuera ella, me divorciaría.

Bill parecía incómodo; no tenía claro a quién guardar lealtad. El marido de Joy, Dave, al que le iba muy bien en la vida, y le iría aún mejor, le ofreció un puro a su cuñado.

—Ya volverá —dijo—. La tormenta pasará. Sólo tiene que aclararse las ideas, el pobre muchacho. ¿Has metido las cervezas que te he dicho en la nevera, Joy? Venga, pues vamos a tomar unas cuantas, tanto comer me ha dado una sed tremenda.

Joy entró para ayudar con los platos y se encontró con Patty en el fregadero.

—No te preocupes, Patty. Seguro que vuelve pronto. Será como si nunca se hubiera ido.

Ah, sí, tenía toda la razón: y ése era justo el problema.

—No sé, ya veremos —respondió Patty—. Ya veré yo cuando vuelva.

De primero tomaron paté de foie-gras sobre unas rebanadas muy finas de pan tostado, luego comieron un pato joven con guindas y, de postre, una especie de *bombe surprise* de helado con mucha fruta escarchada por dentro; y lo único que había de beber, lo único, era champán. A todos les había ido muy bien ese año y esperaban que les fuera igual de bien el siguiente.

—Ya se sabe que las cosas no siempre salen lo mejor posible, en el mejor de los mundos posibles, pero creo que, en general, un mínimo de felicidad es en ocasiones factible para los que somos más afortunados.

—Stefan se está poniendo filosófico —advirtió Rudi—, que alguien le dé otra copa de espumoso al pobre diablo.

—Más que filosófico, sentencioso —apuntó Gyorgy—. Dadle un puñetazo, que no sea muy fuerte, pero que lo note.

—Dejadlo en paz —intervino Eva—, no permito que mis invitados se líen a puñetazos el día de Navidad. Ponerse filosófico, incluso sentencioso, es un privilegio que él puede permitirse en esta ocasión. Brindemos todos por la Commonwealth australiana. ¡Qué país! Todavía no me creo mi suerte. Acabar siendo súbdita de la monarquía inglesa..., ¡ver para creer! Llena esas copas, Sandor. ¡Por la Commonwealth australiana! ¡Viva la reina!

Veinte copas se levantaron secundadas por muchas risas y muchos brindis de borrachos, y luego la parte adulta de los veinte continentales reunidos, mayoritariamente húngaros, encendió cigarrillos y puros. Pasaron un buen rato charlando antes de bajar la cuesta que llevaba a la playa de Balmoral, donde se pusieron a jugar a algo con un ligero parecido al fútbol.

—Qué bonito es este sitio —le dijo Magda a Stefan mientras se ponía el sol—, hay que reconocerlo.

—¿Eres feliz? —le preguntó él.

—¡Qué cosas tienes! —replicó—. Vaya sugerencia más vulgar. ¿Y tú?

—Uy, no, querida, espero que no.

—Lisa, bonita, si no te importa comprobar que los trajes estén en el mismo orden que en mi inventario, sería muy amable por tu parte —le pidió Magda—. Dentro de una media hora o así vendrá la señorita Cartright y tendremos que decidir los precios de rebajas. Luego, esta tarde o mañana, terminarás de hacer las etiquetas y ya lo tendremos todo listo. Bien. He oído que la señora de Bruce Pogue va a dar una *grande fête* para Año Nuevo... Pobre mujer, no es consciente de que coincide con la mía y de que yo ya me he quedado con la crema de la crema... Me sorprendería enormemente que hoy o mañana no vinieran unas cuantas señoras buscando a la desesperada un traje para la ocasión. Me preguntarán si puedo dejárselos por el precio rebajado y yo les diré: «Oh, no, madame, me temo que es imposible, lo siento muchísimo». Pagarán de más con tal de no parecer vulgares. *Vraiment on s'amuse ici*. Pero aquí tienes el inventario, cógelo y haz lo que puedas, *ma chérie*.

Lisa volvió a entrar en la fragante tierra de fábula de Alta Costura, y enseguida se fijó en que muchos de sus habitantes se habían evaporado en el mundo exterior desde el último reconocimiento que había hecho. El Tara ya no estaba, ni tampoco el Minuit. Sintiendo casi un vahído de miedo, repasó la lista corriendo para saber qué había sido del Lisette y, casi sin atreverse, desplazó la vista hasta la última columna. El hueco seguía en blanco: todavía no habían vendido el vestido, seguía allí, en su percha, a la espera. Evidentemente, no estaba allí esperándola a ella, pero de algún modo, más bien peregrino, seguiría siendo suyo mientras viviera allí, en el armario de caoba de Goode's. Debía asegurarse *ipso facto* de que seguía realmente allí.

Buscó en el perchero y no tardó en encontrarlo, con sus volantes blancos sobresaliendo alegremente entre los márgenes más sobrios de sus vecinos, y lo separó con cuidado para dejar espacio y poder contemplarlo mejor. Su encanto aumentaba cada vez que lo veía: era, al fin y al cabo, una obra de arte. Se quedó quieta, absorta en la contemplación.

De pronto notó una presencia a sus espaldas y, al volverse deprisa, casi con sentimiento de culpabilidad, se encontró con Magda, que le sonreía con ganas.

—Ay, Lisa —exclamó—, mucho me temo que te has enamorado... ¡Debería haber visto el peligro! Sí, es un vestido muy mono, es más, adorable... No sé cómo no lo hemos vendido todavía. Está claro que es muy pequeño, demasiado para la mayoría de nuestras clientas, aparte de ser demasiado juvenil para ellas, aunque eso les da un poco igual... La señora de Martin Wallruss quiso probárselo, ¿te lo puedes creer? Pero lo he salvado de ese infortunio en más de una ocasión. *Eh bien*, habrá que rebajarlo, y quizá alguna joven que haya tenido la sensatez de ahorrar para

comprarse algún vestido venga y lo rescate. ¿A cuánto estaba? Déjame ver, ciento cincuenta guineas..., no es tan caro, supongo que rebajado saldrá a setenta y cinco; los vestidos blancos se ensucian tanto que, como mínimo, quedará a mitad de precio. Pero no quiero entretenerte, perdona, sigue con tu tarea.

Dicho esto, se alejó, ajena en apariencia al desastre que acababa de desencadenar con sus palabras.

¡Setenta y cinco guineas! Hasta ese momento Lisa no era consciente de que, en algún recoveco de su cabeza, había empezado a fantasear con poseer aquel vestido, incluso había especulado con que rebajado costaría lo mismo que lo que había ganado en Goode's, y que, salvo lo que se había gastado en los regalos de Navidad, tenía ahorrado en su caja de ahorros. Vio entonces cómo se desvanecía el Lisette en el armario de una chica con su paga sensatamente ahorrada; lo había perdido, estaba claro; vio incluso cómo le arrancaban su mayor deseo de su mano vacilante; fue un momento de pura desolación. Con el ánimo repentinamente apesadumbrado, prosiguió con sus quehaceres.

En Cóctel también estaban muy ocupadas con los preparativos para las rebajas durante el interregno entre Navidad y Año Nuevo, y Lisa tenía mucho inventario que comprobar y ordenar. Los cambios de última hora se harían cuando la tienda cerrara el día de Nochevieja, para lo que se quedarían algunas dependientas, y el día 2 empezarían las rebajas en cuanto se abrieran las puertas, y si creía que la Navidad había sido un sindiós, le había dicho la señorita Jacobs: «¡Espera a ver las rebajas!». Para cuando llegó la pausa del almuerzo, Lisa, deseosa de escapar de Goode's, fue a sentarse junto a la fuente Archibald, donde se quedó observando a los transeúntes, atribulada por una sensación incipiente de descontento e incertidumbre que, estaba convencida, no era resultado de la angustia renovada por las notas de la reválida y sus consecuencias, sumada a la imposibilidad de conseguir el Lisette, sino por haber olvidado el libro y no tener nada que leer.

—Es mi marido —dijo Patty, que estaba sentada en el filo de la silla, nerviosa.

—¿Ajá? —dijo el médico.

No era el suyo de cabecera, que estaba de vacaciones, sino su sustituto, un desconocido: joven, avisado, con cara de inteligente; intimidatorio, en suma.

—Es que, verá, mi marido..., él...

—Tiene que saber, señora..., esto..., Williams, desde luego, no tenga problema en hablarme sobre su marido, pero lo mejor sería que viniera él en persona, de lo contrario no hay mucho que pueda hacer por él.

—Sí, bueno, ése es el problema —dijo desesperada—, ¿entiende?, que no puede venir porque no está. Se fue.

—Será mejor que me lo explique con más detalle —le pidió el médico.

—Pues resulta que se fue hace una semana, y no sé ni adónde, no me dijo nada. Pero estoy preocupada por su trabajo. Los llamé y les dije que estaba enfermo, y que no iría en toda la semana, pero lo esperan de vuelta la semana que viene y no sé qué decirles. Estoy que no sé qué hacer.

Se echó a llorar. El médico se sentó y se quedó mirándola.

—No parece que sea una situación que pueda seguir así indefinidamente... ¿Lo había hecho otras veces?

—No, no —respondió Patty entre sollozos—. No sé qué mosca le habrá picado.

—¿Ha hablado usted con la policía?

—Sí, me han dicho que lo hace mucha gente, y que la mayoría vuelve. Rellené unos papeles justo anoche, por si acaso ha tenido un accidente. No lo sé, pero tengo que decir algo en su trabajo si no vuelve para la semana que viene.

—Me hago cargo del problema —dijo en tono áspero el médico—, pero difícilmente puedo extenderle una baja para un paciente que ni siquiera he visto. Seguro que lo comprende. —Así y todo, de pronto su humanidad ganó la batalla a sus principios y sonrió a la criatura llorosa que tenía delante—. ¿Sabe lo que le digo? A ver qué le parece. Si no ha vuelto para Año Nuevo, llame por teléfono a su jefe y dígame que el médico (no le diga mi apellido) «cree» que es una culebrilla. Con eso bastará. ¿Sabe lo que es una culebrilla? ¿No? Bueno, nos viene como anillo al dedo. Es que, verá, nadie sabe cómo se pilla ni por qué, y nadie sabe decir lo que puede durar. Lo único que la gente sabe de la culebrilla es que duele a rabiar y que el que la pilla no está precisamente

para trabajar. Si..., o sea, cuando su marido vuelva, tendrá que pedir cita para que le dé el certificado por el tiempo que ha estado de baja, y ya nos inventaremos algo más o menos verosímil. Pero de momento dígales que el médico cree que es una culebrilla, y que no sabe lo que puede durar. ¿Cómo lo ve?

—Gracias, doctor —dijo desconsolada—. Se lo diré. Una culebrilla.

—Pero ¿qué me dice de usted, señora Williams? No tiene buena cara, lo que es comprensible, dadas las circunstancias, por supuesto, pero uno tiene que cuidarse también. ¿Cuenta con algún familiar o amistades? Necesita apoyo moral en tiempos así. Intente no tomárselo demasiado a pecho. Ya volverá, claro que sí. Los hombres hacen cosas así, no sé por qué... Se lo guardan todo para dentro, no se les da bien expresar sus sentimientos; están tontos, vamos. ¿Come usted bien, duerme? Eso está bien. Venga a verme de nuevo si hay algo que pueda hacer por usted. Tómesele con calma. Pues nada, señora Williams, buenas tardes.

Patty se sentía tan cansada que podría haberse acostado al volver a casa a pesar de que sólo eran las ocho y media de la tarde. Vio un rato la televisión y luego se rindió y se arrastró hasta la cama. Ya en plena oscuridad, se acordó de una canción que había oído hacía mucho, mucho tiempo (¿la cantaban en el colegio, era por eso que se acordaba?).

Swing low, sweet chariot, comin' for to carry me home.

Swing low, sweet chariot, comin' for to carry me home.

Echó unas lagrimitas y luego se quedó dormida.

—¿Y si le quitamos las mangas? ¿Se puede? —le preguntó Lisa a su madre.

—Bueno, poder se puede —respondió ésta—, pero habrá que ponerle una entretela. En fin, supongo que podría coserle un ribete alrededor. Quedará bien, nadie se dará cuenta.

Lisa se sentó y descosió las mangas, y a su madre le costó lo suyo ribetearlas y coserlas por la sisa. La chica volvió a probarse el vestido. Su madre se lo había hecho para el baile de fin de curso del instituto; era de encaje inglés blanco, con la falda plisada y mangas hasta ese día abullonadas. Lisa se miró en el espejo.

—¿No crees que quedaría mejor si lo bajamos?

—¿Así que ahora lo quieres largo?

—No, sólo un poco más largo.

Lisa se lo quitó y miró el dobladillo: había cinco centímetros largos de tela; su madre nunca había abandonado la costumbre de dejarle dobladillos largos en todos los vestidos, como si los hiciera para una niña. Lo descosieron.

—Creo que va a quedar marca. Será mejor que lo lave.

Por la noche estaba casi seco, y Lisa lo planchó y volvió a probárselo.

—La verdad es que sí que te hace más mayor —admitió la madre—. Te queda muy bien.

—Creo que le hace falta un cinturón —dijo Lisa—. Puedo comprarme uno mañana a la hora de comer. Quizá uno plateado.

—Ah, pues sí, le quedaría estupendo. Un cinturón plateado y tus sandalias blancas de tacón.

—Sí, sí, con eso estará bien. Es sólo una fiesta, no una *grande fête*.

—Estará estupendo. Tienes suerte de ir a una fiesta de mayores a tu edad. Procura comportarte como es debido. Magda ha sido muy amable al invitarte.

—Y Stefan —apuntó Lisa.

—Sí, y Stefan también.

«¿Cómo será la fiesta? —se preguntaba Fay—. ¿Cómo será su piso? ¿Será chic?» Magda le había escrito la dirección en un trozo de papel. Mosman. «No conozco a nadie que viva en Mosman — se dijo—. Por allí viven muchos continentales. Seguramente el piso será muy moderno: a los continentales parece que les va más lo moderno. ¿Qué me voy a poner?»

Sacó todos los modelos candidatos y se quedó mirándolos, preguntándose cuál causaría mejor

impresión en un europeo, en alguien con gustos modernos. «Pues creo que me pondré el de rayas verdes y blancas —pensó—. Es el que tengo más nuevo. —La asaltaban las dudas—. ¿Por qué me habrá invitado a mí precisamente? Magda, y su marido, Stefan, y todos sus amigos continentales. ¿Quién va a querer hablar conmigo? De todas formas, seguramente serán todos viejos. Bueno, por lo menos, será algo distinto, y si no me lo paso bien, siempre puedo volver pronto a casa. Si veo que al principio... Da igual, voy a arreglarme el pelo y a hacerme las uñas y ya con eso estaré lista para mañana por la noche. Sea como sea, supondrá un cambio. “Vuelve a intentarlo.” Ay, madre...»

—Lisa, ya conoces a Rudi, cómo no, está allí al lado de la ventana, todavía no te ha visto... Pero da un paso atrás, déjame que te admire... *Oh là, là!* Estás radiante, las mujeres florecen por la noche... Y aquí está Stefan. ¿Qué quieres tomar? Dale un poco de ponche, Stefan, digo yo que, por una vez en la vida, no le pasará nada por probarlo. Pero ten cuidado, Lisa, que le ha echado una bomba atómica, es más letal de lo que parece... *Voilà.*

»Ven, acércate que te voy a presentar a Sandor y a Eva, y éste es su hijo, Miklos, aunque ahora insiste en llamarse Michael; es un *dinky-die*, como dicen aquí, un australiano de pura cepa, hasta se le olvida el húngaro; acaba de terminar el instituto, como tú... Si me disculpas un momento, veo que están llegando otros invitados a los que debo saludar...

»¡George, Anna, Bela, Trudi, por fin...! Pasad, tomaos una copa, tomaos dos, tenéis que ponerlos a tono... Anda, veo que te has traído el violín, ¡qué maravilla! Sí, hemos hecho hueco para bailar, como verás, por si acaso alguien siente la tentación... Fay, ven que te presento a Bela, te tocará el violín sólo con que le sonrías un poco, ¿te pongo otra copa? Stefan, por aquí, te lo ruego...

»Milos, ¿te han presentado ya a Trudi? Anna, ésta es Lisa, trabaja conmigo, es mi mano derecha, aunque, como es lista, pronto se irá a hacer cosas más importantes... Sandor, échate más ponche... ¡Ah! Otra vez el timbre, disculpadme... Janos, creo que tú conoces a todo el mundo... ¡Champán! ¡De litro y medio! Eres el mejor..., ¿lo reservamos para medianoche? Tómate un ponche entonces, si te atreves, y, si no, hay vino blanco y tinto... Ésta es Lisa, no la conoces, y Fay... Perdonad, Anton y Marietta acaban de llegar, creo que han venido con más gente, será mejor que haga de anfitriona y...

»¡Laszlo, por fin! Sí, todo a su debido tiempo, pero creo que llegas tarde porque ya está bailando con Rudi, como puedes ver, y él es más apuesto que tú, aunque sobre gustos no hay nada escrito. Ven que te presente a Lisa... No, también llegas tarde, está bailando con Miklos, que se hace llamar ahora Michael. Bueno, baila con Anna..., sólo está hablando con Stefan, no entiendo por qué, anda, ve.

»¡Uf! Stefan, ¿cómo está ese ponche? Bien. ¿Ya ha llegado todo el mundo?, ¿puedo relajarme? Invitamos a cincuenta, y estoy segura de que somos por lo menos setenta y cinco, no sé si habrá comida suficiente. Sí, ¡no importa! Dame un poco más de ponche, ahora soy yo la que tiene que ponerse a tono. Fay sigue bailando con Rudi, Lisa está hablando con Miklos, o Michael, *ça c'est bon*. Todo el mundo parece pasarlo bien, creo que tengo derecho a seguir su ejemplo, ¿no? Ay,

Bela está sacando el violín... No, que toque cuando termine este disco. Dale otra copa, toca mucho mejor cuando está borracho.

»Fay, qué bien que bailas... He estado observándote, qué pena que no tengas una pareja que baile mejor, aunque, eso sí, entusiasmo no le falta. Bela va a tocar dentro de nada y podrás aprender unos bailecitos húngaros, son muy fáciles... ¡Ahí está! Nos cogemos todos de la mano y luego...

»Ay, madre mía, creía que me moría de la risa... Stefan, ¿cómo va el ponche? ¿Has hecho más? Así que te quedaba una bomba atómica de reserva... Siempre piensas en todo. Mira a Anton, no me extrañaría que se cayese por la ventana. Dame otra copa.

»Lisa, no te olvides de comer o acabarás emborrachándote y tu madre nunca me lo perdonará. Tómate unos cuantos canapés de éstos... Eso es, Michael, coge la bandeja entera, podéis coméroslos juntos, son sólo para vosotros, los jóvenes necesitáis alimento. Ah, empieza otra vez la música, vamos a bailar...

»Tómate otra copa, Stefan ha hecho más ponche... Trudi... Laszlo... ¿Blanco o tinto? Ay, un vals, qué bonito... Comed algo... ¡Buum!

»Lisa, George y Anna te llevarán a casa, no les cuesta nada, viven en Lindfield... ¿Fay? Ah, bueno, si confías en él para que te lleve tan lejos... No has visto el coche que tiene, es una tartana, no digas que no te avisé. ¡Feliz Año Nuevo! Buenas noches, buenas noches... Buenos días, ¡sí! ¡Conducid con cuidado! ¡Feliz Año Nuevo! ¡Santo Dios! Creía que no se irían nunca... Son las dos, ¿no? ¿O las tres? Eso me parecía. Yo también te quiero... ¡Feliz Año Nuevo!

Las majestuosas puertas estaban abiertas, y la falange de viragos con cara de malas pulgas avanzó a medio galope por la brecha y bajó los escalones de mármol; la formación al completo tardó sus buenos cinco minutos en pasar por delante del teniente coronel ruritano, que pasaba revista desde su posición destacada. «Bien hecho, señoras —se dijo para sus adentros—: en estos doce años no había visto una formación como la de hoy.»

Sabía, no obstante, que aquello no era más que la avanzadilla; seguirían llegando tropas de refuerzo en grandes cantidades durante las siguientes horas, menos a la hora de comer, y un número aún considerable a lo largo de la tarde. Los regimientos de élite del primer día serían reemplazados por los batallones del segundo y el tercer día, con tan sólo un punto menos de decisión, pero, lo miraras como lo mirases, la escena en Goode's durante los siguientes diez días sería, por hablar a las claras, un campo de batalla; se ganarían honores, y bien que se merecerían; se exhibirían trofeos; tal vez no se perderían vidas, pero heridas de un tipo u otro sin duda se padecerían: las rebajas habían empezado.

Cada planta del majestuoso edificio revelaba, en suma, la misma visión: la de cientos de mujeres que, abandonada toda cautela y toda dignidad, luchaban por el derecho a poseer vestidos, faldas, jerséis, zapatos, blusas y sombreros a precios sustancialmente rebajados. ¿Cómo culparlas, cómo criticarlas siquiera? No las alentaba ningún impulso tan nimio como la avaricia o la vanidad, sino una ley biológica que las impulsaba a arreglarse, y en esos momentos tenían la esperanza de acatar el decreto sin por ello arruinarse. Caminaban por una línea tan antigua como delgada; algunas estaban destinadas, por una cuestión de gustos superiores, de una suerte extraordinaria o de ambas cosas, a tener éxito en dicha empresa. Con tales esperanzas llegaban por centenas desde la lejana Kogarah, la remota Warrawee o las inimaginables Longueville o Wollstonecraft, y el teniente coronel les deseó lo mejor.

La auténtica matrona de la orilla norte estaba allí; al igual que Joy, y que Myra, con encargos de Doreen y algunos propios. La madre de los famosos hijos del jefe de Frank estaba allí, así como los propios niños, e iban directos a Zapatería Infantil, y Lisa había convencido a su madre para que echara al menos un ojo por la sección de Ropa Deportiva y de Casa y se gastara así sus veinte libras en algo nuevo para ella, cualquier cosa que ponerse, sin muchas historias, y sobre todo sin deslomarse en su máquina de coser, antigua y poco práctica. «Al final sale casi igual de barato, mamá, porque tienes que quitarle el descuento de personal.» Habían quedado, por tanto, en verse durante la pausa de comer para reevaluar la situación una vez allí.

Eva, Trudi, Anna y Marietta llegaron sin problema entre la primera y la segunda hora de apertura, mientras que Dawn llegó justo antes de comer. Entró pisándole los talones a lady Pyrke, que llevaba los últimos treinta años o más llegando a la misma hora y el mismo día con el propósito de comprar una docena de conjuntos nuevos de lencería, sustanciosamente rebajados; una vez cumplido este ritual, se iba andando, ignorando impasible el calor y el gentío, hasta el Queen's Club, donde se comía un filete pequeño de pescado pochado y echaba una buena cabezada con un ejemplar de *Time and Tide* abierto sobre el regazo. Su chófer tenía orden de recogerla a las tres.

La única excepción de esa escena, un pandemonio con todas las de la ley, era, por supuesto, Alta Costura; allí la bandera del decoro nunca se arriaba. Quienes no se veían amedrentadas por el primer vistazo a los precios sin duda lo hacían por algo indefinido en la mirada de Magda, que sabía con una ojeada rápida quiénes eran sus clientas potenciales: sabía no sólo quién compraría ese año, sino también quién, si se le infundía el ánimo adecuado, volvería a comprar de nuevo, y sabía quién nunca compraría nada. Al ver a Joy habría sonreído ligeramente; ante Dawn, habría fruncido el ceño de forma casi imperceptible. Fuera como fuese, a esas horas, minutos antes de las tres, allí estaban la señora de Martin Wallruss y la de Bruce Pogue, quienes, tras almorzar juntas en Romano's, estaban tomando posiciones para la caza final de la temporada: tres vestidos por el precio de dos, para las decenas de fiestas que todavía tenían por delante. La última columna del libro de inventario de Magda se llenaba a buen ritmo, y Lisa, que miraba de reojo desde las brumas del caos de Cóctel, se preguntaba angustiada si volvería a ver el Lisette.

—¡Rudi! Pero ¿qué haces tú aquí? ¿Vienes a comprar un vestido?

—Lisa, querida..., se me había olvidado que éste también es tu feudo. ¿No te parece una palabra maravillosa, «feudo»? No, si te soy sincero..., y como somos amigos, espero que sepas guardar un secreto..., me gustaría charlar un momento con Fay. ¿Está aquí? Vaya, qué mala suerte. Bueno, esperaré a que vuelva. A lo mejor sí que debería comprar un vestido después de todo..., están tan baratos ahora que es una pena no aprovecharlo. ¿Cuál me recomiendas? Éste..., a ver, ¿me quedaría bien?

—Rudi, debes irte, por favor, como la señorita Jacobs me vea hablando contigo le da un ataque. Vete y vuelve dentro de diez minutos o así.

—Bueno, vaya, si no me quieres aquí, iré a saludar a Magda, ¿dónde está? Ah, entiendo, gracias. Ella tampoco me querrá allí, así que me limitaré a ignorarla. Hasta la vista.

—Fay, Rudi ha estado buscándote. Está con Magda.

—Ay, Dios... Voy un momento a verlo..., gracias.

El brillo de deleite que había brotado en los ojos de su compañera no dejaba lugar a dudas. «Caramba —pensó Lisa—. Ajá...»

—Fay, por fin. Como no podía llamarte por teléfono, he venido hasta aquí para verte en mi hora de comer y proponerte que salgas conmigo el viernes por la noche. Di que sí, por favor. Podríamos ir al cine y luego a cenar, o lo que tú prefieras. Di sí de entrada y ya tendremos tiempo de discutir los detalles por teléfono si me llamas esta noche, éste es mi número. Ay, cómo me alegro. Hasta la noche entonces, ¡no te olvides!

—Lesley..., vale, Lisa, un tal Michael Foldes te ha llamado hace media hora, dice que volverá a llamarte esta noche. Ah, entiendo. Hum. Bueno, si quiere sacarte de paseo, tendrá que recogerme aquí para que pueda conocerlo. Por mucho que sea un amigo de Magda, yo no lo conozco, y, además, ¿cómo va a respetarte si no conoce primero a tus padres, o por lo menos a mí? Sí, bueno, si realmente le gustas tendrá que esperar hasta el sábado por la noche, y lo mismo te digo a ti. Confío en que no sea muy mayor para ti. No, bueno, entonces está bien. Puntual, ¿eh? Vale, no pasa nada. Me ha resultado muy simpático, muy educado. No parecía para nada europeo. Sí, entonces

supongo que es australiano de verdad, si se ha criado aquí. Está sonando el teléfono, contesta tú, puede que sea él otra vez.

—Dave me dijo que podía gastarme cincuenta libras, así que fui a ver los vestidos de cóctel para la recepción esa que tenemos dentro de poco, pero no vi nada que me gustase; iré a ver qué tienen en Farmer's o esperaré a las rebajas en Double Bay, y creo que la semana que viene también empiezan las de Jay's. Yo les he comprado algunas cosas a los niños, ¿y tú? Sí, merecía la pena. Sí, he visto a Patty un momentito, pero estaba tan atareada que apenas nos ha dado tiempo de nada. ¿Y tú? Sí, pero siempre ha sido tan blanca de piel que no se nota mucho. Bueno, ¿qué esperabas? Ya hace casi dos semanas que se fue, no tiene pinta de que esté loco por volver. En caso de que vuelva. No me extrañaría que se hubiera ido y si te he visto no me acuerdo. No estaría mal. No, ya, ahora puede que lo eche de menos, pero ya lo superará. Tampoco es que tenga críos que le recuerden a él. Sólo debe preocuparse de sí misma. Todavía tiene tiempo de empezar de nuevo si recobra un poco la compostura y se molesta en arreglarse un poco.

»A ver, que tampoco es una cría, Madre del Amor Hermoso, tiene edad de sobra para cuidarse solita, es mayor que yo, no voy a estar pegada a sus faldas. ¿Por qué no se va a casa de mamá? Puede dejarle una nota, que ya es más de lo que le dejó él a ella. Si Dave me lo hiciera a mí, le pediría el divorcio en el acto. Vale, mira, la llamo esta noche y veo si quiere hacer algo este fin de semana; puede venir con nosotros a la playa si le apetece, aunque seguramente no querrá. Vale, ya te he dicho que voy a llamarla, así que la llamaré, pero no veo por qué tienes que sacar las cosas de quicio. Tiene edad de sobra para cuidarse solita. Sí, vale. Chao.

Joy dejó el auricular en la base y se estudió las uñas. «Eso era lo que tenía que mirar —pensó—. Ya sabía que se me olvidaba algo. En las rebajas de Goode's hacen unos descuentos muy buenos en cosmética. En fin..., a ver si baño a los niños.»

—¡Niños! ¡Todos adentro..., toca baño!

«Acuérdate de llamar a Patty cuando cenén —se dijo—. Ay, qué cruz.»

Después de comer a Lisa le sobraron unos minutos del descanso, de modo que decidió asomarse por Alta Costura para saludar a Magda.

—*Mon Dieu!* —exclamó esta última—. Esto parecía un manicomio. ¡Mira! —Le señaló con una mano los vestidos en sus armarios de caoba.

Sus filas se habían visto seriamente mermadas; la señora de Bruce Pogue y la de Martin Wallruss habían sido secundadas por otras de su misma ralea, y los vestidos que quedaban tenían espacio de sobra para respirar. Lisa miró, casi sin atreverse, y vio a su amado a primera vista. Magda reparó en su temblor involuntario.

—Venga, anda, ve a mirar. A ver si queda algo que te tiente.

Lisa soltó una risita forzada.

—Yo ya sé el que quiero —dijo.

Magda volvió a mirarla. Vaya que sí, era efectivamente un caso de amor verdadero: de pronto decidió darle el capricho. Subyacía, al fin y al cabo, la cuestión de fondo, más importante, del cultivo del gusto: si suponía partir algún corazón, que así fuera.

—Ah, sí, el pequeño *robe de jeune fille*. Aunque me temo que las *jeunes filles* con dinero de esta ciudad sólo piensan en parecer mujeres de mundo, mientras que sus madres son las únicas que quieren parecer jóvenes; ese vestido no le vale a nadie porque a *les mamans* les queda pequeño y para *les débutantes* es demasiado juvenil. Estoy cansada de verlo: ¿por qué no vienes mañana a la hora de almorzar después de cambiarte y te lo pruebas? Creo que es justo de tu talla. Puedes fantasear por unos momentos, es bueno para el espíritu. Ponte tacones altos, para ver bien el efecto.

—Ah —exclamó Lisa temblando de la emoción—, ¿de verdad podría? Sería maravilloso poder...

—Bah, no es nada, pero yo no quiero ser responsable si luego robas un banco para comprártelo. Claro que, a lo mejor, de aquí a mañana lo he vendido..., habrá que ver.

—Ay, por favor, no digas eso, ¡por favor, no lo vendas!

—Ésa es una promesa que nunca podría hacer —dijo Magda, riéndose con ganas y sinceridad.

Lisette era, por supuesto, todo lo que cabía soñar; como todas las grandes obras de la alta costura francesa, estaba diseñado para quedar bonito, pero no sólo como una prenda en sí, sino como la

vestimenta de una forma femenina. Y era entonces cuando adquiría las propiedades de la vitalidad y el movimiento, del ritmo, en suma, al verse por fin encarnado. Lisa estaba ante el gran espejo batiente, sobrecogida por su propia visión, y al mismo tiempo podía verse por detrás en el espejo del otro lado del salón. Se meció ligeramente sobre los pies para ver el efecto de las tres capas de faldas flotando en el aire. El vestido le quedaba que ni pintado, con el busto casi ceñido. Los brazos y las piernas asomaban bajo los volantes de los hombros y ya no parecían flacos, sino esbeltos. El vestido la transformaba de pies a cabeza; la revelación que había tenido cuando le enseñaron por primera vez Alta Costura se había completado.

No había necesidad de decir nada, y hasta Magda se quedó por una vez callada, al menos durante todo un minuto. Sonreía.

—*Oh, là là!* —suspiró—. ¿Se lo mandamos a casa, mademoiselle, o prefiere llevárselo puesto?

Lisa rio.

—Me lo llevo puesto —dijo—. ¿Podría envolverme la ropa que traía? Anótelo en mi cuenta, como siempre.

En ese momento apareció la Cartright, que venía a relevar a Magda para el último turno del almuerzo.

—¿Y esto? ¿Lisa está haciéndole de modelo, Magda? No se nos había ocurrido.

—Está en su hora de comer. Ahora mismo es sólo una cliente, está probándose un vestido que le ha tentado, pero de momento la venta no se ha concretado.

—Ajá, entiendo. ¿A cuánto asciende la broma? Setenta y cinco, ¿no? Ya es una ganga.

—Pues estaba pensando si no habría que rebajarlo más en caso de que no lo hayamos vendido a mitad de la semana que viene. Es que se está ensuciando, siempre pasa lo mismo con los vestidos blancos.

—Vaya por Dios. Bueno, lo pondremos a cincuenta el miércoles que viene si no se lo han llevado. Pero lo veo poco probable. ¿Cómo va, por lo demás? Ah, sí, ya veo. ¡Qué alegría! Bueno, a trabajar; debe de estar usted muerta de hambre..., váyase a comer.

Lisa se retiró al probador y, una vez que devolvió el Lisette a su percha, fue a pasar el tiempo libre que le quedaba al Hyde Park. Si rebajaban el vestido a cincuenta guineas, casi le alcanzaría el dinero que tenía en su caja de ahorros. La idea de gastarse tal suma, que era mucho más de lo que había tenido en su vida y que podría darle para diez vestidos normales sin siquiera estar rebajados, era simple y llanamente mareante.

Durante los días en que Patty, trastornada, había pasado casi un duelo, sus compañeras se hallaban demasiado atareadas —primero con la Navidad y luego con las rebajas— como para notar el cambio en su comportamiento. Tal y como su hermana Joy había señalado, en el mejor de los casos era una criatura pálida, y si su habitual charla desganada con comentarios poco edificantes sobre su marido había cesado, también habían desaparecido las ocasiones para que ésta tuviera lugar: las clientas y el trajín habían arrasado con todo momento libre. Durante todo ese período, Patty había trabajado con denuedo, pero al final del día sucumbía a un agotamiento que la superaba e incluso la asustaba. Había perdido del todo el apetito; sus cenas consistían en lonchas frías de jamón cocido y rodajas de tomate, acompañadas de tazas de té sin leche, por raro que parezca. «¿Me siento cansada porque estoy enferma —se preguntaba—, o me siento enferma porque estoy cansada?»

«Tú intenta no preocuparte, ya volverá», le había dicho Dawn. Pues bien, no estaba preocupándose, desde luego que no; se encontraba demasiado cansada y enferma para preocuparse por Frank. Ni siquiera sentía ya enfado. En esos momentos necesitaba todos sus pensamientos para sí misma porque debía seguir adelante como fuera: tenía que ir a Goode's y conseguir terminar la jornada de trabajo y volver a casa y prepararse para la siguiente.

«Mira, tú intenta olvidarlo y ya está —le había dicho Joy—, por lo menos hasta que vuelva a aparecer: cómprate ropa nueva, vete de vacaciones. Ve a la bahía de Bateman con Dawn, ¿no te quedan días de vacaciones? Diviértete un poco. Vente el domingo con nosotros a la playa, hemos pensado que podríamos ir a echar el día y subir hasta Manly, anda, vente.» Ay, pero estaba tan cansada. «Ya veré —había respondido—. Ya te llamo si eso..., el sábado te digo algo.»

«Vente a casa conmigo —le había dicho su madre—, será como en los viejos tiempos. ¡Le puedes dejar una nota a Frank!»

Pero ella lo único que deseaba era que la dejaran en paz. No quería tener que fingir por nada: «Cuando estás sola, no hace falta fingir nada, ¿verdad? Aunque, por supuesto, a veces lo haces: a veces las mentiras que te cuentas son peores que las que te cuentan los demás. Pero ¿cómo es posible?».

Habían ido a los cines Savoy a ver una película, una con subtítulos, y Fay no había tardado en acostumbrarse a leerlos sin dejar de ver a los actores, pese a no esperárselo en absoluto; era una historia de lo más desgarradora y le había costado horrores no llorar, porque habría quedado como una tonta de remate y, ante todo, se habría fastidiado la sombra de ojos. En esos momentos se encontraban en un pequeño restaurante de King's Cross, donde la comida estaba riquísima y Rudi parecía conocer a muchos de los comensales, saludaba con una inclinación cuando iba y venía gente. Lo que más raro se le hacía a Fay era lo tremendamente fácil que resultaba hablar con él. No tenía que andarse con remilgos.

—¿De modo que no habías visto nunca una película francesa?... Santo cielo, veo que he llegado justo a tiempo. Entonces habrá que verlas todas: *Les enfants*, *Les jeux*, *La règle*, *Le jour*, etcétera. Nos llevará una eternidad, no nos quedará tiempo para mucho más. Bueno, de todas formas aquí no hay ópera, y casi nada de teatro, así que tiempo tenemos. Conseguiré la programación del club de cine de la universidad en cuanto comience el año académico, allí las ponen y las reponen, o por lo menos en Melbourne era así. Claro que puede entrar cualquiera, ¿por qué no? Prueba esta ternera, aquí la hacen muy buena.

»Sí, en Budapest era burócrata... ¡Qué frase, debería hacer una canción!... Me dedicaba a la estadística. ¿Quieres que te cuente en qué consiste? Yo aquí pretendo ganar dinero..., ¿qué, si no? No escapé del Occidente capitalista para acabar trabajando como un asalariado el resto de mi vida. Ah, pero es que en este país cualquiera con conocimientos de estadística económica y una pizca de imaginación puede hacer una fortuna..., varias fortunas. Tengo amigos aquí que lo han conseguido muchas veces, y eso sin tener ni idea de estadística. El caso es que este país está infradesarrollado y tiene que aumentar su población lo más rápido posible. Por eso pretendo hacerme rico, así estaría haciéndole un favor a todo el mundo. Pero dime: ¿quién te gusta más, Brahms o Beethoven, o eres más de Tchaikovski? ¿Que no lo tienes claro? Bueno, me ocuparé también de eso, si me lo permites. Tienes un gran sentido musical, de lo contrario no bailarías tan bien. No, hablo en serio, es un tema muy serio. Estabas leyendo *Anna K.*, ¿no es eso...? Ah, que te lo dejo Lisa. Extraordinario. En fin, por suerte, la vida es larga, aunque no tanto como el arte, así que tienes tiempo de sobra para terminarlo y seguir con todo lo demás. Para ser bailarina, ya has leído mucho. Pero creo que va siendo hora de que cierre el pico, como suele decirse, porque tú ya estás para tomar el postre y yo todavía no me he terminado esto, así que, mientras lo apuro, será

mejor que me cuentes la historia de tu vida. ¡Pero desde el principio! Háblame de tu padre, ¿quién fue?

Y Fay empezó a contar, por primera vez, la historia de su vida, que no tardó en convertirse en un relato triste: su padre había muerto en la guerra cuando Fay tenía tan sólo once años y su hermano mayor quince, y esa desgracia se había extendido con todas sus consecuencias mediante una serie de malas elecciones y artimañas por parte de su madre, bienintencionada pero poco capacitada. Rudi hizo un alto en el relato —justo cuando Fay llegaba al momento en que, con una precocidad insensata, había dejado el instituto coincidiendo con su decimosexto aniversario— y pidió la carta de los postres.

—Es hora de que comas alguna cosa muy dulce y sabrosa —le dijo—. Te recomiendo el pudín de chocolate de la casa, es algo formidable. Déjame que digiera la historia hasta aquí antes de que me cuentes el siguiente capítulo. No pensaba que pudieras tener un relato tan tremendo que contar... Los australianos sois un pueblo misterioso, quién habría imaginado que en este lugar la gente también sufre. Es este sol perenne, que lo oculta todo salvo a sí mismo.

Fay también se alegró de dejar de hablar por un momento, porque, aunque le resultó extraño, también a ella parecía estar afectándole el relato: en un par de ocasiones había estado a punto de echarse a llorar.

—Escucha, déjame que te cuente un chiste húngaro. Déjame pensar, tengo que traducirlo.

Fay se rio tanto que entonces sí que se le llenaron los ojos de lágrimas. «Qué dulce es —pensó Rudi—. Una buena chica australiana y saludable, justo lo que quería, y con tragedia incluida. Soy un suertudo.» Tuvo, no obstante, un pellizco de duda, poco común en él. «¿Le gustaré yo a ella? —se preguntó—. Debo ser cauteloso.» Tenía la esperanza de que así fuera, porque, en tal caso, veía bastante probable que decidiera casarse con ella.

—¿Qué te gustaría hacer mañana por la noche? —le preguntó—. ¿Quieres que veamos si hay algún concierto interesante? Miraré en el *Herald* por la mañana y te llamaré por la tarde. Bueno, pues tu patrona tendrá que aguantarse... Le regalaré el oído con mi encanto centroeuropeo, no te preocupes, en nada estará deseando que llame, no le importará que la moleste en absoluto.

«Pero qué agradable es —se dijo Fay—. No tenía ni idea de que los hombres pudieran ser tan agradables. ¿Qué verá en mí, si puede saberse?» Ya no tenía que esforzarse siquiera, se dejaba arrastrar sin más por la marea de energía y encanto de Rudi. Era una sensación tan gratamente nueva como dichosa.

—Stefan, por favor, quiero que me respondas con total sinceridad. ¿Crees que este traje de baño me hace demasiado gorda?

Magda estaba en el umbral del dormitorio posando con aires sugerentes, una mano sobre una cadera bien torneada y la otra apoyada con gracejo en la jamba; llevaba un traje de baño de dos piezas confeccionado en un tejido blanco con un estampado de grandes flores carmesí.

—No, no, para nada —le aseguró su marido, que estaba leyendo los periódicos del domingo, por así decirlo, mientras esperaba a que ella terminara de arreglarse.

—Stefan, por favor, te pido seriedad. Dime lo que piensas de verdad.

—Ya te lo he dicho. Jamás he hablado con más seriedad en mi vida. Ese bañador no te hace demasiado gorda.

—No demasiado, pero ¿sí gorda?

—¡No!, para nada gorda, en absoluto.

—Entonces quieres decir «redonda».

—Empiezo a preferir no haber nacido.

—Sí, sé muy bien de qué hablas: siento lo mismo cuando ni mi propio marido me da una opinión sincera. Yo diría que no es mucho pedir...

—Mi opinión sincera, por última vez, es que el bañador y la persona de dentro encajan a la perfección. Así que, ¿podrías recoger ya lo que vayas a necesitar para que podamos salir de una vez? Porque te confieso que, si dentro de cinco minutos no hemos salido, creo que puedo volverme loco del todo.

Magda dio media vuelta con un suspiro y Stefan la oyó alejarse entre pisadas fuertes. Reapareció con un traje de baño de una pieza en azul oscuro y una camisola playera por encima.

—Con éste también me gustas, casi tanto como con el otro.

Magda chasqueó la lengua.

—Entonces vámonos, no me gustaría ver cómo te vuelves loco.

Discutieron sobre a qué playa ir, si a Bilgola o a Whale Beach, y se decidieron por esta última justo cuando estaban llegando a la primera; así y todo, al final se acomodaron bajo la sombrilla, con las toallas y los cojines, los libros y la cesta de pícnic, a tiempo para darse un baño antes de comer. Después de eso se acabaron las discusiones: el Pacífico azul se había llevado consigo la irritación, como tiene por costumbre hacer.

Mientras comían el fiambre de pollo, Magda comentó:

—¿No has notado nada raro? Llevamos todo el fin de semana sin saber de Rudi. ¿Por qué será?

—Está claro que tendrá compromisos con otra gente.

—Ya, pero ¿con quién? —quiso saber Magda.

—Santo cielo, ¿cómo quieres que lo sepa? Hay un sinfín de posibilidades.

—Yo no diría tanto. A mí sólo se me ocurre una.

—¿Y cuál es, si puede saberse? —preguntó incrédulo Stefan.

—¿Acaso no viste con quién se fue de la fiesta?

—No, no me fijé. Quiero creer que Rudi siempre se va de las fiestas con una chica, por lo general la más guapa..., pero no lo vi salir.

—Pues yo sí, ¡y se fue con Fay! Iba a llevarla a casa.

—Es lo menos que podía hacer, después de que tú te molestaras en invitarla a ella, una australiana buena y saludable, sólo para complacerlo a él. ¿No decía que quería casarse con alguien así? A mí me parece de lo más normal que la llevara a casa después de la fiesta, por no hablar del resto de su vida. Por alguna parte hay que empezar. Seguramente, ahora que lo pienso, ya estarán casados..., hace más de una semana de la fiesta.

—Por favor, sé serio. ¿Cómo puedes bromear sobre algo así? Si Rudi está realmente con Fay en estos momentos, si han seguido viéndose, entonces creo que yo debería estar al tanto. Me siento responsable.

—Deberías. Creía que eras tú la que no era seria cuando propusiste invitarla para hacerle un favor a Rudi.

—Bueno, en parte sí y en parte no. Lo hice medio en serio, pero si Rudi está viéndose con ella, entonces la cosa pasa a ser más que medio seria, y me siento responsable.

—No entiendo por qué te preocupas, al fin y al cabo ella es adulta, puede cuidar de sí misma.

—No sé yo... Yo diría que Rudi es un casanova y ella, una chica australiana e ingenua que sin duda sólo tiene experiencia con torpes australianos. Me pregunto si será capaz de lidiar con alguien como él.

—Bah, ¡¿a qué tanto preocuparse?! No le va a hacer daño. Seguramente a ella le parezca una compañía muy divertida. Seguro que se lo está pasando en grande, como nunca en su vida.

—Mientras no le parta el corazón... —dijo funestamente Magda—. Si llegase a suceder, sería por mi culpa.

—Por favor, no dramaticemos... Vivirán felices y comerán perdices, y tendrán un puñado de críos perfectos, te pedirán que seas la madrina de sus hijos y se sentirán en deuda contigo el resto de su vida por haberlos presentado.

—No hagas bromas, te lo suplico. Tú sabes perfectamente que esa pareja es imposible. ¡Rudi y Fay! Yo sólo pensé que se divertiría un poco en la fiesta con su australiana saludable..., y ella baila muy bien, ¿no lo viste? Me contó que estuvo un tiempo bailando como profesional..., pero ya está. Yo no me tomé en serio la historia de casarse, no creía que fuera realmente su intención. Pero

si ahora están quedando..., la verdad es que no me lo esperaba. ¿Qué pueden tener en común? Le va a partir el corazón, ya verás.

—No seas melodramática. La realidad es que ambos están desparejados, y por ahora a los dos les va bien verse, eso es todo. ¿Pero me estás oyendo? Estoy peor que tú..., ni siquiera sabemos si están quedando de verdad. Rudi podría estar divirtiéndose por ahí con otra.

—No, tengo el palpito de que está con Fay —dijo profética Magda—, y espero que sólo haya divertimento por ambas partes. Pero si, pese a ser australiana, también es mujer, tú sabes tan bien como yo que para una mujer nunca es sólo divertimento. El corazón siempre interviene, y por eso puede romperse. Y sería culpa mía.

—Creo que estás cruzando el puente antes de llegar al río —concluyó Stefan—. Es hora de darse otro baño. ¡Vente!

—Tendría que haber llamado a Magda y a Stefan este fin de semana —comentó Rudi—. Los he estado viendo con tanta frecuencia que mi silencio les parecerá extraño. A lo mejor los llamo luego.

Estaba sentado con Fay sobre una gran toalla en la playa de Tamarama, comiendo los emparedados que había llevado ella: había dos hasta arriba de crema de cacahuete y apio y dos de cheddar con lechuga. Rudi estaba encantado.

—Conque así hacéis los emparedados en Australia, ¿eh?

—Supongo que sí. ¿Los continentales son distintos?

—Un día de éstos te haré unos —le aseguró— y podrás comprobarlo por ti misma.

Se comió otro pensativo, paladeando los sabores del país. Luego tomaron fruta, y Fay se puso a leer *Anna* otro rato mientras Rudi contemplaba los alrededores, tomándoles las medidas a las jóvenes y haciendo apuntes mentales sobre el comportamiento de las familias más cercanas.

Estaba convencido de que el siguiente capítulo de la historia de la vida de Fay contenía detalles que quizá a ella le avergonzara divulgar, porque si alguna vez había existido una chica que hubiera caído, según los códigos de la época y del lugar, en desgracia, por inadvertido que hubiera sido el caso, entonces Fay tenía todas las papeletas de ser esa chica. El asunto estaba en obtener los detalles de la manera más rápida e indolora posible para darle confianza y pasar deprisa a la conclusión del relato, que cabía esperar que ya no tardara en llegar. Luego, tras hacerle un resumen algo censurado de sus propios amoríos, por fin podría empezar a preparar el terreno para una posible propuesta de matrimonio. ¡Qué de tiempo llevaban todas esas cosas!

—Por cierto, me he decidido por los barrios del este —comentó—. La orilla norte es muy bonita, pero queda demasiado lejos. Y en este lado hay más bullicio, tienes más la sensación de ciudad que en los barrios residenciales. Así que esta semana voy a buscar muy en serio un piso... Preferiría Bellevue Hill, pero es demasiado caro; a lo mejor pruebo por Rose Bay o Vacluse. ¿Qué te parece?

—Pues... son todos muy bonitos —dijo asombrada Fay.

Rudi hablaba de la parte más chic de los barrios del este; aunque, en fin, él había anunciado su intención de ganar mucho dinero, y tal vez pensara empezar ya. Ay, pero cuántos miedos la atenazaban. Allí estaba ella, con un hombre extraordinario, muy amable, comprensivo, divertido y además atractivo, y por si fuera poco empeñado en hacerse rico, y seguía siendo un auténtico misterio por qué se sentía atraído por ella; pero la historia estaba en que pronto —pues sabía con seguridad que no sería capaz de ocultárselo— él sabría lo del señor Marlow y lo del señor Green, y seguramente ahí acabaría todo. En medio de la sensación de dicha que las atenciones de Rudi le suscitaban, sintió de pronto una punzada penetrante de miedo. «He echado a perder mi vida», pensó, y bajó el libro y se quedó mirando el mar.

—¿En qué piensas?

—No, en nada —dijo triste Fay.

—Esta noche, cuando vayamos a cenar..., porque podemos ir si estás libre..., ¿sí? Bien..., tienes que contarme el resto de tu historia. ¿O prefieres contármela ahora?

—No, mejor espero a esta noche. —«Será más fácil con un par de copas», se dijo Fay.

—Y después me tocará a mí contarte mi propio pasado desgraciado. ¡Seguramente preferirás no haberme conocido cuando te lo cuente!

Fay lo miró con incertidumbre, y luego se sonrieron. Rudi se inclinó para darle un beso en la mejilla, y ella comprendió de pronto que todo saldría bien.

—Es hora de darse otro baño. ¡Vente!

Patty abrió los ojos al nuevo día y, al recordar, la invadió la desesperación. Habría dado lo que fuera por no moverse de ahí nunca más. Pero no era una posibilidad, debía seguir adelante como fuera; al menos volvía a ser lunes y sus quehaceres eran sencillos, no tenía por delante temibles hectáreas de vacío por rellenar: era hora de levantarse y arreglarse para ir al trabajo. Se incorporó y dejó la cama, pero, en cuanto pisó el suelo, la embargó una extraña sensación, unas náuseas tremendas, y se quedó incorporada muy recta hasta que se le pasó. A continuación se puso de pie con mucho cuidado y fue al baño.

Consiguió asearse y vestirse, pero, poco después de meter el pan en la tostadora, sintió que volvía a invadirla esa horrible sensación de asco, y esa vez fue tal la virulencia que tuvo que salir corriendo al baño y vomitar. «Ay, cielos —pensó—, ¿qué me está pasando? No puede ser. Será por algo que comí ayer en Manly. La empanada de carne, ha tenido que ser eso. Sabía que no me sentaría bien.»

Ya en Goode's, siguió con una fuerte sensación de mareo en medio de aquella segunda semana de rebajas a todo trapo. «Debería ir a ver los bañadores en la pausa de comer —pensó—. Y quizá también comprarme algo nuevo, como no deja de decirme Joy. Darme un capricho.» Pero tenía tan mal cuerpo y se sentía tan débil que cuando le tocó bajar a comer lo único que pudo hacer fue refugiarse en el comedor. Fay no la acompañó.

—Me voy a cambiar y luego voy ver las cosas rebajadas —dijo muy animada—. ¡Necesito ropa nueva!

«Di que sí —pensó Patty amargada—, a la ocasión la pintan calva.» Se sentía como un trapo allí, en el comedor, con su taza de té y su emparedado de ensaladilla de patata al que sólo le había dado un bocado.

—¿No comes? ¡Eso no es bueno! —chilló una voz aguda, y su dueña se sentó de pronto en la silla de al lado.

—Ay, Paula, hola —la saludó con desgana.

—¿Qué tal el camión? —le preguntó la otra dependienta con una mueca burlona e insinuante.

Patty intentó sonreír.

—Ah, muy bien. Es muy bonito. Tendría que haberme comprado dos.

—Sí, te lo dije. Ya los he vendido todos, así que llegas tarde. Aun así, dentro de dos semanas nos llega género nuevo, acércate y me haces otra visita, a lo mejor ves algo igual de bonito.

—Sí, ya me acercaré.

Estaba desesperada. La pregunta de Paula y la conversación que había seguido eran un horrible recordatorio de la situación en la que se encontraba y de su preludio. Pero de pronto se le encendió una bombilla muy brillante en la cabeza: no se le había ocurrido pensar que la noche del camión negro y la desaparición de Frank, habiendo sucedido una cosa tras la otra, podían estar relacionadas entre sí de algún modo.

Se abrió ante ella un amplio terreno de especulación, aunque no sabía ni por dónde empezar. Era la primera vez que tenía que pensar en esos términos y no sabía cómo proceder; lo único que tenía claro era que se le había revelado la posibilidad de una conexión, y que, si conseguía establecerla, tal vez dedujera el motivo de la desaparición de Frank. Pero toda posibilidad de profundizar en la idea fue desbaratada por Paula, que siguió charlando animadamente hasta que Patty tuvo que volver a Cóctel. El desierto ardiente de la larga tarde se extendía ahora ante ella.

Poco después de las tres, Lisa reparó en un hombre con aspecto castigado que merodeaba por los márgenes de la sección de Cóctel, y se fijó especialmente en él por tres razones muy buenas, esto es: en primer lugar, era extremadamente raro ver a un hombre (más allá del señor Ryder) en aquella planta; en segundo lugar, en caso de ver a un hombre (que no fuera el jefe de planta), sería alguien de estilo más *dandy*, y en tercer lugar éste hombre parecía más uno de esos extraños bípedos que se veían en las inmediaciones del hotel Australia en la semana de la Feria de la Oveja. «¿Debería preguntarle qué desea? —pensó—. Se habrá perdido.»

Fay se fijó también en él justo entonces.

—Caray, mira a ése —le dijo en un murmullo a Lisa—, ¿de dónde se habrá escapado?

Ambas soltaron una risita, sonido que alertó a Jacobs.

—Vosotras dos, haced el favor de reservar esas risas para después. No veo qué puede tener de graciosa la planta. ¿No tenéis nada mejor que hacer? Patty está allí encargándose de guardarlo todo. Podrías ir a ayudarla mientras no haya clientas.

Las dos jóvenes dieron media vuelta para acatar las órdenes, pero en ese momento una clienta se acercó y Fay se quedó en la caja para cobrarle. Lisa, por su parte, dio un paso hacia el perchero donde Patty estaba colocando unos vestidos que alguien se había probado y había desechado, pero justo entonces el hombre, a quien Lisa había logrado (tal era su intriga) no perder de vista en todo el tiempo, empezó a acercarse. Parecía querer abordarla a ella —¡qué raro!—, tal vez sí que necesitaba ayuda; quizá quería comprarle un vestido a su mujer e iba a pedirle consejo, y le había costado reunir el valor para hacerlo. Conforme se acercó al perchero, Patty, que estaba de espaldas a los dos, a su compañera y al extraño hombre de aspecto castigado, se volvió.

En cuanto lo hizo —ciertamente Patty tenía la cara muy pálida, hasta Lisa lo había notado—, se cayó redonda al suelo, dándose un porrazo tan fuerte que Lisa pegó un brinco del susto.

—¡Ah, se ha desmayado! —exclamó la joven.

Y fue tal su conmoción que incluso se echó a temblar. Ay, pero ¿qué podía hacer? Allí estaba Patty, tendida en el suelo con su vestido negro, más blanca que una pared, con los trajes de cóctel que llevaba antes sobre el brazo revoleando a su alrededor. Y lo más asombroso de todo era que,

entretanto, aquel absurdo hombre seguía allí plantado, sin hacer nada, salvo mirar de hito en hito a Patty.

—Se ha desmayado —le repitió al hombre—. Voy a ir a pedir ayuda.

—Es mi mujer —afirmó éste.

Lisa se quedó mirándolo. Válgame el cielo, ¿qué estaba pasando, si podía saberse?

—Voy a ir a llamar a la señorita Jacobs, ella sabrá que hacer. —Cuando la encontró, le dijo—: Williams se ha desmayado.

Jacobs lanzó las manos al cielo.

—Ve a avisar al señor Ryder, que llame a la enfermera.

Acto seguido fue corriendo a examinar a su compañera, y fue entonces cuando vio al hombre.

—Si no le importa —le dijo con un punto de sarcasmo, muy digna—, tengo que asistir a esta señora que se ha desmayado.

—Es mi mujer —repitió Frank.

—Santa Madre de Dios. Bueno, entonces es una suerte que esté usted aquí... por mucho que no debiera. Va a necesitar que alguien la acompañe a casa. Viene una enfermera de camino. ¿Ha estado indispuesta últimamente?

—No lo sé. Yo he estado fuera.

—¿Ah, sí? Entiendo —dijo Jacobs frunciendo los labios.

Magda apareció en ese momento, como el águila en la fábula en el gallinero; había presenciado gran parte de lo sucedido.

—Yo tengo sales volátiles. ¡No hay nada igual!

Una ampolla se materializó en su mano. Jacobs, tras recoger y colgar los vestidos de cóctel caídos, le aflojó la ropa a Patty hasta donde permitía la decencia, y la incorporó pasando un brazo por sus hombros. Magda le puso entonces las sales bajo la nariz y Patty abrió los ojos y se irguió con una gran sacudida.

La primera visión que tuvo al despertar fue la de Frank, y se quedó mirándolo durante unos segundos horrorosos. Luego habló:

—Vete al infierno —dijo.

—Por favor, acabas de tener una conmoción, es mejor que no hables —le pidió Jacobs a Patty—. Ya viene la enfermera. No te encuentras bien. —Luego le dijo a Frank—: Tal vez sea mejor que espere usted en otra parte. Vaya a la escalera de incendios, lo mandaré llamar cuando pueda llevársela a casa.

—Dígale que se vaya al infierno.

—Vamos, vamos...

Frank por fin abrió la boca y habló.

—Ya he estado en el infierno y acabo de volver. Pero no tengo las llaves. Sólo he venido a pedirte las llaves de casa.

—Ay, Dios mío, ay, Señor, Señor. Debería haberlo imaginado —dijo Patty, que se echó a

llorar.

La enfermera acababa de llegar.

—¿Qué es todo esto? Déjenme ver a la paciente.

Se puso a tomarle el pulso a Patty y a hacerle preguntas. Frank se quedó rondando por la puerta que daba a la escalera de incendios.

—Si su marido está aquí, será mejor que se vaya a casa. Pero haga el favor de ir a ver a su médico si sigue sintiéndose mareada esta noche. Que alguien la acompañe a los vestuarios mientras se cambia.

Lisa se encargó de esta ingrata tarea y, para cuando volvió a Cóctel, todo había vuelto a la normalidad; la Cartright había conseguido mantener el fuerte y les había dicho a sus subordinadas que podían volver a llamarla si se veían faltas de personal en ausencia de Williams.

—Con suerte estará de vuelta mañana. Seguramente haya sido sólo el calor y no haber almorzado como es debido. Yo siempre se lo digo, niñas, pero no me hacen caso. ¡Hay que almorzar como es debido!

Se alejó en un remolino de rayas negras y blancas. «Qué poco propio de Williams —iba pensando—. ¡Marearse en medio de la segunda planta! ¡No puede ser! De todas formas, ese es uno de los efectos de las rebajas: ¡no veo la hora de que termine la semana, de verdad!»

—Patty Williams se ha desmayado esta tarde.

—¡Cielo santo! ¿Cómo?, ¿en Goode's?

—Sí, en medio de Cóctel. Y estaba también su marido.

—¿Su marido? Pero ¿qué hacía allí? —preguntó atónita la señora Miles.

—No lo sé. Fay y yo tuvimos que encargarnos de la sección mientras Jacobs estaba con Patty y la enfermera, así que no nos hemos enterado de qué ha pasado. Yo lo único que sé es...

Relató los acontecimientos tal y como los había presenciado.

—Pues no sé, me suena todo muy raro. Qué cosas, aparecer allí de esa manera. Y luego, que ella se desmaye. Válgame Dios. Tú no te vayas a desmayar, ¿eh? ¿Almuerzas como es debido cuando se te olvida llevarte los emparedados? Prométemelo. Ya ves lo que puede pasarte si no. A su edad ya podría saberlo. Pobrecilla. ¿Por qué no habrá tenido críos?

—¡Deberías ver al marido!

—Vamos a ver, Lesley, ¿qué sabes tú de esas cosas?

—Que es un auténtico zoquete.

—Como muchos hombres, pero eso no les impide ser padres.

En cuanto salió el tema de los padres, se les apareció el del futuro de Lisa, que estaba relacionado; difícilmente podían rehuirlo ya. Atrás quedaban las distracciones de la Navidad y del Año Nuevo, y casi alcanzaban a ver el destino de la joven: a finales de esa semana publicarían las notas de la reválida. Aparecerían en las ediciones del sábado del *Herald* y del *Telegraph*, aunque gran parte de los examinados irían a verlas en las planchas de prueba de las primeras ediciones, pues se colgarían a tal efecto a las puertas de la sede del periódico a última hora del viernes. Cabría pensar que el padre de Lisa, que tendría acceso a esa información incluso antes, podría pasársela a lo largo del día, pero el tema de las notas era tan delicado —por no hablar de la ambición prohibida que de ellas dependía— que no habían vuelto a hablar del asunto en su presencia. Y él tampoco había mostrado interés alguno.

—Supongo que irás el viernes por la noche al *Herald* para ver las notas —dijo su madre como si tal cosa.

—Ah, sí, seguramente —corroboró Lisa con el mismo aire de despreocupación—. Puede que me acerque.

La madre no vio otra salida que aludir directamente a la cuestión que era ya tan inminente.

—Si sacas muy buenas notas y estás convencida de que te concederán la beca, entonces creo

que lo mejor será dejar que tu padre lo asimile durante unos días. Sé que está empeñado en que no vayas a la universidad, pero aun así creo que es buena idea dejarlo a su ritmo. Queda tiempo de sobra para intentar convencerlo antes de que tengas que matricularte.

—Sí, bueno, supongo —dijo apenada Lisa.

Apenas lograba soportar la idea de más esperas, de más incertidumbre.

—De todas formas, todavía quedan unas semanas hasta que anuncien la lista de las becas. Tú dale tiempo. Puedes esperar.

—Y si no saco buenas notas, ya no habrá de qué preocuparse.

—No, pero eso no va a pasar. —Y lo sabía a ciencia cierta, lo sentía en los huesos—. No te preocupes, Lesley. ¡Lisa! Todo saldrá bien, ya verás. Tú asegúrate solamente de comer en condiciones. Un almuerzo y no te desmayes como esa Williams. ¿Qué era eso que querías que comprara para tus bocadillos, lo que comiste en casa de Magda? ¿Salami? Bueno, a ver si lo encuentro. Puede que tengan en alguna tienda de Chatswood. Mañana echaré un vistazo. Salami. Voy a apuntarlo antes de que se me olvide.

Patty y Frank fueron en taxi hasta su casa de Randwick, ambos codo con codo en el asiento trasero, en absoluto silencio. Al llegar ella sacó la llave de la puerta y atravesaron el umbral. Él la siguió hasta la cocina y se sentó con cara de circunstancias en una silla, mientras ella rellenaba el hervidor eléctrico y lo encendía. A la espera de que hirviese, estudió el gracioso dibujo de la lata de Billy Tea, de un hombre tomándose una taza de té con un canguro. Era una pareja mejor avenida que la de ella y su marido, saltaba a la vista. Aquella reflexión casi la hizo reír, y medio comprendió que toda aquella situación era casi graciosa.

—¿Dónde has estado? —le preguntó con bastante serenidad.

—En Wagga —contestó él.

Patty se quedó pensando unos instantes.

—¿En Wagga? ¡¿En Wagga?!

—Phil O’Connell, el que trabajaba conmigo en Wonda, heredó un dinero y se compró allí un pub, ¿te acuerdas? Al principio se pasaba el día diciéndome que fuera a verlo. Así que fui a echar un vistazo. Estuve echándole una mano en Navidad y Año Nuevo... Hay mucho trabajo extra en esos días.

—Y, por supuesto, ni se te pasó por la cabeza avisarme, total, sólo soy tu mujer, ¿por qué iba a preocuparme, no? No iba a preguntarme qué había pasado ni nada de eso, claro. No iba a tener que estar contando mentiras a Revestimientos Wonda ni a pasarme dos semanas hecha polvo y con náuseas continuas para que luego te presentaras de esa manera en Goode’s, que no sé ni cómo voy a volver a asomar la cara por allí. Supongo que te quedaste sin camisas limpias, ¿no? Pues a partir de ahora te vas a ocupar tú de tus dichosas camisas. ¡Yo ya estoy harta! —Acto seguido, se echó a llorar y se fue corriendo a su dormitorio.

Frank la siguió y se quedó en el umbral preguntándose qué hacer. Ella estaba tendida en la cama, llorando, con la cara contra la almohada. Por fin se decidió a acercarse y se dejó caer con todo su peso en un lateral. Le puso la mano en el hombro.

—Lo siento, no me paré a pensar nada de eso.

—Pues entonces eres tonto. ¡Un tonto y un egoísta! —gritó Patty.

—Sí, es posible que tengas razón. Lo he sido. —Se quedó unos instantes reflexionando—. Debería haberlo pensado, tenía la cabeza en otra parte.

—¿Como por ejemplo?

—No sé... Yo sólo pensaba que..., en fin..., que después de aquella noche, ¿sabes?, que no

querías volver a verme... O al menos por un tiempo.

—¡Que tú pensabas...! Conque eso pensabas, ¿eh? Eso es mentira, ¡más bien será que tú no querías verme a mí!

Y fue decirlo y saber que era cierto, y no lo había sabido hasta entonces, ni siquiera lo había sospechado: le había venido a la cabeza de golpe, conforme Frank hablaba. Éste se quedó con la vista clavada en el suelo y ella pudo ver la vergüenza y la confusión en su cara. No sintió ni ternura ni compasión, más bien una especie de resignación. Ay, Dios, su madre tenía razón: los hombres eran unos críos que no se entendían ni ellos mismos, eran incapaces. De pronto Frank la miró.

—Te compensaré, te lo prometo.

—Ya, claro. Eso ya lo veremos...

Y de pronto el futuro se le antojó, por primera vez en muchos años, interesante. Se incorporó en la cama.

—Qué hambre tengo. ¿Podrías ir al local de la esquina y comprar pescado con patatas fritas? Mientras llamaré a mi madre, que la has tenido muy preocupada. Y no tardes, que me muero de hambre.

—De verdad, Joy, yo no le veo la gracia, Patty tiene que estar...

—Vamos, Dawn, por lo que más quieras, no me cuentes historias. ¡Es lo más divertido que he oído en años! Frank se larga sin decir ni pío y luego aparece dos semanas después en medio de Cóctel, en pleno Goode's, porque ha perdido las llaves de casa..., ¡no tiene precio! ¡Espera a que se lo cuente a Dave!

—No hace falta que lo conviertas todo en una comedia, Joy. Si te hubiera pasado a ti, no te haría tanta gracia. ¿No has pensado en algún momento en lo mal que lo ha pasado Patty?

—Patty lo que es es tonta. Aunque, bueno, a lo mejor de ésta aprende. Ya es hora de que espabile. ¡Yo no le habría dejado volver ni por todo el oro del mundo!

—Vale, muy bien, pero es que tú no eres Patty, es lo que te estaba diciendo. Lo cual me recuerda, ¿tú cómo la viste el domingo? ¿A ti te parecía enferma o algo? No sé, es que no es propio de ella desmayarse de esa manera. Dice que hoy no va a ir a trabajar, que no está bien del todo. Va a ir al médico. No me gusta.

—Bah, está perfectamente, el domingo estaba como siempre, no dijo ni hizo mucho, se pasó el rato leyendo el periódico en la playa y poco más. Ahora que ha vuelto Frank seguro que mejora, ja, ja, ja.

—Bueno, a lo mejor se toma un descanso, pide una baja, no le vendría mal desconectar un poco. Lo ha pasado mal, necesita un respiro. Pero hazme el favor de tener cuidado con lo que dices cuando hables con ella, no tiene el mismo sentido del humor que tú.

—Sí, y ése es su problema, ¿no te parece? En fin, quizá aprenda algo. Más le vale, si piensa seguir con Frank... Madre mía, menuda historia. ¡Que no tenía las llaves! ¡Ojalá eso fuera lo único que no tiene!

—De verdad, Joy, mira que eres mala.

La Cartright llegó como una exhalación a Cóctel y, tras lanzar una mirada experta por los artículos rebajados que quedaban en el perchero, le hizo señas a Lisa de que se acercara.

—Acabamos de tener noticias de Williams —le contó—. Ayer fue al médico, y resulta que va a estar de baja lo que queda de semana y la que viene. Ya sabes que en teoría ésta era tu última semana con nosotras, pero sería de gran ayuda si pudieras venir la que viene para cubrir a

Williams, porque, aunque gracias a Dios las rebajas terminan esta semana, habrá mucha tarea la que viene, con la llegada del género nuevo. Tendrás que trabajar como una mula. ¿Te apuntas?

—Caramba —dijo Lisa encantada—, ¡por supuesto!

—De perlas. Entonces ya está hablado. Yo también os ayudaré aquí esta semana si veis que os hace falta. Voy a hablar con la señorita Jacobs para que sepamos todas en qué punto estamos. — Dicho esto, se fue tal como había venido.

Lisa no pudo esperar hasta la hora de comer: atravesó corriendo la alfombra y entró en la caverna de luces rosadas de Alta Costura.

—¡Magda! —la llamó en un susurro apremiante—. ¿Sigues aquí?

La eslovena supo al instante de qué hablaba.

—Sí, aquí sigue.

—Pues ya está vendido —dijo Lisa.

—Muy bien, te lo aparto.

La joven regresó en la pausa de comer después de cambiarse.

—Vaya, mademoiselle Miles —dijo Magda radiante—. Ha venido a recoger su vestido, ¿verdad? Ya lo tiene listo..., ¿quiere que se lo guarde en una caja o prefiere volver a probárselo?

—Ay, Magda, lo siento, no voy a poder llevármelo hoy, no tengo el dinero aquí. Y hasta dentro de una semana no lo tendré todo..., es que voy a trabajar unos días más para cubrir a Patty Williams, que está de baja.

—Ah, vale, entiendo. Bueno, no es una práctica habitual, pero por una clienta tan distinguida haré una excepción. Lo guardaré en el armario de los arreglos hasta la semana que viene. Ah, por cierto... —Cogió de la percha acolchada el Lisette, la susurrante fantasía blanca y moteada de escarlata de mujer en ciernes, y la sacudió para que una vez más los volantes flotasen y cayeran con un suspirito—. Esta mañana ha pasado por aquí la señorita Cartright. Hemos vuelto a rebajar todos los vestidos blancos, éste y otros dos. Con el descuento de personal ahora te queda en treinta y cinco guineas. Está regalado.

—Ah, ¡qué maravillosa noticia!

Lisa contó mentalmente el contenido de su hucha: cuando pagara el Lisette, hasta le quedaría algo de calderilla.

—¿Jánosi? —preguntó Myra—. ¿Cómo se escribe? —Fay se lo deletreó—. Bueno, habrá que acostumbrarse... Aunque podría cambiárselo, ¿sabes? Muchos lo hacen.

—Rudi nunca haría algo así. Dice que lo mejor que uno puede hacer cuando tiene alguna peculiaridad es reconocerla sin reparos.

—Ah, ¿eso dice? Bueno, supongo que puede verse así, sobre todo si uno es insensible a las críticas.

Fay torció el gesto.

—Rudi es el hombre más sensible que he conocido en mi vida.

—Vale, no te sulfures —replicó Myra—. No pretendía ofender, es sólo que creo que... —Dejó la frase sin terminar y se quedó mirando con ojos desencajados más allá del hombro derecho de su amiga.

Estaban tomándose un café helado en el Repin's, y luego Fay había quedado con Rudi y Myra tenía que irse al club. ¿Qué pensaba esta última? Era difícil de formular y más aún de expresar. Se encontraba en un estado de conmoción moderada, ni más ni menos. ¡Fay cayendo rendida a los pies de un refugiado húngaro con un apellido impronunciable a quien ella no conocía aún y de cuyos motivos recelaba funestamente! ¿Qué andaba él buscando? Aquello iba a acabar mal, ¡no le cabía la menor duda! Y el único obstáculo entre su amiga y una catástrofe sin igual era ella, Myra. Pero ¿cómo iba a salvar a esa necia criatura cuando no era capaz de oír una sola crítica de su Rudi Jánosi..., cuando tenía unas estrellas en los ojos que la cegaban? «Ay, Dios, dame fuerza —pensó—. ¿Qué puedo hacer?»

—¿Qué me dices? —preguntó Fay.

—Ay, no sé... Es sólo que..., en fin, lo conoces desde hace muy poco, en realidad no sabes nada sobre él... No... no quiero que te hagan daño.

—Prefiero que me haga daño Rudi que los tipos con los que salía antes.

Myra sintió la tentación de tomárselo por lo personal, al fin y al cabo, esos tipos eran su tipo. Pero fue justa: entendía las razones de Fay, por mucho que no quisiera mostrarse de acuerdo.

—Por lo menos, con un australiano una sabe a qué se atiene —refunfuñó.

—Puede ser, pero tampoco le veo la gracia si eso no es lo que tú quieres. Por lo menos con un europeo te atienes a algo nuevo.

—Sí, pero también podría ser peligroso. Podrían hacerte daño.

Estaban dando vueltas en círculo, no tenía sentido. Pero ¿qué le había pasado a Fay en diez

días de nada?

—Sí, es posible, y podría ser peligroso. Pero la vida es peligrosa.

Dios mío de mi vida, ¡«la vida es peligrosa»!, ¿de dónde se había sacado eso?

—Deberías oír alguna de las historias de Rudi, así lo comprenderías. Aquí vivimos en una burbuja. Eso dice él, que no sabemos la suerte que tenemos.

—Ya, y él sí que lo sabe.

—Claro que sí, reconoce que tiene mucha suerte, no para de decirlo.

Myra se sintió de pronto indefensa y decidió rendirse.

—¿Estás enamorada de él?

—Sí, creo que sí. —Fay sonrió: todavía no se había atrevido a decírselo ni a sí misma, y expresarlo en esos momentos en voz alta abrió una pesada puerta que había ocultado un gran jardín soleado al que de pronto se le permitía el paso—. ¡Pero no se lo digas a nadie! Es nuestro secreto, ¿vale? Porque eres mi mejor amiga.

—¡Y tanto que lo soy!

«Ay, Dios —se dijo Myra—, espero que esta vez le salga bien. La pobre ha tenido muy mala suerte hasta ahora. Por favor, que esto le salga bien, aunque sea con un europeo.» Cruzó con fuerza los dedos de la mano que no le veía Fay.

Esa mañana era Lisa la que estaba con náuseas porque ese día precedía a la noche en que sabría lo mal o lo bien que le había ido en la reválida. Tenía por delante una jornada de trabajo en Goode's y unas cuantas horas libres —iría al cine— antes de acercarse al *Herald* o al *Telegraph* para enfrentarse a lo que viniera. La barriga estaba ya jugándole malas pasadas de la inquietud que sentía.

—No me entra nada —le dijo a su madre, y por una vez ésta no le insistió para que comiera.

Justo cuando el señor Miles llegaba a su puesto en la sala de composición a última hora de la tarde, uno de sus compañeros le salió al encuentro.

—Oye, Ed, ¿tú no tenías una hija que hizo la reválida? Acaban de terminar de publicar las notas. Ve a echar un vistazo y acaba con el sufrimiento de la cría.

Ed Miles estaba de malhumor.

—Qué va, que se quede con la intriga. Fue ella la que quiso examinarse. Yo le dije que era una pérdida de tiempo, pero su madre y ella no hacen caso de nada. No tengo tiempo para andar mirando notas, tengo cosas que hacer.

—Venga, hombre, no seas cenizo. Es un gran día para ella. ¿A qué instituto iba?

Miles le dio el dato a regañadientes. El compañero volvió a los cinco minutos.

—Oye, Ed, tu hija se llama Lesley, ¿no? Bien, pues no te lo pierdas.

Tenía un papel en la mano y leyó una lista de notas que hasta Miles comprendió que era muy impresionante. Hubo un silencio breve mientras, a todas luces, el padre parecía seguir con su trabajo. Por fin dijo algo.

—No está mal, ¿no? Gracias.

—Ostras, Ed, eres un témpano. Está de maravilla, eso es lo que está. Deberías celebrarlo.

—Pues no, tengo trabajo que hacer, así que déjame seguir con la tarea.

—Caray, qué hombre. Tú mismo.

El compañero se alejó y agasajó al resto de la plantilla con el relato de la flema de Miles ante la brillantez de su hija.

El redactor jefe del turno de noche entró en la sala con su pachorra habitual y se acercó a Ed Miles.

—Me han contado que tu hija se ha portado como una campeona. ¡Enhorabuena! ¡Qué noticia

tan estupenda! Supongo que el curso que viene irá a la universidad. Debes de estar orgulloso.

—Pues yo qué sé. Yo de universidades no sé nada.

—¡Claro que sí, hombre! —exclamó el redactor—. No puede desperdiciar una cabeza como ésa. Se lo pasará en grande, y dile que venga a vernos cuando quiera hacer unas prácticas..., con matrícula de honor en lengua seguro que sabe escribir bien. Sí, la universidad es lo suyo... Yo tengo a los dos míos estudiando ya, y se lo están pasando en grande. Díselo de mi parte, que con su edad es lo mejor que puede hacer.

Se alejó con la misma pachorra. Llegó un momento en que el señor Miles se hartó hasta tal punto de que sus compañeros se acercaran a estrecharle la mano y felicitarlo por su hija que cedió a sus irritantes expectativas y fue a llamar a su casa. Por supuesto, la niña no estaba; habló con su mujer.

—He pensado que quizá quieras saber las notas de Lesley, si tienes curiosidad. Las tengo aquí. Cuando se las leyó, la mujer ahogó un grito y se echó a llorar.

—Es el día más feliz de mi vida. ¿Podrías salir hoy antes? No creo que tarde en llegar.

—No puedo, la verdad. Mañana os veo. Tengo que dejarte.

Colgó.

Lisa pensó en llamar a su madre, pero había tanta gente haciendo cola con la misma intención en las cabinas más cercanas que se dijo que casi le llevaría el mismo tiempo que correr a casa y contárselo en persona. Se encontró entonces con unas compañeras de su instituto y se pusieron todas a pegar botes y a chillar como locas por unos instantes; luego fueron haciendo cabriolas por la calle, rumbo al centro y a la estación de Wynyard, mientras charlaban sin orden ni concierto sobre sus futuros, que para cuando llegaron a la estación habían cobrado tintes fantásticos: la vida universitaria acababa de empezar.

La señora Miles fue corriendo a la puerta cuando oyó que su hija la abría.

—¡Mamá! —gritó Lisa con los ojos llenos de luz.

—Lo sé... —dijo la madre—. Ha llamado tu padre.

—Caramba, ¿y qué ha dicho?

—No mucho, pero ya sabes cómo es. Creo que está conmocionado, si no, no habría llamado. Lo que dijimos, déjalo unos días, que lo asimile. Mañana lo verás. Pero no lo presiones, deja que le cale la noticia. Ay, Lesley, ¡es el día más feliz de mi vida!

—Y el mío, ¡de momento!

Ambas rieron, se abrazaron y se echaron a llorar, para luego bailar una jiga, y después la madre preparó un vaso de leche con cacao, porque Lisa tenía que levantarse temprano para ir a trabajar, con o sin notas, y no era cuestión de andar durmiendo poco, ¿verdad?

Patty se dejó caer en la cama sin hacer y se quedó tumbada boca arriba, agotada. Era la sexta mañana seguida que se levantaba con mareos y al poco tenía que salir corriendo al cuarto de baño para vomitar. También era un dato importante que tenía un retraso de dos semanas. La posibilidad que era inevitable que se planteara era, pese a todo, demasiado inesperada, y, a la vista de los recientes acontecimientos, llegaba en el peor momento; era para pensarlo bien. Pero ¿no sería propio de la vida?, se decía, que hubiera pasado justo entonces, cuando su marido... Ay, Frank. Allí lo tenía.

Estaba plantado en el umbral, con su cara de profundo bochorno. Desde que había vuelto andaba con pies de plomo, rodeado de un aura de circunspección aterrada, y por lo que a Patty respectaba así podía quedarse. En lo que a Revestimientos Wonda concernía, su deserción no había salido a la luz, y había vuelto a trabajar tras padecer un mal semificticio con un nombre en latín que echaba para atrás.

—Has tenido una suerte tremenda. Cualquier otro médico habría dejado que te atuvieras a las consecuencias.

—Lo sé, lo sé, no creas que no lo agradezco.

—Pues a ver si lo demuestras. —Aún no tenía intención de parar de apretarle las tuercas, si es que llegaba ese momento.

—¿Estás bien? —le preguntó él desde la puerta.

—No, estoy fatal. —Y era cierto.

—¿Quieres una taza de té?

—Sí, tráemela aquí. No me apetece levantarme todavía. No tengo fuerzas. Y échale un poco de azúcar.

Se tumbó en la cama y se quedó mirando el techo. Frank regresó al rato con una bandeja con el té, y aquella visión estuvo a punto de derretirle el corazón a Patty. El pobre diablo estaba intentándolo, no cabía duda: había buscado un pañito y había puesto encima la tetera, una jarrita con leche y los terrones de azúcar —¿cómo los habría encontrado?— en un cuenco a juego. Y había sacado las pinzas del azucarero del fondo del cajón de los cubiertos. Recordaba a las refinadas bandejas de té de antaño. Madre mía. Patty se incorporó en el sitio.

—Qué detalle. Podría acostumbrarme a estas cosas —le dijo, y se incorporó para darle un sorbo al té.

—Cuando viste al médico, ¿le contaste lo de las náuseas por la mañana? —le preguntó él.

—Podría ser. Pero eso es cosa mía y del médico.

En realidad, de eso no le había contado nada al médico, a quien por lo demás no le había costado convencer para que le extendiera un parte de baja por enfermedad, a la vista de las tribulaciones que había padecido en los últimos tiempos y que con tanta valentía había afrontado.

—Bueno, pero ¿qué te dijo?

—¿Y a ti qué te importa?

—¡Pero, mujer! —exclamó Frank, que se puso en pie de un salto y a punto estuvo de volcar la bandeja del té—, claro que me importa. ¡Me importa y mucho! ¡Yo también vivo aquí! Soy tu marido. Todavía no me has echado de la casa. Sé que no valgo para mucho, y que soy un imbécil..., bueno, bastante tonto. Yo nunca aprobé un examen. Tú no has tenido que pasarlo mal, tú te criaste en un hogar en condiciones. Tú no sabes cómo son las cosas para algunos. Hago lo que puedo aunque no dé la talla, diablos. Aunque una cosa sí que sé: te dije que te compensaría y lo haré, pero tengo que saber qué está pasando. Has estado con náuseas todas las mañanas desde que llegué. ¿Estás embarazada?

Patty se quedó impresionada. Dejó la taza en la bandeja. Era el discurso más largo que había hecho Frank en su vida; no acertaba ni a empezar a asimilarlo. Y, una vez pronunciada la palabra, una vez la idea había adquirido forma real, de pronto se sintió avergonzada, cohibida y, al mismo tiempo, rebosante de alegría. Pues era realmente posible, por mucho que estuviera ocurriendo en el peor momento. Y, por extraño que parezca, aquellos sentimientos le recordaron a aquella noche, a la saturnal que precedió a la extraña escapada de Frank. Sintió de repente que el mundo secreto al que había accedido entonces tal vez no estuviese del todo perdido, ni escondido ni prohibido. Miró a su marido a la cara y atisbó en sus ojos una expresión de súplica y desconcierto que no le había visto antes y que tenía claro que ella nunca había suscitado: tuvo la repentina sensación de que también él estaba recordando esa noche, se estaba atreviendo a rememorar, aunque lo hiciera de forma tímida, el reino de intimidad mudo e inimaginable en que habían entrado más o menos por accidente, y cuya extrañeza le había aterrado hasta tal punto que se había quitado de en medio en el acto.

Frank se acercó y se sentó una vez más en la cama.

—Por favor, dímelo, necesito saberlo, tengo derecho a saberlo, ¿no?

—Sí, supongo que sí. El caso es que no estoy segura. Podría ser que sí o podría ser que no. Y todavía es pronto para saberlo a ciencia cierta, eso sí que lo sé. Pero, si sigo así, iré al médico dentro de un par de semanas y entonces lo sabremos. Eso es todo lo que puedo decirte de momento.

Frank se quedó callado y Patty vio con sorpresa que le asomaban lágrimas a los ojos. También ella enmudeció, y luego le tocó la mano.

—De momento será nuestro secreto, ¿vale? No digas nada.

—Lo que tú quieras —dijo él con voz ronca.

Acto seguido cogió la taza de Patty, la puso en la bandeja y lo dejó todo en el suelo. Se echó al

lado de ella y empezó a acariciarla, y la entrada al reino secreto, mudo e inimaginable, volvió a abrirse de par en par ante ellos.

Magda estaba montando guardia a las puertas del vestuario de empleados.

—¡Lisa! —gritó—. Espero que también te llames Lesley, porque tu madre acaba de llamar por teléfono. Mi joven amiga, ¡qué día más feliz! —Dicho esto, le plantó un gran beso en cada mejilla y la cogió de las manos, radiante de felicidad—. ¡Ahora tienes por delante un futuro tan brillante como el sol que nos ilumina! —exclamó.

Fay entró en ese momento, con bastante retraso. Así y todo, se detuvo al oír aquellas palabras.

—¿Cómo? ¿Se ha prometido? —preguntó.

—¡Quita, quita! ¿A su edad? Dios no lo quiera. No..., ¿es que no has visto el periódico? Ha obtenido unas notas extraordinarias en la reválida. *Mon Dieu!* Matrícula de honor, cuatro sobresalientes y un notable, para no ser tan repelente... ¡Qué buena chica es! ¡Qué alegría nos hemos llevado Stefan y yo...! Te manda recuerdos, por supuesto... Queremos dar una cena en honor a todos los jóvenes inteligentes. A Michael Foldes también le ha ido muy bien, ¿lo has visto? Y a otra chica que conocemos también, así que pronto habrá una pequeña celebración, espero que pueda ser este fin de semana. Ya comentaremos los detalles más adelante.

—¡Caramba, ¡qué bien, Lisa, qué buena noticia! Enhorabuena, de verdad.

A la joven le dio apuro porque todos los que estaban cerca empezaron a tomar buena nota de lo que sucedía y a sumar sus voces.

—¿Que has aprobado la reválida? ¡Bien hecho! ¡De ensueño!

Al minuto de llegar a Cóctel, apareció también la Cartright, con el señor Ryder a la zaga.

—¡Te vas a comer el mundo, si no lo devoras directamente!

Lisa rio, pero los temores por el encuentro cada vez más cercano con su intransigente padre eran considerables. Estaba suspendida entre la euforia y el temor, un estado casi onírico.

—Gracias, gracias, gracias —no paraba de repetir, sonriendo a diestro y siniestro.

Qué amables eran todos. Por fin la algarabía se apaciguó, y entonces dio media vuelta para buscar algo que hacer y quedar así en un discreto segundo plano.

—Fay acaba de decirme que te ha ido muy bien en la reválida —le dijo Jacobs con su habitual tono pragmático—. ¿Es eso cierto? Bueno, la verdad es que no me extraña. Y entiendo que para ti tampoco será una sorpresa. Eres una chica lista, eso se nota. Es un placer trabajar contigo y siento que tengas que dejarnos. Porque irás a la universidad, cómo no. ¿Sabes qué? Que lo más maravilloso de la Creación es una chica lista, que no se te olvide. La gente espera de los hombres que sean inteligentes, mientras que de las chicas esperan que sean estúpidas o, cuando menos,

tontas, cosa que muy pocas son, aunque la mayoría los complacen actuando como tales. Así que, nada, tú ve y sé todo lista que puedas; déjalos de piedra. Es lo mejor que puedes hacer, tú y todas las chicas listas de esta ciudad y del mundo entero. Pero, bueno, en fin, será mejor que nos pongamos a la tarea y vendamos algún vestido de cóctel, ¿no te parece? Sí, mejor que sí.

Cuando salió de los almacenes, Lisa se dedicó a vagar un rato por la ciudad medio vacía. El sol de la tarde se extendía sobre las aceras como un bálsamo: se sentía todavía en ese estado suspendido, y andaba sin rumbo porque no quería volver a casa antes de que se levantara su padre. Mientras recorría George Street, se dio cuenta de que había atravesado una gran barrera en su vida, una más grande incluso que las que había cruzado últimamente, y sintió una extrañeza inaudita. Pero sentirse extraña, comprendió, empezaba a ser la tónica general. ¿Iría esa extrañeza convirtiéndose gradualmente en normalidad?

Cuando abrió la puerta de atrás, se encontró a sus padres sentados a la mesa de la cocina.

—Bueno, Lesley, creo que proceden unas felicitaciones. Mis compañeros te mandan también las tuyas. Tengo al redactor jefe de la noche y a todos los demás encima. Yo no entiendo qué interés puedes tener en reválidas, matrículas de honor y universidades siendo chica, pero, aun así, felicidades, lo has hecho muy bien.

—Gracias, papá.

—Bueno, ¿y qué tienes pensado hacer ahora? En adelante, las decisiones las tienes que tomar tú, ya casi eres una adulta.

—Tú ya sabes lo que quiero hacer, pero dices que no puedo, así que todavía no lo sé.

—Ah, me imagino que te refieres a la universidad. Sí, bueno, lo pensaré, no te prometo nada más. Lo pensaré. Ya veremos si consigues esa beca..., si no, desde luego que no irás. No pienso pagar ninguna matrícula. Ya bastante tengo con mantenerte mientras vivas aquí. Así que eso, lo pensaré..., en el caso de que consigas la beca. Lo voy a pensar con mucho detenimiento. No vayas a celebrar todavía nada. Aunque una cosa sí te voy a decir: si decido dejarte ir y vas, como me entere de que te juntas con esos progres que abundan por allí, te saco de esta casa a patadas y si te he visto no me acuerdo, ¿entendido? Pues nada. Si vas, nada de progres, ¡ni uno!

Lisa pudo por fin intercambiar una mirada con su madre. Se ilusionaron en secreto. Sonó el teléfono.

—Cógelo tú, Lisa, seguramente será ese Michael Foldes, te ha llamado antes.

La joven regresó a los pocos minutos.

—¿Qué quería ése? —preguntó receloso el padre.

La señora Miles estaba poniendo el almuerzo en la mesa: pan, queso, tomate, un bote de pepinillos y un poco del salami que había logrado encontrar.

—No, nada —dijo muy tranquila Lisa—. Sólo quería saber si hacía algo esta noche.

—Pues claro que vas a hacer algo. Saldremos los tres a celebrarlo. Nos daremos un homenaje por King's Cross o algún sitio parecido.

—Sí, eso le he dicho. Ah, y me ha preguntado si puedo ir con él a un baile el sábado de la

semana que viene.

—¿A un baile? ¿Dónde? —preguntó la madre.

—Ah, pues al Yacht Squadron —respondió la chica con una soltura inusitada—. Lo organizan los padres de algunos amigos suyos del instituto. Es para celebrar las notas. Pensaban cancelarlo si alguno suspendía, pero han aprobado todos, así que sigue en pie. ¿Podré ir?

—Pues claro que sí —dijo pasmada la madre—. Pero ¿qué te vas a poner? —Sintió una ligera angustia: un vestido digno de un baile de ese nivel..., ¡ni más ni menos!

—Ah, eso no es problema. Hay un vestido rebajado en Goode's que podría ir bien. Me lo compraré.

—¡Lo que hay que oír! —dijo el padre—. ¿Y quién es ese muchacho, si puede saberse? ¿Lo conozco?

La mujer y la hija lo tranquilizaron. El señor Miles sintió una tristeza repentina: Lesley siempre había estado allí, una cría, sin ser el hijo que él quería, y ahora de pronto salía al mundo; de repente todo había terminado, y había pasado casi sin darse cuenta.

—Bueno, diviértete mientras puedas. ¿Y esto qué es?

Cogió una rodaja de salami.

—Se llama salami. Lo he comprado para Lesley.

—No hay quien te siga el ritmo, Lesley —comentó el padre, que pensó: «Es verdad; hasta empieza a estar guapa, a coger cuerpo, una jovencita, ni más ni menos. En fin, vaya día»—. Salami, ¿eh? —dijo saboreándolo—. Supongo que podría acostumbrarme. A ver que pruebe otra rodaja. Muy sabroso. ¿Qué tiene?

El sábado, a la hora del cierre, Fay estaba apostada en la entrada de personal, esperando a Rudi. Él iba a estar dando vueltas a la manzana con el coche hasta que coincidieran; miró angustiada hacia la calle para ver si veía el veterano Wolseley. Allí estaba. Corrió al bordillo y se montó de un salto en cuanto él le abrió la puerta del copiloto.

—¡Adelante a toda máquina! —exclamó Rudi, que parecía satisfecho consigo mismo sin caer en la petulancia.

—Pero ¿adónde vamos?

—Es una sorpresa. Cómete estos bocadillos si tienes hambre... No nos da tiempo a parar a comer.

—Dame una pista —le rogó Fay, que no tenía ni la menor idea de qué podía estar tramando.

—Aquí la tienes —dijo Rudi al doblar a la izquierda.

Pronto estuvieron atravesando William Street, en dirección al norte, y luego cogieron por la New South Head Road.

—¡Ah! —dijo Fay cuando la bahía Rushcutter resplandeció a su vera—, ya lo sé: ¡has encontrado un piso!

—¡Exacto! Creo que he encontrado uno que podría valer. Quiero tu opinión experta.

—¿Experta, yo?

—Por supuesto. Espera y verás.

Pasaron por Double Bay y Fay miró de reojo el puerto, que seguía destellando a su lado, para luego dejar atrás Point Piper y recorrer otro tramo de la New South Head Road. Finalmente Rudi dobló a la derecha por una bocacalle y detuvo el coche a la puerta de un bloque de pisos de antes de la guerra.

—Aquí estamos.

Entraron en el edificio y fue en cabeza hasta la última planta, que era un tercero. Sacó una llave, abrió la puerta y entraron en el piso.

Estaba bastante vacío salvo por el papel pintado y una cocina de gas de la marca Early Kooka, de las antiguas con el dibujo de una cucaburra en la puerta del horno.

—Ha sido esto lo que ha terminado de convencerme —dijo Rudi señalando la cucaburra.

—Anda, ¡nosotros teníamos una idéntica en casa!

—¿Ves como eras una experta? Ven a ver el resto.

Tenía un salón con vistas al puerto y dos dormitorios no muy grandes. El baño estaba alicatado

de arriba abajo con azulejos verdes con lunares. Regresaron al salón y se quedaron mirando las vistas.

—¿Has visto? Podremos ver cómo despegan y aterrizan las hidrocanoas.

El corazón de Fay se desbocó. «¿Podremos?»

—Sí, es muy bonito.

No se atrevió a preguntar si era muy caro, ni, en suma, nada más.

—¡Y está tan cerca del Wintergarden! —apuntó Rudi—. Por no hablar de otros servicios. ¿Cómo lo ves?

—Bueno, me parece muy bonito, como he dicho. Pero al que tiene que gustarle es a ti, es tu piso. ¿Cómo lo ves tú?

—Ah..., a mí..., un momento: ¿quieres casarte conmigo?

—¿Que si quiero qué?

Fay no daba crédito a sus oídos. «Mira que soy necio», se dijo Rudi. No tenía pensado plantear así la pregunta; se le había escapado no sabía ni cómo antes del momento imaginado.

—Perdona, te he pillado por sorpresa. Y a mí mismo también. Déjame empezar, ¡ja, ja, ja!, de cero, por el principio. Yo te quiero, te adoro, eres un amor, me haces feliz, quiero que nos casemos cuanto antes, en caso de que me aceptes por esposo. Dime algo, por favor, pero piénsalo el tiempo que necesites: te doy por lo menos cinco minutos. ¿Quieres que te deje sola mientras lo piensas?

—No, no te vayas. La respuesta es sí.

—¡Menos mal! Seremos ricos y tendremos un puñado de críos, cuatro por lo menos, ¿te parece bien?

—Sí, claro que sí. Me encantan los niños. Y el dinero... nunca viene mal.

—Bien —dijo Rudi—. Y ahora...

La abrazó y se besaron varias veces, pero es de recibo aclarar que habían sido muy decentes y cautos hasta la fecha y nunca habían rozado siquiera los márgenes de la pasión incontrolable. Con todo, en ese momento empezaron a besarse de una manera que sugería que decencia y cautela habían pasado a la historia, como era sin duda el caso.

Stefan entró en el baño, donde estaba Magda lavándose la cabeza.

—Ha llamado Rudi.

—¿Y?

—Quiere que le deje cincuenta libras.

—¿Y eso? —Magda no daba crédito.

—Pues porque quiere comprar un anillo de diamantes —dijo como si tal cosa—. O de zafiros.

La eslovena se incorporó de golpe, con el pelo lleno de espuma de champú.

—¿De qué estás hablando? ¿Va a poner una joyería o algo así?

—No lo creo, aunque no lo descarto llegada la hora. Pero no, de momento sólo pretende comprar un anillo de compromiso, para Fay.

—¿Cómo? —gritó Magda—. ¿Un anillo de compromiso? ¿Para Fay? ¿En qué está pensando?

—No está pensando, está actuando. Se ha prometido con Fay y van a casarse.

—¡Qué ridiculez! Déjame que me aclare el pelo. —Después se enrolló la cabeza con una toalla y dijo—: Ponme un whisky.

Fueron al salón y se sentaron con las bebidas. El sol estaba ya justo sobre el penol: eran las cinco pasadas.

—Supongo que le habrás dicho que se las prestas.

—Desde luego. ¿Cómo voy a interponerme? Fay es una buena chica australiana y saludable.

—Exacto. Es todo una auténtica ridiculez. ¿Cómo van a ser felices juntos? No tienen nada en común.

—¡Como si eso fuera condición *sine qua non* para un matrimonio feliz! Hablas como una revista femenina. El tema está en que son felices ahora, es el único comienzo posible. El desarrollo y el final deben cuidarse entre sí como siempre se ha hecho. O no, según el caso.

Magda reflexionó al respecto.

—Por lo menos no está jugando con ella. No está rompiéndole el corazón, como yo temía. Aunque podría hacerlo en un futuro...

—Venga, mujer. Yo soy de la opinión de que Rudi es tan orgulloso que no dejaría que eso pasara. Será un marido muy serio, ya verás. Ambos quieren tener hijos..., eso los tendrá entretenidos, y al menos tendrán eso en común. Les bastará y les sobraré, ya verás.

Magda pensó unos instantes.

—En fin, supongo que sí. Qué más da, mientras no me culpen a mí de nada...

—¿A ti? ¿Por presentarlos, te refieres? No digas bobadas. Son mayorcitos. Lo único que podemos hacer es desearles lo mejor. Y prestarle cincuenta libras a Rudi. Por cierto, ha encontrado un piso... en Rose Bay. Por eso no tiene liquidez: ha tenido que pagar una fianza considerable.

—¿Cuándo se casan?

—Muy pronto, en cuanto puedan organizarlo, seguramente en el Registro Civil.

—Bueno, les deseo lo mejor —contestó Magda—. De corazón. Aunque sigue siendo un tanto desconcertante.

—Sí, los amigos pueden ser desconcertantes. Es uno de sus rasgos más destacados.

A Magda se le ocurrió entonces una idea absolutamente genial.

—Pensábamos invitar a los jóvenes a cenar el sábado que viene por lo de las notas de la reválida, ¿por qué no lo convertimos de paso en una fiesta de compromiso? ¿Qué te parece?

—Sí, por qué no. Una buena cena bulliciosa siempre es una gran idea, sobre todo después de tanto desconcierto. ¡Mataremos un cerdo!

—Y encargaremos tarta de helado, ¡con todos sus nombres por encima!

—Y los nuestros.

—¡Desde luego! ¡Los nuestros también!

—Que seáis muy felices —le dijo la Cartright.

—Permíteme que os desee a ambos lo mejor de lo mejor —la felicitó el señor Ryder.

Fay sonreía extasiada. Tendió la mano izquierda para el examen de rigor.

—Precioso. Un zafiro. ¡Precioso!

—Un brillante morrocotudo.

—¡Quién me lo iba a decir! —exclamó Jacobs—. Un noviazgo relámpago, con un húngaro. ¡Quién me lo iba a decir! Espero que seáis muy felices juntos.

Lisa miró primero el anillo y después a Fay. Qué asombroso y perfecto era todo. Hasta ella había conocido a Rudi antes que su compañera. Desde luego, la vida adulta era de lo más misteriosa: dudaba de haber podido siquiera imaginar cómo iba a ser todo aquello. Que Rudi y Fay se hubieran prometido tan repentinamente y fueran a casarse..., en fin, era un acontecimiento cuyos estadios previos ella no habría siquiera imaginado. Achacar todo el proceso a los mecanismos del amor tampoco justificaba nada. Pero ahí lo tenía, y Fay parecía sin duda radiante de felicidad.

Era jueves, día de paga, y el anuncio había aparecido en la columna social del periódico de la mañana, donde lo había visto la señora Miles mientras desayunaban.

—Fay Baines. ¿No se llamaba Fay Baines una compañera tuya, Lisa?

Cada vez se le daba mejor llamarla Lisa en vez de Lesley. La joven se había quedado tan pasmada ante la idea de que Rudi y Fay se hubieran prometido que olvidó coger el dinero de su caja de ahorros, y tendría que esperar un día más para poder llevarse el Lisette. El jueves por la noche llegó a casa con el sobre de la paga y, tras sacar la hucha, se sentó en la cama y contó todo el dinero. Apartó 36 libras con 15 chelines y los metió en un sobre. Al día siguiente el Lisette sería suyo.

El viernes por la mañana Fay la abordó en el vestuario de personal.

—Ay, Lisa, te he traído una cosa de parte de Rudi.

—¿De parte de Rudi? —se extrañó la chica.

—Sí, me ha pedido que lo disculpes por no haberte felicitado antes por las notas, pero dice que espera que lo comprendas y se lo perdones dadas las circunstancias. Nos vemos el sábado por la noche en casa de Magda, ¿no? Esto es de parte de Rudi, para que celebres las notas.

Fay le tendió un paquete y Lisa lo abrió al momento. Era una caja grande de bombones caros con una cinta rosa. La chica ahogó un grito.

—Ay, pero, por favor, dale las gracias de mi parte. ¡Es la primera vez que me regalan bombones! ¡Qué bonitos son! ¿Quieres uno?

—No, gracias. Es demasiado temprano.

Ambas rieron.

—Qué detalle más amable por su parte. No me lo esperaba, realmente amable.

—Sí, es que él es así, siempre tan detallista, de verdad. Es el hombre más bueno que he conocido en mi vida. —Sonrió feliz, y luego le asomó también un poco de vergüenza.

—Qué bien, me alegro mucho por los dos, de verdad.

—Gracias. Bueno, supongo que va siendo hora de que vayamos a Cóctel.

—Ésta es mi penúltima mañana —comentó Lisa.

—A mí me quedan treinta y dos penúltimas o algo así —dijo Fay.

Ambas rieron de nuevo.

—El fin de una era.

—Sí, así es. ¿Cómo estará Patty Williams?

—Yo creo que podría estar embarazada, ¿no lo has pensado?

—Anda, pues podría ser. Desde luego, ya estaba tardando.

Fay tenía la esperanza de no tardar tanto. Ni por un segundo se planteaba la posibilidad.

La señorita Cartright tenía que irse media hora antes porque tenía cita con el dentista. A la salida se cruzó con el señor Ryder.

—Qué cosas tiene la vida —comentó—. Me imagino que se habrá dado cuenta de que se nos va la mitad de Cóctel de Señora. La señorita Baines nos ha avisado con un mes de antelación..., ¡un noviazgo bastante corto! Y tengo la impresión de que a Williams tampoco le veremos mucho el pelo, no sé por qué.

—Bueno, ya se sabe, el cambio es ley de vida, querida.

—Aun así, será mejor que mañana hable con Personal. Nos hace falta otra dependienta permanente desde ya, y seguramente no tardaremos en necesitar otra.

El señor Ryder inspeccionó sus pagos. ¡El comercio, qué espectáculo maravilloso! «Aquí se ve toda la vida humana —se dijo—. Vienen y van. Sólo hay alguien que permanece: la señorita Jacobs, qué mujer. Me pregunto cómo... En fin, cosas de la vida.»

Para las cinco y media estaba de un ánimo de lo más filosófico; se preparó para irse y bajó a paso lento por la escalera de incendios. Algunos rezagados pasaron corriendo a su lado; el edificio estaba ya prácticamente vacío, y no tardaría ni un minuto en quedar cerrado con llave y candado para la noche. Pensó en volver ese día por Elizabeth Street; era más tranquilo. Conforme se acercó a King Street, se fijó en que un poco por delante de él había una figura esbelta que le

resultaba familiar. «Vaya, pero si es la joven Lisa», se dijo. Cómo había madurado en las seis o siete semanas que llevaba en los almacenes: era una chiquilla frágil y enclenque y se había convertido en una jovencita esbelta con unas brillantes notas. La observó caminar por delante de él, muy dueña de sí misma, muy desenvuelta. Llevaba una caja grande de vestidos de las que utilizaban en Alta Costura, de un azul oscuro y con una discreta etiqueta amarilla en el centro de la tapa. «Vaya, vaya, qué rápido aprenden estas jovencitas. Cinco minutos trabajando con Magda y ya están comprando alta costura. Bueno, ¡mejor para ella! Habrá dilapidado todo lo que ha ganado. ¡De vuelta al negocio!» Bajo el otro brazo llevaba una caja más pequeña con un lazo rosa. «¿Bombones? No se me ocurre qué más podría ser. Vaya, vaya..., joven, vestido nuevo, caja de bombones... ¡Como tiene que ser!»

Notas

1. «El tigre», de William Blake, en la traducción de José Luis Caramés y Santiago González Corumedo para Cátedra de *Canciones de Inocencia y de Experiencia* (1987). (N. de la t.)

1. Los *crackers* son un elemento típico de las Navidades anglosajonas, un tubo envuelto en papel brillante como el de los caramelos que, al tirar una persona de cada punta, produce un sonido parecido al de un petardo. (*N. de la t.*)

Las chicas de negro
Madeleine St John

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *The Women in Black*

Diseño de la cubierta, Planeta Arte & Diseño
© de la ilustración de la cubierta, Ralph Guinzburg

© Madeleine St John, 2009
Obra publicada por primera vez en Reino Unido por Andre Deutsch, 1993
Obra publicada por primera vez por The Text Publishing Company 2009

Traducción publicada con el acuerdo de The Text Publishing Company, Australia.

© por la traducción del inglés, Julia Osuna Aguilar, 2020

Canciones del interior

© *Volare - Nel blu dipinto di blu*, 1958, Bacci Bros Records, interpretada por Domenico Modugno

© *Swing Low, Sweet Chariot*, 1997, Document Records, interpretada por Fisk Jubilee Singers

© Editorial Planeta, S. A., 2020
Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

El editor hace constar que se han realizado todos los esfuerzos para localizar y recabar la autorización del propietario del copyright de la imagen que ilustra esta obra, manifiesta la reserva de derechos de la misma y expresa su disposición a rectificar cualquier error u omisión en futuras ediciones.

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2020

ISBN: 978-84-233-5706-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

NARRATIVA CONTEMPORÁNEA



¡Síguenos en redes sociales!



 Las chicas
de negro Madeleine
St John



DESTINO